Historias capitales

Relatos



J.C Rivas



La familia de sangre

Prólogo

Si alguna vez os habéis preguntado el porqué de vuestra existencia. El porqué de vuestros sufrimientos y vuestros fracasos. Si alguna vez os habéis preguntado, simplemente, quiénes sois y qué hacéis en este lugar y en este preciso momento. No en otro momento que podíais haber estado, no, sino que en este preciso y conciso momento. Si os preguntáis el porqué de muchas de las decisiones que habéis tomado a lo largo y ancho de vuestra existencia. Si no paráis de darle vueltas en vuestras mentes a aquellos errores que habéis cometido y que ya no podréis nunca subsanar, si la locura y la desesperación os han invadido. Es que me necesitáis, esa es mi labor. Ayudaros a solucionar todos vuestros problemas a los que no le encontráis solución. No penséis que soy un amigo, que va. Soy un existencialista, pues yo no vivo sino que existo. Nada más y nada menos. Mi existencia consiste en morar eternamente en busca de energía vital para alimentarme. Mis orígenes se remontan al principio de los tiempos, soy igual de viejo que el mundo. Yo soy el alfa y el omega de la existencia, conmigo empezó la vida y conmigo terminará. He vivido siempre y viviré por siempre y para siempre. Haga lo que haga no puedo morir porque simplemente no existo. Soy esa sensación que cuando te cabreas te atrapa y te hace enfurecer más y más hasta que estallas y cometes las mayores locuras inimaginables. Soy ese pensamiento que cuando estás harto del mundo y de tu vida te ayuda a tomar ese momento de impulso para acabar con ella. Simplemente soy una sensación, un impulso, un acto precipitado y a la desesperada, que mora dentro de tu mente. Y que sólo tú podrás ver. Os ofrezco los medios para conseguir lo que queréis, lo que vuestro más negro ser anhela a cambio de prácticamente nada. Sólo la energía vital de todos los que caigan en el cumplimiento de vuestra cruzada. No os molestéis en explicarle a nadie sobre mi existencia, sólo existo para quién quiere que yo exista. Para aquel que realmente me necesita. Soy el mayor monstruo de la existencia, soy el ser que lleva más muertes a sus espaldas y es por ello que debéis temerme. Aunque consiguierais cogerme no podrías culparme de nada. Que irónico, vosotros los seres superiores de la creación no podríais culparme de nada. A mí, al mayor asesino de todos los tiempos. ¡Inútiles!, ¿sabéis por qué? Porque yo no mato, sólo os doy los medios para que consigáis vuestros propósitos. Que vuestros propósitos lleven siempre a la muerte y la destrucción de la forma más rápida posible, esa es mi intención. Pero yo sólo os tiento, vosotros hacéis el resto. La naturaleza humana ha sido y será siempre así. Existiré por siempre, porque el débil e ínfimo hombre siempre codiciará y ahí estaré yo para satisfaceros en todo lo que deseéis. Lo sé, porque siempre queréis lo que no podéis tener, miraréis lo que no tenéis que mirar y desearéis lo que tienen los demás. Introducción Dejadme ahora que os cuente la historia de un hombre que gentes que no siguieron mis consejos influyeron sobremanera en su vida. Os voy a contar la historia de un hombre joven, un hombre que amaba la vida y a la gente que lo rodeaba. Un hombre enamorado de su prometida, que idolatraba a su padre, amaba a su madre y defendía con locura a su hermano. Un hombre que lo único que deseaba era vivir amando y ser amado por sus congéneres. Un hombre, en fin, normal y corriente. Este hombre normal y corriente se llamaba Clarence Fillmore. Vivía en una pequeña y próspera ciudad costera llamada Porto Novo. La ciudad había sido fundada por inmigrantes en mil ochocientos doce. Empezó siendo un mugriento pueblo en el que las trifulcas, el contrabando y las fulanas eran el día a día de sus habitantes. El pueblo contaba en sus comienzos con dos moteles, una iglesia en el lado sur, un cementerio en su lado norte, una cantina, un

pequeño puerto y seis casas contadas. Con una población de cincuenta y seis habitantes. A finales de esa década, el pequeño pueblo inauguró un salón de juego y a raíz de eso un banco. Por esta época ya contaba con más de quinientos habitantes. El pueblo prosperó, el tranvía pasó haciendo escala por allí, con ello el pueblo se abrió al mundo y el puerto comenzó a crecer y crecer hasta convertirse en la gran y próspera ciudad que es hoy día. Con más de dos mil quinientos habitantes y cien años de historia. Pero, que sea el bueno de Clarence el que os cuente su propia historia…

Porto Novo Invierno de 1912

Son las seis de la mañana, todavía no ha despuntado el día. Me levanto para ir a trabajar. La noche ha pasado mejor de lo que me esperaba, se ve que estaba agotado. Trabajo en una pequeña oficina del muelle como contable. ¡Qué asco de trabajo!. Todos los días son igual de monótonos: entra mercancía, apunta mercancía, llena albarán, entrega albarán. Lo mismo día tras día. ¿Por qué tengo que ir a trabajar cuando lo que realmente quiero es estar durmiendo todo el día?. Me siento cansado, agotado físicamente. Llego al trabajo, son las siete de la mañana, una vez más en el mismo lugar, en la misma mesa y en la misma esquina. ¡Qué ambiente!. Aquí estaré hasta las siete de la tarde. Como todos los días, todo se repite una y otra vez. Me siento atrapado como en una espiral, en un remolino en el que la monotonía se ha adueñado de mi existencia. En la que no valoro la vida como algo físico y momentáneo que tenga que vivirlo para poder disfrutarla, sino que me encuentro en un punto en el que lo único que deseo es poder cerrar los ojos y que mi vida se acabe. Pero siempre quedará en mi mente los buenos recuerdos de mi vida. Recuerdos como los del día en que conocí a Reegan Williams, la hija de mi jefe el señor Chris Williams. La conocí hace cuatro años, era mil novecientos ocho, ella tenía tan sólo catorce años y yo dieciséis. Era una belleza alta, delgada, esbelta y agradable. De piel clara, ojos azules claros, cabellos rubios largos y ondulados. Allá donde estuviera llenaba el ambiente con su sutil sonrisa y sus alocadas risas. Me enamoré de ella desde el primer momento en que la vi. Fue justo en ese instante en el que me di cuenta que esa era la mujer de mi vida y que haría todo lo que estuviera en mis manos para conseguirla. Era tanto lo enamorado que estaba de ella, tanto lo que me gustaba y lo que la amaba, que después de casi cuatro años de amistad en la primavera de mil novecientos doce nos prometimos en matrimonio para la primavera del año siguiente. Pero a finales de mil novecientos doce la desgracia se cebó con mi familia. El quince de diciembre de ese año, mi madre, Clementine Fillmore con treinta y siete años, enfermaba y fallecía. Se me quitaron las ganas de vivir, de amar, de querer y en mí mismo me encerré. Perdí toda mi energía y me aislé del mundo y de la realidad. Anulé mi compromiso con Reegan en señal de respeto hacia mi madre por su reciente fallecimiento. Ella me esperó, pero el tiempo pasó. Mi realidad no era la de los demás, en ese tiempo de luto que yo me daría. Me encerré en casa, no salía de mi habitación y el día echado en la cama yacía. En ese tiempo en el que mi vida carecía de sentido y rumbo, ella se prometió con otro. ¿Cómo habría podido traicionarme de esta manera?. Se ve que no me amaba lo suficiente. Para sorpresa mía no tenía que ir muy lejos para conocer a su nuevo prometido, no. Ese prometido no podía ser otro que mi propio padre, James Fillmore. Este era un hombre alto, fornido, de espaldas cargadas y grandes manos. Rubio con canas que le cubrían gran parte de la cabeza y una irascibilidad legendaria entre las gentes de la ciudad. Era un gran partido para cualquier mujer. Había enviudado con tan sólo treinta y ocho años además era el hombre más rico de Porto Novo. Pero era mi padre. ¡Como maldigo este apellido mío, mi padre quitándome a mi amada!. Que iba a hacer, era mi padre y a ella nadie la había obligado a nada. Yo era el culpable de todo lo que había pasado y comprendía que ella me castigase prometiéndose con otro. ¿ Pero por qué un castigo tan cruel?. Estando mi pobre madre que no hacía un mes que había fallecido con su cuerpo aún presente en este mundo. Yo guardando un luto solemne y respetuoso, destrozado de mi propia existencia y ellos pensando en casarse. ¿Dónde había quedado la moralidad y la decencia de esta gente?.

El doce de diciembre de mil novecientos doce fue el día en que me enteré del compromiso, no paré de darle vueltas en la cabeza. Era una idea que no cesaba de crear un resentimiento en mi interior hacía Reegan, mi padre y mi madre por haberse muerto antes de que me casara. Enfurecí como nunca antes había hecho. Por primera vez en mi vida me decidí a plantarle cara a mi padre, pedirle explicaciones por lo que me había hecho y rogarle para que anulara el compromiso con Reegan. De esta forma yo podría disculparme con ella y volver a prometerme de nuevo. Estaba convencido que mi padre se alegraría al verme, razonaría conmigo y juntos encontraríamos una solución. Esa noche decidí bajar al salón, hacía casi un mes que no lo hacía para no encontrarme con nadie, este era el centro de todas las reuniones familiares, pero por este asunto merecía la pena hacer el esfuerzo. Mi padre estaba en el comedor sentado a la mesa cenando. Cuando entre en la estancia me miró y se sorprendió al verme.

– Parece que hayas visto un fantasma – era lo que siempre decía al llegar a los sitios cuando la gente me miraba asombrada.

– Hola Clarence, hacía mucho tiempo que no te veía.

– Hola papá. Ya lo sé. Estoy muy mal con lo de la muerte de mamá.

– Y yo también hijo. Pero la vida sigue, no para por nadie.

– Ya lo sé, pero tú sabes lo unido que estábamos ella y yo. Sufrí mucho con su enfermedad y fue a mí a quién se le murió mientras la cuidaba. No supe que hacer para poder ayudarla en aquel preciso momento. Vi como sus ojos perdían su brillo, se me murió en mis manos, se quedó rígida entre mis brazos – en esos momentos comencé a llorar. – No sabes lo terrible que fue esa sensación. Se repite en mi mente siempre que me acuerdo de ella. No puedo recordarla en ninguno de los buenos momentos de su vida pero sí que me acuerdo de aquel último y fatídico instante.

– Clarence, un hombre, y tú lo eres. Debe saber reponerse a los grandes disgustos que la vida le da. Porque esos disgustos son los que realmente van a forjar tu personalidad y te van hacer madurar.

– Pero papá, no puedo con esta existencia que llevo. Primero muere mamá, luego me encierro en casa abandonándome por completo dejando pasar mi compromiso con Reegan. Para que acabéis comprometiéndoos los dos. ¿Pero eso es cierto?.

– Si, Clarence. Cuando tú anulaste el compromiso, el señor Chris Williams vino a verme y me explicó que el honor de su hija se vería manchado si no se llevaba a cabo el enlace en la fecha señalada. Esto le supondría un gran gasto de dinero desaprovechado pues todos los preparativos llevaban ya meses encargados y pagados. Me propuso que si tú no querías hacer frente al compromiso que debería de ser tu hermano Filiph o yo mismo quienes le hiciéramos frente. Le dije que mi hijo Filiph era muy pequeño para comprometerse. Pero al deber de celebrarse la boda a tres meses vista aún, yo después de quedar recientemente viudo y sólo contar con treinta y ocho años podría ser un buen esposo para su hija. Todavía podría darle descendientes y la unión nos beneficiaría a las dos familias más ricas de Porto Novo, uniéndolas en una sola.

– Pero, ¿Cómo has podido hacerme esto?. Deberías haberle dicho que no. Que el compromiso seguía adelante por mucho que yo lo hubiese anulado por mi gran dolor y que yo me casaría con ella. Deberías de haber hablado conmigo, haberme sacado de mi habitación y haberme hecho ver la realidad.

– Pero Clarence, no hiciste frente a tu compromiso. No dabas señales de vida. Y, ¿Quién soy yo para meterme en tu vida?. Eres mayor para responsabilizarte de tus actos.

– Eres mi padre. Y, ¿el señor Williams aceptó el nuevo compromiso?.

– Si, Clarence. Lo aceptó. Y yo salvo que muera antes, no voy a incumplirlo como hombre de ley que soy – mientras le oía decirme esto, algo en mi interior me hizo explotar con la mayor ira de mi vida.
- ¿Cómo te atreves a arrebatarme lo que más quiero en este mundo?. Arrebatarme mi futuro. Y en el peor momento de mi vida. Tú mi padre, lo único que me quedaba en este mundo para tener apoyo. Vas a meter en la casa en la que vivía mi madre a la que iba a ser mi esposa, ahora convertida en mi madrastra. ¿Qué has hecho?.
-Tú, mi hijo. Te atreves a hablarme así, como a un maldito bastardo, después de ayudarte a salvar tu reputación. Después de no dejarte sin honor, sin dejarte como aquel que conquista a las damas y no cumple sus compromisos – esas palabras me encendieron y me llenaron de ira interna.
– Una sola cosa te diré: "Lo que para mí debería de ser y por estar de luto no reclamé. Aquello que para mí debería de ser y tú me despojaste de ello. Donde mi pobre madre yace, allí terminará".
– Mira Clarence, allí terminamos todos antes o después. La diferencia consiste en que unos acaban allí antes que otros. Sobre todo los altaneros y osados como tú. Ahora que ella ha muerto, tú te vas a enterar de quién manda aquí. Y lo primero que voy a hacer es complacerme quedándome con lo que más quieres, voy a casarme con la que fue tu prometida. Un placer del que yo te he privado al igual que tu madre y tú me privasteis de mi felicidad.
- ¿Cómo osas hablar así de mi madre?. Y te atreves a dirigirte a mí de esa manera tan despectiva, tú, mi padre. Esto no quedará así, sólo uno de los dos llegará a la boda y se casará con Reegan. – Como desees. De esta noche no puedo recordar nada más.

El día después del mismo día

Despierto, son las seis de la mañana, todavía no se ha hecho de día y los gallos cantan la misma canción hora tras hora. Me levanto, me aseo y me visto. Bajo a desayunar lo mismo de siempre: un café con leche, pan con mantequilla y mermelada de naranja amarga acompañado de un gran vaso de agua. Pero hoy no tengo hambre, que raro. ¡Qué vida tan monótona llevo!. Hoy me siento especialmente distinto: no siento la vida en mi cuerpo, las venas no fluyen sangre. Mi corazón está parado, no sé cómo puede ser posible pero es cierto. Mantendré mi secreto en silencio. No le comentaré a nadie nada sobre este asunto. Voy al trabajo, vuelvo y paso en casa toda la tarde leyendo y dibujando. No sé por qué tengo la sensación de estar leyendo y dibujando lo mismo una y otra vez. Es como que sé en todo momento lo siguiente que voy a leer. Tengo la sensación que ya he leído lo que estoy leyendo. Lo medito durante unos instantes y me digo que tiene que ser imposible. ¿Cómo voy a haberme leído un periódico de hoy, antes de hoy?. No será nada, cosas mías. Apago la luz y me dispongo a dormir.
- ¡Clarence Fillmore!, ¡Clarence Fillmore!.
- ¡Eh!, ¿quién anda ahí? – dije medio traspuesto por el cansancio y el sueño.
– Pronto nos veremos. Duerme, duerme,…
El cuerpo se me estremeció desde la cabeza hasta los pies. Encendí lo más rápido y lo mejor que el temblor generalizado me permitió encender la luz. Medité por más de dos horas lo que me había pasado. Algo que no podía ver me había hablado. No tenía explicación lógica para esto pero últimamente mi vida no era tampoco muy lógica. Los síntomas que estaba mostrando eran los de un muerto y no los de una persona que tiene derecho a morar entre los vivos por la faz de la tierra. Amanecí con los primeros rayos de la mañana. Los gallos cantaban. Miro el reloj. ¡Sorpresa!, son las seis de la mañana. Parece que el mundo, el tiempo y el espacio esperan por mí. Me levanto, me aseo, me visto, desayuno lo mismo de siempre y al trabajo. Pero ese día mi vida iba a cambiar de manera inesperada porque camino del trabajo, en mitad de la plaza central del mercado, una anciana se me acercó y entabló una conversación conmigo:
- Alma en pena, ¿Qué dura penitencia estás pagando?. ¿Por qué no descansas en paz?.
– Perdone. ¿Cómo dice?, ¿me conoce de algo?.
– Hijo mío, cada día haces lo mismo una y otra vez. Sales de tu casa a las siete menos cuarto de la mañana, paras en la esquina de la plaza y compras el periódico, en ese momento paso yo y te digo: - Buenos días tenga usted. – Buenos días señora – me contestas tú. Sigues tu camino hasta el trabajo. Llegas a las siete menos cinco minutos y a las siete y tres minutos sales de las oficinas, caminas de forma rápida hasta tu casa y allí permaneces hasta la mañana siguiente. Así día tras día. Uno tras otro.
- ¿Pero si yo no la he visto en mi vida?.
– Tú me ves y hablamos todos los días. Pero la conversación que estamos manteniendo ahora, si no me haces caso de lo que te voy a decir, mañana no la recordarás.
- ¿Cómo sabe eso?, me está dando miedo. Aléjese de mi desquiciada o gritaré.
– Grita todo lo que quieras, nadie te hará caso.
Comencé a llamar a gritos a la policía, a pedir ayuda, pero nada, nadie se inmutaba lo más mínimo ante mí. Parecía como si nadie pudiera verme ni oírme. Me dirigí a un policía pidiéndole ayuda y ni siquiera me miró.
– No te sigas torturando, no pueden verte fuera de tus hábitos diarios. Yo soy la única que puede hacerlo, hablarte y entenderte fuera de ellos.

- ¿Cómo que no pueden verme?. Yo estoy aquí y ahora. Yo soy yo, estoy vivo y por lo tanto existo. ¿Cómo no van a verme fuera de mis hábitos diarios?.

– Es simple, estás atrapado en un momento clave de tu vida. Todo pasa como la primera vez que transcurrió ese día. La gente parece que te ve si tú estás en el momento oportuno en el mismo lugar en el que estuviste la primera vez este día.

– Pero, ¿qué diablos está diciendo?.

– Es por eso que cada día te tiene que parecer igual al anterior y al anterior y al anterior. Es porque estás viviendo siempre el mismo día una y otra vez.

– Es verdad, todos los días me parecen iguales y todo lo que hago tengo la extraña sensación de haberlo hecho antes.

- ¿Qué puedo hacer?. Ayúdeme.

– Ven conmigo y lo haré.

Caminamos. Yo estaba absorto en mis más profundos pensamientos sin ver ni atender lo que me rodeaba. ¿Qué estaba pasando?, ¿sería verdad lo que la anciana me decía?. Nos dirigimos al cementerio cuando de repente se paró. Me miró directamente a los ojos, ella tenía los ojos abiertos del todo con la cuenca que parecía que se le iban a salir de sus órbitas, no parpadeaba. Y me dijo:

- Mira a la tumba de tu madre y la realidad no está visible para ti. Sólo cuando descubras la verdad de lo que realmente te pasó, ante ti la realidad se mostrará. Toma esta nota y sigue sus pasos al pie de la letra. Deberás parar el tiempo y viajar a través de tu existencia y sólo de esta forma podrás descansar por fin.

– Pero, yo…

No tuve tiempo para decir nada más, la anciana desapareció delante de mí, como si de un espectro se tratara. Me quedó solo la nota que me dejó. Estaba escrita a mano, sobre un papel de altísima calidad con una caligrafía exquisita, digna de una persona de la alta sociedad y con los más elevados estudios. En ella decía: "Si tú verdad descubrir quieres. A falta de cinco minutos para la media noche, en vez de dormir, al lago debes de ir. Contigo una vela negras has de llevar y a Delsirion convocar" Delsirion, ¿Qué es eso?. El lago, una vela negras. ¿Qué está pasando aquí?. ¿Qué clase de magia negra es esta?. La anciana dice que lleva años viéndome hacer lo mismo día tras día: yendo al trabajo, repitiendo los mismos movimientos día tras día sin yo darme cuenta. Sólo recuerdo en mis pensamientos la discusión que tuve con mi padre, y tengo la vaga sensación que alguien me llama en sueños. En mi memoria no puedo aunar más atrás en el tiempo. ¿Qué está pasando?.

La invocación

Va a ser media noche. Estoy en el lago. Hay una gran y resplandeciente luna llena que lo ilumina. No corre viento alguno. Todo está en calma, no se oye ni un zumbido. Deduzco que estoy solo. Van a ser las doce menos cinco minutos, enciendo la vela, me arrodillo ante el lago por su orilla sur. Y digo:
- Delsirion. Yo te invoco.
De repente la luna se tiño de un color azulado claro, de ella salió un haz de luz muy potente y cegador. Cayó sobre la zona central del lago, se empezó a formar un remolino que creó a su vez un gran agujero en su núcleo por el que no cesaba de caer el agua del lago. De ahí un ser estrafalario salió y de un salto en la orilla se posó. Su aspecto era muy raro: nariz larga, pelo negro, monóculo en el ojo derecho, traje totalmente blanco con levita, chaqueta, chaleco, corbata y zapatos blancos a juego. Bastón largo de plata con terminación superior en forma de bola. Pero lo más sorprendente de todo era que acababa de salir del fondo del lago y no estaba mojado, ni sucio, ni despeinado. ¿Qué clase de brujería era esa?. Se me acercó, se inclinó ante mi haciéndome una reverencia a modo de saludo. Y me dijo:
- Clarence Fillmore, Clarence Fillmore. Cuanto tiempo has tardado en requerir mis servicios. ¿Te suena mi voz?. Era yo quien te llamaba todas las noches.
- ¿Cómo dice usted?.
- ¡Oh, crío déjate de usted!. Por cierto me llamo Delsirion.
- ¿Delsirion?.
– Sí, Delsirion. ¿Qué pasa?, es que en esta época no usáis estos nombres. ¿Está desfasado quizás?.
– No, la verdad. Nunca había oído nombre que se le pareciera. Pero como queráis, Delsirion. ¿Qué eres?.
– Soy un amigo, que te viene a ayudar a pasar al más allá, para que así puedas descansar en paz.
– Más allá. Descansar en paz. ¿Estás loco?. Sólo tengo veintiún años.
– Clarence, amigo. Llevas años muerto.
- ¿Cómo dices?, muerto.
– Hoy precisamente coincide con el primer centenario del día de tu fallecimiento. Y es por esta razón por la que has podido invocarme. Me pude introducir en tu vida como una anomalía temporal en forma de anciana. ¿Quién crees que te dio el papel para que me invocases?, era yo. Yo era la anciana.
– La verdad es que noto que hago siempre lo mismo. Todos los días me parecen iguales. Las mismas cosas, las mismas gentes. No siento vida en mi cuerpo y estoy siempre muy cansado.
– Eso es porque estás muerto, falleciste la noche del trece de diciembre de mil novecientos doce. A la edad de veintiún años.
– Pero eso fue ayer por la noche. ¿Por qué me está pasando esto?, ¿por qué sigo aquí?.
– Moriste de una muerte violenta y en circunstancias que son desconocidas para ti. Al no saber que has muerto tu energía vital mora por el lugar donde viviste tus últimas horas en busca de una explicación.
- ¿Una explicación?.
- ¿De qué, cómo y quién te mató?. Y hasta que no la descubras no podrás descansar en paz.

– Pero, ¿cómo se puede explicar la existencia que estoy viviendo, si estoy muerto?.
– Al fallecer de una forma inexplicada para ti. Tu energía vital cuando abandonaba tu cuerpo, cuando se disponía a abandonar el mundo mortal absorbió un nivel desorbitado de energía y esto hizo que volviera a ti, transmitiéndotela toda. Esto condujo a que tu energía más la energía externa absorbida que invadió tu cuerpo, produjese un bucle temporal de espacio-tiempo en el que tú de forma virtual volvías a estar vivo en las últimas horas de tu existencia para que así pudieras buscar las respuestas de tu muerte y sólo cuando descubrieras la verdad, podrías descansar en paz.
– Entonces estoy muerto, y sí estoy muerto, ¿qué haces tú aquí?. ¿Cómo puedes estar dentro de la línea existencial de un muerto?.
– Tú me has llamado y yo he venido.
- ¿Para qué?, ¿qué puedes hacer por mí?. Cien años han pasado y pienso que sólo ha sido un día. Mi vida no tiene sentido alguno.
– Puedo hacer por ti todo lo que tú quieras. Además tu vida si tiene sentido. El sentido de poder liberarte de esta pena eterna que te atormenta y que no te deja descansar en paz. Debes de vengar tu muerte, para poder descansar en paz por siempre y para siempre. Pero para conseguirlo tienes que conocer la verdad de tu vida y de tu muerte.
– Conocer la verdad de mi vida y mi muerte. ¿Quién y cómo me mataron?.
– Sí.
- ¿Puedes tú ayudarme a conocer la verdad?.
– Tranquilo. Todo a su debido momento. Mi ayuda no es gratuita.
- ¿A cambio de qué me prestarás tu ayuda?.
– Es muy fácil. Yo te enseño la verdad de lo que ocurrió, los motivos reales que precipitaron tu muerte. Te ayudo a que puedas alcanzar el descanso eterno que tanto mereces, vengando tu muerte. A cambio de la energía vital de todos los que caigan en tu venganza sea para mí.
– Vale, acepto. Pero una vez que todo esto termine, ¿conseguiré el descanso eterno?.
– Sí.
– De acuerdo, necesito respuestas, quiero salir de aquí y poder descansar en paz. En ese momento Delsirion me pidió mi mano izquierda, me hizo un corte con una de sus afiladas uñas y con mi sangre pastosa y coagulada, ¡oh!, en ese momento noté por primera vez que realmente estaba muerto, nos dimos la mano sellando así nuestro pacto de sangre.
- ¿Y ahora qué?.
– Todo en su debido momento, debes de estar preparado para ver la verdad, ésta la verás con tus propios ojos. Te llevaré a través del tiempo para que tú mismo lo compruebes. A partir de ahora el tiempo no volverá a repetirse una y otra vez para ti.
- ¿Estás preparado para descubrir los secretos más sombríos de los que te rodearon en vida? – estaba sobreexcitado pero como realmente me encontraba era muy furioso con todos, porque no sabía quién me había hecho esto, quería descubrir la verdad. Hacer sufrir y pagar al culpable de mi desgracia.
– Estoy preparado.
– Que así sea.

Navidad de 1893

Delsirion chasqueó los dedos y aparecimos en la casa familiar Fillmore. El lugar estaba bastante cambiado, todavía no emanaba la opulencia de la que haría gala en el futuro. Es por ello que deduzco que nos encontramos en el pasado. Precisamente en el gran salón principal donde nos reuníamos toda la familia. Estaba totalmente iluminado y de la mesa comedor emanaban olores exquisitos.

- ¿Reconoces el lugar Clarence?.

– Sí, es nuestra casa en el pasado.

– Y ¿la reconoces a ella?.

- ¡Oh, es mi madre!. Está viva y es muy jovencita.

– Si, Clarence. Sólo tiene dieciocho años. Estamos en tu pasado. Mira quien viene por ahí.

– Soy yo, con mis juguetes. ¿Cuándo estamos?.

– Estamos en la nochebuena de mil ochocientos noventa y tres. Aquí tenías dos años, disfrutabas de la vida ajeno a todos los problemas familiares. Tu hermano Filiph había nacido hace unas semanas. La familia estaba celebrando la navidad. Todos tus abuelos están aquí, tu abuela materna Marta, ha hecho un pavo exquisito y tu abuela paterna Mary ha preparado ese pastel de manzana relleno de crema que tanto te gusta, por cierto esta fue la primera vez que lo probaste. Mira a tu derecha, allí están tus dos abuelos en frente de la chimenea, balanceándose en las mecedoras contándose anécdotas entre ellos mientras fuman en sus pipas.

- ¿Notas quién falta?.

– Mi padre.

– Exactamente. Tu padre, ¿sabes por qué no está?.

– Creo que es porque no podía ni ver a mi abuelo. Porque según él mi abuelo se había gastado toda la fortuna familiar en bebida, juego y mujeres de mala reputación. Y él había tenido que luchar más que nadie en la familia para poder salir adelante y sacar a mis abuelos de las deudas que este contrajo.

– Clarence, eso es lo que él siempre dice. Pero la verdad es bien distinta. Tu abuelo Jacob nunca fue el hombre que tú padre te dio a conocer a través de sus comentarios. Tu padre vivía con tus abuelos pero un día se desvió del buen camino comenzando unos negocios turbios con gente no muy deseable. Tus abuelos estaban preocupados por lo que le pudiera pasar. Ya que James era su único hijo pues tu pobre abuela Mary casi muere al dar a luz, quedándole secuelas internas con las que nunca más se pudo quedar embarazada. Le dieron una gran suma de dinero para que este abriese una tienda de víveres en la floreciente zona portuaria. Ellos sabían gracias a su gran experiencia en los negocios que esta era una gran inversión de futuro para su hijo. James no cesaba de pedirles más y más dinero. Ellos sospechaban que tu padre todavía estaba con las malas compañías y no se fiaban de lo que estaba realmente haciendo con las ganancias de la tienda. Así que contrataron a un investigador extranjero llamado Roberto Gutiérrez y ajeno a las gentes de la ciudad para que lo espiase y siguiese allá donde fuese. Al cabo de unas dos semanas Roberto habló con ellos y descubrieron que sus sospechas eran ciertas. James les estaba mintiendo. Este les contó que su hijo estaba ganando una fortuna con la tienda. Una gran parte del dinero lo estaba invirtiendo en un negocio sucio con un negrero irlandés llamado Jeffrey Dufaux y otro africano al que llamaban Mamadou. Pero por otra parte James estaba manteniendo una relación amorosa carnal

con una mujer de clase baja y de muy mala reputación llamada Clementine Warren. Con la que había recientemente tenido un hijo. Tu abuelo al oír todo esto montó en cólera y llamó al orden a su hijo James. Para empezar le dijo que tanto su madre como él estaban muy decepcionados con su forma de actuar. Que conocían que la tienda era un negocio próspero y que no esperara ni un penique más por su parte. Le advirtió que tuviera mucho cuidado con la clase de gente que se estaba relacionando pues eran gente peligrosa y no les temblaba el pulso para matar a alguien y huir del lugar antes de que se descubriese el crimen. Y por último que sabía que tenía un hijo, que quería conocer a su nieto y que tenía el plazo de tres meses para casarse con la madre del niño. James por su propio interés personal acabó accediendo a las imposiciones de tu abuelo. Les presento a Clementine y a su hijo Clarence. Ese mismo día se prometieron y dos meses después se casaron.

– Sí, vale. ¿Pero dónde está ahora?, no debería estar aquí con la familia.

– Está con su amante Jane Dufaux, la mujer de su socio. Mantenían una relación desde hacía años antes incluso de que ambos se casasen con sus respectivas parejas. Esta era la mujer que tu padre quería para que fuese su esposa pero las circunstancias no se lo permitieron y gracias a ella conoció a Jeffrey. James la dejó en cinta. A los nueve meses dio a luz a una hermosa niña que él no sabía que era suya. James siempre pensó que era hija de Jeffrey. Este desconocía la relación adúltera de su mujer con James. Jane siempre trató que no se supiera nada de esta relación, porque ella sabía que de haberse descubierto James acabaría flotando en el puerto.

– Ya veo de que va todo esto. Mi madre era para mi padre una más de sus fulanas, su segundo plato pero al quedarse embarazada y enterarse mis abuelos, se vio obligado a casarse con ella para así poder seguir disponiendo del dinero de estos.

– Eso es.

– Si un día como hoy no está aquí, es que no nos quería. A ninguno.

– Y a ti, al que menos.

- ¿Por qué me dices eso? – le pregunté muy triste queriendo llorar sin poder hacerlo pues por mis ojos no puede salir nada.

- Todo a su tiempo, todo a su tiempo.

Los crímenes del jefe (1894)

– Cuando Jane se quedó embarazada de la niña, su relación con James se fue enfriando hasta el punto de ser casi inexistente. Jane no le confesó nunca a tu padre que la niña era su hija y él siempre pensó que era hija de Jeffrey. James comenzó a desarrollar una manía hacia Jane al convertirse en madre del hijo de otro hombre. Así al poco tiempo de nacer la hija de ambos, James cortó la relación con Jane. Esta se volvió loca de ira y rabia al verse despechada después de que todo lo que había hecho era para proteger a James. Desde entonces se dedicó a tontear con otros hombres sin tener el debido cuidado de no llamar la atención y sin control. Comenzó una relación carnal con Mamadou.
- ¿Cómo pudo hacer esto mi padre?, pero no era la mujer de su vida a la que quería por encima de mi madre y de mí.
– Sí Clarence, pero aquí no acaba la maldad de la que puede ser fruto James. Él quería quedarse con el control de los negocios turbios de Jeffrey y Mamadou. Ideó un diabólico plan cuando se enteró que Jane le estaba siendo infiel a su esposo. Pensó que si se lo contaba este haría algo que lo inculparía y lo quitaría del medio para así poder manejar el negocio en exclusividad. Se lo contó. Acusó a Jane de adultera, le dijo que estaba manteniendo una relación carnal con Mamadou a sus espaldas, en su casa cuando él no estaba y en su propia cama. Le dio todo lujo de detalles que sólo él como amante que había sido podía conocer, aludiendo que Mamadou se los había contado – de esta manera Jeffrey Dufaux, no dijo nada. Se puso su levita, cogió su sombrero y su bastón y se dirigió a su casa. Llegó a una hora que no era habitual en él. Entró sin hacer ruido, no encontró a su mujer por ningún sitio. Oía ruidos en la alcoba de matrimonio de la planta alta, se descalzó las botas, subió las escaleras lentamente y de forma muy sigilosa pisando con la punta de los dedos de los pies, se puso detrás de la puerta en la que oía a su mujer manteniendo una relación como una vulgar ramera con otro hombre. Se paró por unos segundos a meditar lo que estaba sucediendo, no le cesaban de venir a la cabeza todo lo que James le había contado. Para colmo la niña no paraba de llorar. El cólera y la ira lo invadieron. De una patada abrió la puerta de la alcoba y encontró a su esposa y a su socio Mamadou fornicando. Jeffrey que era un hombre muy temperamental, abrió su bastón, sacó de su interior su sable y de un movimiento certero le seccionó la yugular a Mamadou. En lo que este se desangraba a chorros, Jane de rodillas no paraba de gritar y de suplicar por su vida, desde una esquina de la habitación totalmente desnuda.
– Jeffrey, por favor no me mates. Hazlo por la niña, por favor hazlo por la niña.
– Calla, ramera infame. Fornicadora infernal. ¿Con cuántos más me habrás estado engañando?. No podías estarte relacionando con otro que con un negro. Pecadora, imagínate si llegas a quedar embarazada. ¿Qué hubiera hecho con un niño negro?. ¿Lo hubiésemos matado?. No, antes te mato a ti furcia y sucia ramera – inmediatamente, Jeffrey con su sable le asestó una punzada a Jane en la barriga a la altura del ombligo cuando lo sacó un chorro de sangre empezó a brotar de las entrañas de esta.
– Ahora te sacaré la semilla del mal que en tú interior llevas – acto seguido le rajó el vientre de lado a lado de un certero movimiento. Las entrañas cayeron al piso por su propio peso saliendo al exterior de su cavidad. Jane estaba herida de muerte. Era su fin, ella y su amante estaban en los últimos instantes de su vida, muriendo lentamente. Mamadou yacía en la cama y ella semiarrodillada desnuda sobre un charco de su propia sangre en una esquina fría y sucia de su alcoba. Agarrándose las entrañas y aferrándose

como podía a su vida. En esos momentos Jane Dufaux antes de exhalar su último suspiro se dirigió a Jeffrey Dufaux diciéndole: - Esto que has hecho hoy, será vengado y te costará la vida. Vida que te será arrebatada por quien más quieres en este mundo – al acabar de pronunciar estas palabras Jane Dufaux falleció, cayendo de bruces boca abajo sobre sus propias entrañas. Mamadou había fallecido unos segundos antes que ella. Ambos amantes murieron sufriendo una agonía terrible. Jeffrey mutiló y destrozó los dos cuerpos inertes y sin vida de los amantes. Como el gran sádico y desquiciado mental que era. Esperó a que se hiciera tarde en la noche para prender fuego intencionadamente a la casa borrando cualquier rastro que lo pudiese involucrar en la atrocidad de la que había sido autor y arrasar con todo lo de valor para que pareciese un robo. Abandonó el lugar con su hija. Todos los ciudadanos de Porto Novo creyeron siempre que los que yacían en la casa eran el matrimonio Dufaux. Y que la niña había sido robada por los asesinos.

– Vamos, el crimen de un loco que quedó impune.

– Sí.

Los pecados del padre (1900)

James había enloquecido hasta lo inexplicable debido a los actos que propiciaron que Jeffrey Dufaux asesinase a Jane. Él sabía que todo lo sucedido en la casa de los Williams, quien había ido dejando tras de si ese rastro de muerte y destrucción había sido Jeffrey y no un asesino como pensaban las gentes de Porto Novo. Por esta razón él se veía y se sentía como el verdadero y único culpable del asesinato de Jane. Desde que esto sucedió no había noche en la que en la soledad de la cama, en ese momento en el que uno se dispone a querer dormir y se encuentra consigo mismo, no la recordase y la añorase. Había sido la mujer de mi vida, me iba a casar con ella, era a la única que realmente he querido desde que éramos niños. ¿Qué hice?. Se decía noche tras noche sin descanso, sin poder conciliar el sueño habiendo incluso noches que las pasaba en vela, estirado en la cama dando vueltas para todos lados sin poder parar en una posición concreta y sin poder conciliar el sueño. Estaba pagando por sus pecados. Estos acontecimientos le llevaron a comenzar un periplo en su vida en el que frecuentaba la compañía femenina de pago y bebía en demasía para poder olvidarlos. Pero no hay nada en este mundo que haga olvidar a alguien que uno haya amado y lo hubiese perdido de esa manera, porque sólo una cosa en esta vida es cierta y es que el amor nunca te abandonará. James había perdido el control de su propia existencia y ya de una forma cada vez más frecuente estaba teniendo problemas con Clementine, con sus familiares y con la gente que realmente lo querían. Él se encontraba en una encrucijada de su vida pues no podía decirle a nadie nada sobre su problema por que pertenecían a una parte oculta de su vida. Es por todo esto que había sucedido que tenía a su esposa y a ti mismo Clarence como a los culpables a largo plazo de los actos que lo hicieron actuar de esa manera y que precipitaron la muerte de su amada Jane. Con un ligero chasquido de dedos de Delsirion aparecimos en otro momento y lugar. Nos encontrábamos en la habitación de mis padres, se notaba por el físico de mi madre que el tiempo había pasado. Era una mujer de unos veinticinco años. Ella dormía. Toda la estancia estaba a oscuras y sólo entraba un pequeño halo de claridad por una esquina de la ventana. Estaba amaneciendo. Mi padre acababa de llegar a casa y se estaba desvistiendo para meterse en la cama. Mi madre lo sintió y se despertó.

– James, ¿Dónde has estado?.

– Eso no es asunto tuyo, mujer.

- ¿Cómo qué no?, llevamos tus hijos y yo tres días sin saber de ti – en ese momento mi padre se giró y le dio un bofetón que retumbó en toda la estancia. Mi madre comenzó a llorar y de su nariz le emanaba gran cantidad de sangre.

– Escúchame muy atentamente, sucia ramera. Nunca más vuelvas a cuestionar ninguno de mis actos. Nunca más vuelvas a reprocharme que mis hijos y tú me habéis estado esperando sin saber nada de mí. Y recuerda que te saqué de la nada y que tú sólo estás para servirme y complacerme cuando yo lo deseé.

– Sí, James. Lo siento – dijo mi madre llorando.

– Además recuerda esto para que no se vuelva a repetir en la vida. Nunca, pero lo que es nunca más, vuelvas a decir mis hijos porque yo sólo tengo un hijo y se llama Filiph. - ¿Y Clarence?.

- ¿Hijo mío, ese bastardo?. ¿Pero cómo te atreves a decir que eso es mi hijo?. Con la de hombres que te habrás acostado antes que conmigo.

- ¡Oh, James!, ¿cómo te atreves a hablar así de la pobre criatura?. Con lo que él te quiere – en ese momento mi padre se tiró encima de mi madre y le propino una paliza bestial. Él no paraba de repetirle una y otra vez: "esto es para que te sirva de lección". "Al igual que a los animales, tú a palos aprenderás. Pues con palabras no entras en razón", "fulana", "ramera", "amante de cien mil hombres"… La golpeó hasta que se le agotaron sus fuerzas.
– A mí, el amor de tu hijo y el tuyo me dan igual. Yo os poseo, ambos dos sois de mi propiedad. Sólo habéis valido para arruinarme la vida – mi madre no podía parar de llorar del dolor físico infligido y del dolor moral del que estaba siendo víctima.
– Ya sé qué hace tiempo que me repudiaste y que casi ni me utilizas para darte placer. Pero, ¿no podrías respetarme como persona?.
– Mira, una ramera será siempre una ramera. Y procura por tu propio bien que cuando llegue a casa no vea al bastardo.
- ¿Y a tu hijo Filiph?. – Sí, ese sí. Ese sí sé que es mío. Porque lo tuvimos después del matrimonio y sé que desde entonces no te atreves a poner un pie fuera de casa sin mí.
– Tú me lo tienes prohibido.
– Así es, porque así es como actúan las señoras respetables y casadas. Y pobre de ti que yo me entere de que sales de casa sin mí. ¡Pobre de ti!.
Delsirion me miró a los ojos y me dijo:
- ¿Qué opinas de esto Clarence?, ¿a que no lo sabías?.
– Esto está siendo muy impactante para mí. Yo siempre había adorado a mi padre y lo tenía como mi ejemplo para llegar a ser. Y yo sin saber que trataba a mi madre como a una ramera y a mí de bastardo. Sin mostrarme el menor aprecio ni el menor apego. No queriéndome ni ver en su presencia. Hay cosas que son mejor no saberlas.
– Pero no sé qué tiene que ver todo esto que me estás enseñando con mi muerte. Es que sólo estás ahondando en el pasado y me estás haciendo daño.
– Todo a su tiempo, Clarence. Todo a su tiempo.

La llegada de los Williams

En el verano de mil novecientos ocho Porto Novo daba la bienvenida a la ciudad al señor Chris Williams y a su hija Reegan. Los Williams formaban parte de una rica familia de negocios americana que venían a establecerse a esta nueva y próspera ciudad por recomendación de su amigo James Fillmore. Chris Williams era un hombre de cuarenta años, de mediana estatura y de una corpulencia exagerada, se podía decir de él que de lo fuerte que era, era más ancho que alto. Tenía un pelo pelirrojo coronado con innumerables canas, vigoroso cortado muy pequeño, unos pequeños ajos marrones, una prominente nariz que le sobresalía de su rostro en forma de punta y una gran boca. Cada vez que hablaba siempre acababa bromeando con lo que esto le provocaba una risa y enseñaba su gran y perfecta dentadura en la que le asomaba un colmillo de oro. Ese era su sello de identidad, su colmillo derecho que él mismo se mandó poner de oro para mostrar su poderío a los demás a la hora de negociar. Su hija Reegan era una bella mujercita de catorce años, con una melenita rubia con las que formaba una trenza por cada lado de su blanca e inmaculada cara. No tenía ni una sola cicatriz en su bello rostro, coronado por una prominente frente seguida de unos bonitos y grandes ojos verdes claros. Y una bonita y pequeña nariz respingona. Alta, muy alta para su edad y de unos modales excelentes. Esta iba a ser la ciudad ideal para los negocios de Chris y para el crecimiento de su hija Reegan puesto que la ciudad había cambiado muchísimo desde que dejó de ser un simple pueblo y se convirtió en la cuna de oportunidades y negocios para aquellos millonarios o no, que deseen invertir en ella, debido en gran parte al continuo crecimiento demográfico de la misma gracias en gran medida a los grandes y constantes negocios que se realizan a través de su puerto. Las gentes ya no son los granjeros pordioseros, los borrachos y la banda de fulanas de antaño a los que se les podía manipular mediante el trueque, los vicios y en último caso la extorsión. Esa gente se habían convertido en ciudadanos cosmopolitas que pasaron de ser lo que eran para convertirse en albañiles, maquinistas y trabajadores del puerto. La ciudad en poco más de una década había cambiado dada de la mano del progreso y la prosperidad. Todo ello era propicio para que James Fillmore convenciera a su amigo Chris Williams para que se trasladase a la ciudad después de quedar viudo, a invertir junto con él en los grandes negocios emergentes de la próspera ciudad. James había sido el encargado de preparar todo lo que los Williams pudiesen necesitar para establecerse en la ciudad, desde lo más básico hasta el más mínimo detalle. Había adquirido una gran mansión de nueva construcción y de promoción propia en la zona portuaria cerca de la suya con el más alto lujo de la época. Suelos de mármol italiano y madera en las paredes acompañados de vigas de madera en los techos de los pasillos, madera en los suelos y paredes de las siete habitaciones de la casa sin olvidar sus respectivas chimeneas y sus baños incorporados cada uno de ellos vestidos los suelos y las paredes de granito. Una gran cocina de más de ochenta metros cuadrados anexas a ella cinco habitaciones para el servicio y como colofón final un gran salón en la zona central de ciento veinte metros cuadrados con suelo de cantería, madera en paredes y techos, grandes ventanales y una gran chimenea de más de cuatro metros de altura. En la parte exterior la casa estaba rodeada de un jardín de mil metros cuadrados, con garajes, caballerizas, invernadero y piscina. Una gran casa para una gran familia, les decía James. Que también se hizo cargo de contratar al personal de servicio de la casa seleccionándolo uno por uno con gran meticulosidad y con gente de su propia confianza. Adquirió además un gran local comercial en el puerto

ocupándose de toda la decoración y el mobiliario oportuno sin escatimar en todo lujo de detalles para que Chris Williams pudiese ejercer su negocio desde que llegase sin demora alguna. Cuando la familia Williams tomó tierra el veintidós de junio de mil novecientos ocho, ya tenían todo preparado e instalado para vivir y poder desempeñar sus obligaciones. Los Fillmore al completo los estaban esperando para darles la bienvenida y guiarlos por su nueva ciudad. Era el comienzo de una nueva era para todos.

El fin de la madre (1912)

El tiempo había transcurrido para James Fillmore y Chris Williams de forma muy satisfactoria, ambos habían hecho grandes progresos en sus colaboraciones laborales y en sus respectivos negocios. James era el hombre más rico de Porto Novo, siendo el dueño de una gran flota de barcos que se dedicaban al traslado de mercancías, tenía la mayor constructora de toda la ciudad y además poseía el mayor y más lujoso comercio de la misma. Por su parte Chris era el segundo hombre más rico de la ciudad gracias en gran parte a los negocios conjuntos que mantenía con James y a la gran oficina de aduanas que poseía en el puerto. James hacía pasar por ella a todos sus barcos y a todos los que quisieran hacer negocios con él. Gracias a esto por las oficinas Williams pasaban mercancías durante todo el día los trescientos sesenta y cinco días del año de todo el largo y ancho mundo. Eran uña y carne en los negocios. Pero ambos socios no conocían la verdadera naturaleza interior del otro. James estaba intentando mantener una relación extramatrimonial con Reegan a espaldas de Chris y de su esposa Clementine. Llevaba tiempo intentando cortejarla desde el invierno de mil novecientos once, cuando ella contaba con diecisiete años. James la cortejó sin descanso, regalándole y ofreciéndole todo lo que una joven de su edad pudiese desear e incluso lo que no hubiera ni siquiera podido imaginar. Estaba obsesionado con poseerla y tenerla para él solo, como había tenido a otras muchas mujeres. Ella siempre se negaba a estar con él. Cuando cumplió dieciocho años ella le decía para mortificarlo:
- Señor Fillmore, es usted un hombre casado. Yo no soy ninguna fulana para mantener relaciones con señores casados.
Esto desesperaba a James, pues a él nunca una mujer a la que deseara se le había resistido de esta manera. Pero lo que colmó todas sus expectativas fue cuando ella se prometió contigo pero sabiendo que este asunto provocaría una disputa interna en el seno familiar en el que ella sería la gran beneficiada.
- ¿Cómo has podido hacerme esto a mí, que llevo años cortejándote?.
– Yo soy una señorita de la rica y noble familia de los Williams, no soy una vulgar fulana. Si tú hubieses querido estar conmigo ya sabes que tenías que haberte divorciado de tu esposa. Yo no soy la otra de nadie. Te lo llevo diciendo bastante tiempo desde que me cortejas, aceptaría siempre y cuando no estés casado. ¿Cuánto tiempo has tenido para ser libre y pedir mi mano?. No lo has hecho por que no has querido. Esto ya se terminó, me voy a casar con Clarence.
Esta disputa era continua entre ellos. Pero esto ya fue lo que acabó de empujar a James a decidirse a llevar a cabo el crimen de su esposa Clementine para poder enviudar y así poder estar con Rose. Se dedicó a envenenar la comida de su esposa. Día tras día la envenenaba sin piedad. Clementine empezó a sentirse cada vez peor y no sabía que era ni a que se debía. Hasta que al fin cayó enferma en cama para así acabar muriendo. James sabiendo lo que estaba haciendo no mandaba llamar al médico. Su esposa Clementine murió y él ya quedaba libre para poder estar con Reegan.
- ¿Mi madre murió porqué mi padre se encapricho de Reegan?. La envenenó poco a poco hasta la muerte.
– Sí, por eso fue por lo que falleció tu madre.
– Pero, ¿por qué no se dio cuenta nadie que había sido envenenada?.

– Fácil, Clarence. El médico que la atendió era íntimo amigo de tu padre y le debía unas deudas que James sabía que no iba a poder cobrar nunca. De esta manera se las cobró a cambio de su silencio.
– Vamos que mi madre fue asesinada. Por mi padre. ¿Algo más que deba saber?.
– Sí, Clarence. James dos días después de la muerte de su esposa, fue a visitar a Reegan Williams y ante su padre Chris, la pidió en matrimonio. Chris aceptó de inmediato pues no veía la diferencia de edad como un problema sino que lo que le interesaba realmente era que con esta unión se juntaban las dos familias más poderosas de la ciudad.
– Ya, ¿y Reegan?. Iba a ser mi prometida. El compromiso aún no estaba roto.
– No, Clarence. Eso daba igual, es por ello que Chris Williams aceptó la propuesta de matrimonio de tu padre.

La venganza de los Williams (1912 – 1913)

James estaba enamorado de Reegan y sus actos para conseguirla lo llevaron a que asesinara a su esposa. Ahora él la pedía en matrimonio y Chris aceptaba. Ellos sabían que al saberse la noticia tú reaccionarías y se lo recriminarías a tu padre. Aquí alguno resultaría muy mal parado.
– Y, ¿fue así?.
– Sí, Clarence. Así fue.
- ¿Qué pasó realmente?.
– La noche del trece de mayo de mil novecientos doce, la noche en la que fuiste a reclamarle a tu padre por tu amada Reegan. Él por la espalda y sin tú esperarlo te apuñalo a la altura de los riñones hasta quitarte la vida. Se ensañó contigo se llenó entero los ropajes de la sangre que emanaba hacia el exterior del interior de tu cuerpo y cuando estabas aún moribundo con un leño que tenía a mano de la chimenea te remató en la nuca dándote golpes hasta destrozarte la cabeza.
- ¿Cómo pudo hacerme eso?.
– Estaba cegado por Reegan y no dudó ni por un segundo en hacer todo lo que fuese necesario para tenerla para él solo.
– Esto no se puede creer, es increíble.
– Pero después de todo lo que has visto, todavía lo pones en tela de juicio.
– Vamos, ¿nadie se enteró, nadie vio mi cuerpo?.
– Que va. Te cogió, te enrolló en la alfombra grande del salón que tus fluidos tiñeron de rojo en la que te asesinó, te bajo al foso húmedo del sótano, te lleno de cal viva y te enterró.
– Y, ¿nadie se preocupó por mí?, ¿nadie preguntó nunca más por mí?.
– James dijo que después de la muerte de tu madre y de haber roto el compromiso con Reegan, le dijiste que aquí no quedaba nada para ti y no podías soportar la vergüenza de tus actos y que por tú propio bien y el honor y prestigio de la familia habías decidido partir de inmediato. Así fue que zarpaste esa madrugada en un barco de su compañía que iba con destino a Brasil. De esta forma, todo sobre ti se terminó. Nadie más volvió nunca a preocuparse, ni tan siquiera a preguntar por ti. Sólo sabía que habías fallecido Reegan porque James se lo contó y está se lo contó a su vez a Chris Williams. Ahora Chris tenía a James Fillmore donde realmente lo quería tener desde hacía años. Su venganza, la venganza que dieciocho años llevaba buscando pronto llegaría. Delsirion volvió a chasquear de nuevo sus dedos y aparecimos en las oficinas del señor Williams, mi jefe. Hemos retrocedido en el tiempo estamos en las oficinas Williams en mil novecientos diez. Aquí puedo ver a mi padre y a mi jefe Chris Williams.
– Mira James, tu hijo Clarence no tiene dos dedos de frente y además es un inútil. ¿Por qué voy a tener que contratarle?.
– Entre otras cosas Jeffrey porque tú y yo somos socios, que digo más que socios. Yo sé todo sobre ti y con una sola palabra mía estás perdido. Y yo ahora te exijo que contrates a Clarence. ¿Me lo vas a negar?.
– Pero James, no me jodas con tus problemas familiares. Y menos aún me amenaces.
– No, no. Nada de problemas familiares y nada de amenazas. Tú debes de saber que el silencio de un hombre se vende caro. Yo necesito algo, tú me lo das. O de lo contrario atente a las consecuencias de tus actos pasados. Y los problemas sólo los tengo con ese bastardo. Con diecisiete años y todo el día en las faldas de mi esposa, quitándole tiempo

para criar a mi hijo Filiph. ¡Puaff!, qué asco le tengo. Jeffrey, no se hable más. Mañana a primera hora lo tienes aquí. Como si lo quieres poner a mirar por la ventana.
– Pero, ¿sabe hacer algo?.
– Eso sí, puede serte muy útil. Está muy bien educado, en eso no escatimé nunca con él. Sabe llevar la contabilidad perfectamente.
– Bueno si es así, podrá serme útil. Que así sea pues, mañana a primera hora que se presente ante mí.
Cuando mis ojos me mostraban la realidad de porque me habían dado el puesto en las oficinas del señor Williams, me invadió una sensación de inutilidad absoluta. Nunca sospeché que el puesto lo tuviera porque mi padre chantajeara a mi jefe.
– Delsirion, ¿Por qué mi padre ha llamado Jeffrey al señor Williams?.
– Clarence, no te has dado cuenta todavía que Chris Williams es en verdad Jeffrey Dufaux, el antiguo socio de James.
– No me había dado cuenta al haber cambiado tanto su aspecto y habiéndose dejado crecer la barba.
– Porque hace catorce años que Jeffrey Dufaux tuvo que emigrar, cuando volvió aquí había cambiado su aspecto a propósito y había adoptado una nueva identidad. Las gentes habían cambiado mucho y él, el que más. Había meditado hasta el más mínimo detalle de su aspecto y sus ademanes para que nadie lo reconociese. El único que sabía su verdadera identidad era James Fillmore, el hombre que había hecho que encolerizara aquella tarde de mil ochocientos noventa y cuatro. Aquel hombre que había hecho que viera la vida de una manera distinta desde aquel fatídico día, que le cambió su forma de ser y de actuar para siempre. Habían seguido teniendo contacto por la naturaleza de sus negocios. Su llegada había sido preparada desde hacía más de un año. Le había encargado a James que le fuera preparando el terreno, le envió dinero para que le comprara tierras, una gran casa, un grandioso local comercial y le contratara servicio así como un chofer. James ya les tenía todo organizado cuando llegaron a la ciudad. Todo estaba preparado para su vuelta a la ciudad de Porto Novo.
Delsirion con un leve chasquido nos volvió a trasportar en el tiempo a mil novecientos trece. De esta forma se acababa de cumplir la segunda parte del plan de los Williams, primero Clementine, luego tú y ahora faltaba que tu padre pagara por sus pecados. La boda se celebró tres meses después de que murieses. Reegan se acababa de convertir en la señora de Fillmore, con todo lo que ello conllevaba. Era la mujer del hombre más rico de la ciudad y además era la hija del segundo hombre más rico de la misma. Pasaron tres semanas cuando Chris le comunicó a Reegan que era el momento de denunciar a su marido por los crímenes que había cometido. Pero ella cometió un error, antes de denunciarlo, quiso saber de qué conocía él a su padre.
– Oye James, ¿de qué conoces a mi padre?.
– Pues lo conozco desde mucho tiempo antes que tú nacieses, éramos socios en unos negocios de venta de esclavos y contrabando de piedras preciosas.
– Que va, mi padre nunca haría eso. Él es incapaz de matar una mosca.
– Ja, ja,ja y ja. Rio el sucio borracho.
- ¿Por qué te ríes de esa manera cuando te digo eso de mi padre?.
– Mira Rose, porque así es como realmente te llamas y no Reegan. Exactamente Rose Dufaux.
- ¿ De qué diablos estás hablando?. ¿Estás loco o qué te pasa?.

– Mi amor, la sucia verdad duele más que la más limpia de las mentiras. Tu querido padre es en verdad un sucio mentiroso y asesino, que mató al gran amor de mi vida que era tú bella y dulce madre Jane Dufaux. Él la pilló en la cama con otro hombre y los mató a ambos entre terribles sufrimientos y luego quemó sus cuerpos para que pareciese que los habían asesinado a ellos, a tu madre y a él. De esta forma Jeffrey Dufaux, que así es como realmente se llama, tuvo vía libre para huir de la ciudad en la noche y su atrocidad quedar totalmente impune de castigo alguno.
– Eso no me lo creo bajo ningún concepto de mi padre. Mi madre nos abandonó cuando yo acababa de nacer.
– Tu madre nunca hubiera hecho eso, ¡eh!, que te quede muy claro. Ella era una gran mujer que hubiese sido mi esposa de no ser porque las cosas se torcieron con mis padres. Ella te amaba más que a nada en el mundo y ese criminal acabó con ella y huyo contigo en la noche.
- ¿Tú amabas a mi madre?.
– Éramos amantes desde muchos años antes que tu padre viniera a vivir a la ciudad, teníamos pensado casarnos en un futuro próximo pero mis padres se enteraron que había tenido un hijo con Clementine y no pude salvarme de tener que casarme con ella. Por el honor de la familia y esos rollos que contaba mi padre, sabes. Fuimos amantes incluso mucho tiempo después de casarnos ambos porque nuestro amor no lo podía separar nadie y los matrimonios eran sólo una fachada de cara al público. Estuvimos juntos hasta que ella se quedó embarazada de ti. Fue en ese momento cuando me di cuenta que esto no llevaba a ningún sitio después de tener ella un hijo con Jeffrey, entonces fue el momento de dejarlo. Pero cuando tú volviste con tu padre en el verano de mil novecientos ocho desde el primer momento en que posé mi mirada en ti, la vi a ella, a mi amada perdida, vi a Jane. Mi querida Jane, tú eres su vivo retrato. ¡Oh, eres tan bella como ella lo era!. Y es por ello que te amo desde el primer momento en que te vi. Me juré a mí mismo que no te perdería como la perdí a ella, tú serías mía. Nunca más nadie me separaría de la viva reencarnación del amor de mi vida.
Le habló con toda confianza y franqueza pues confiaba en ella y además había bebido de más. Pero al mismo tiempo traicionó a Chris al contarle todo esto a su hija. Reegan calló y siguió el plan de su padre al pie de la letra. James fue denunciado por uno de los sirvientes de los Williams, alegando que habían encontrado un cuerpo enrollado en una alfombra en el sótano de la casa que resultó ser el tuyo y acusándole también de la muerte por envenenamiento de su esposa Clementine, diciendo donde estaba guardado el veneno que utilizó para perpetrar su crimen. Detalle este que sólo conocía Reegan.
– Y, ¿qué pasó con mi padre?.
– Tuvo un juicio en el que su locura se hizo definitivamente patente debido al peso de los malos actos y decisiones cometidos a lo largo de su vida. Traicionándolo perdiendo definitivamente su autocontrol y autoinculpándose de todo lo que había sido acusado. Llorando de forma constante y pidiéndoos perdón a tu madre y a ti por lo que os había hecho. Días después se dictó el veredicto mediante el que se le culpó por los cargos de asesinato premeditado por la muerte de tu madre y asesinato en primer grado por el tuyo. Siendo condenado a morir en la horca en un plazo máximo de siete días. Aceptó todos los cargos por los que había sido culpado y pidió morir mediante fusilamiento, propuesta que le fue denegada por no haber sido nunca hombre de carrera militar. Los días para su ahorcamiento pasaban, cada día que pasaba estaba más desesperado, era

un hombre al que hacía tiempo que la cordura le había abandonado. Hablaba solo con gente imaginaria en su celda, con gente a la que había engañado, estafado e incluso con los muertos que contaba a sus espaldas, no cesaba de decirles una y otra vez una palabra que se había grabado en su mente a fuego: "perdón". La ventana de su celda daba directamente al lugar donde estaban levantando el patíbulo, el lugar que se iba a convertir en su cadalso en el momento menos esperado pero lo único cierto que él sabía era que cada vez le quedaba menos tiempo. La noche del sexto día fue visitado por el alguacil de la prisión:
- Le comunico señor Fillmore que mañana viernes día trece de mayo de mil novecientos trece, se ha fallado para que sea usted ejecutado en la plaza mayor de la ciudad a las ocho en punto de la mañana.
- Que así sea, alguacil.
– Como es costumbre y si usted así lo desea será visitado por el cura de la iglesia de la plaza mayor.
– Sí, por favor. Que venga a verme.
– Así será. Y tiene usted derecho a elegir su última cena, ¿Qué desea para cenar?.
– Nada, allá donde me voy mañana no necesito nada.
- ¿De verdad que no quiere nada para esta noche?.
– No os daré el placer de verme circular mañana yéndome por el vientre para abajo. ¿Cree que soy tonto o qué?, me sé muy bien la gracia que se les hace a los de mi clase cuando son ajusticiados por estos crímenes.
– Como usted desee.
La noche pasó muy rápido para él, incluso si hubiese durado todo el tiempo del mundo y la eternidad juntas, le hubiese siempre parecido poco. Meditó toda su vida en esas horas que estuvo despierto sin pegar ojo esperando su fin. Cuando menos lo esperaba, pues al estar incomunicado no tenía noción del tiempo, oyó las primeras voces en la mañana. Sabía entonces que su fin se acercaba. La mañana del día de su ahorcamiento había llegado. Allí estaban presentes su esposa Reegan fingiendo que estaba muy afligida. Su suegro y traidor Chris Williams, que mostraba un aspecto de reproche, como el de aquel que no esperaba que otro al que conociese fuese capaz de lo que se le había acusado. Su hijo Filiph y gentes de todos los rincones de Porto Novo. La plaza estaba abarrotada para ver la ejecución del hombre más rico de la ciudad y a su vez del mayor asesino conocido hasta la fecha. Lo abucheaban como el asesino y canalla que era, nadie lo quería y menos después que se descubriese lo que había hecho, a su propia familia. Lo apedreaban mientras lo subían al patíbulo y mientras permanecía en el esperando ser ajusticiado. Una vez allí le taparon la cabeza con un saco, le ajustaron la soga al cuello. Estaba todo preparado para la ejecución. El cura le estaba dando los últimos sacramentos, el juez dio la orden y el verdugo activó la palanca que abría la trampilla. La trampilla se abrió dejando caer el cuerpo. Tuvo la suerte de no sufrir, se desnucó en el acto, sus fluidos caían por sus pantalones. James había sido ejecutado. Los ciudadanos allí presentes pasaron uno a uno por delante de él escupiendo bajo sus pies a su paso. No había uno sólo siquiera que no lo mentara al pasar, los más ancianos del lugar sólo y por respeto a la familia se persignaban al pasar por delante del cuerpo presente de lo que había sido James Fillmore, el hombre más rico conocido hasta la fecha en Porto Novo. De esta manera había muerto el penúltimo de los Fillmore. Había muerto un asesino que había sido traicionado por el fin que le llevó a sus actos. Sólo quedaba Filiph Fillmore.

La caída de la cabeza pensante (1913)

Chris Williams, tenía planeado que unos matones asesinasen a Filiph Fillmore, para que así su hija fuese la única heredera de la fortuna Fillmore. Pero Chris no contaba con que su hija, quería vengarse de él por el asesinato de su madre y todo lo que James le confesó aquella noche antes de traicionarlo a la justicia. Todo había cambiado desde que ella descubriese la verdad. Reegan informó a Filiph de los planes de su padre para acabar él cuando volviera de la ciudad vecina de San Patricio al anochecer del día siguiente. Idearon un plan para que saliera airoso de la situación. Al anochecer del día señalado, los matones esperaban apostados con metralletas a ambos lados de la carretera de acceso a Porto Novo para asaltar el vehículo. Tenían un buen arsenal de armas de largo y corto alcance preparados para la ocasión. Para tirotear el vehículo por ambos lados del mismo y teniendo especial atención de hacer blanco en los neumáticos para impedir la fuga del mismo ante la situación inesperada en la que se iba a encontrar. Una vez tiroteado y parado el vehículo debían de abordarlo para acabar de rematar los cuerpos de los ocupantes con las armas de corto alcance. Siguiendo el plan al pie de la letra como había dejado claro que debía ejecutarse el cerebro del mismo, Chris Williams, y acabar con un certero tiro en la cabeza con la vida de Filiph Fillmore. El vehículo se veía venir a lo lejos por los serpenteantes caminos de entre ciudades, los asaltantes esperaban inmóviles el momento oportuno para el asalto al vehículo. Pero para sorpresa de ellos el vehículo desde unos cuantos cientos de metros antes empezó a aminorar la marcha hasta quedarse parado justo en el punto en el que ellos se encontraban apostados. Confiados sobremanera por lo fácil que habían tenido lo de parar el vehículo se acercaron lentamente al mismo saliendo de sus escondrijos y revelando a la luz de la luna sus posiciones.

- ¡Bam!, ¡bam!.

Cayó el primero de los asaltantes. Los otros dos respondieron a los disparos que habían acabado con su compinche pero ya era tarde, estaban condenados. Eran muertos dando los últimos coletazos. Otra ráfaga de tiros acabó con la vida de los dos últimos. Dentro del vehículo estaban agentes de policía que habían sido alertados por Reegan y Filiph de que iban a ser víctimas de un atentado. Prestando sus servicios para acabar con los matones. Dos horas después del fallido atentado contra la vida de Filiph. Reegan y él se dirigieron a la casa de Chris Williams. Chris Williams estaba dando vueltas sin parar por el salón de la casa, estaba nervioso. No sabía que había pasado con los asesinos que había mandado para acabar con Filiph. Cuando los vio entrar en la estancia en la que llevaba horas paseando se sorprendió, el corazón le dio un vuelco en su interior, sufrió la sensación que el aire le faltaba.

– Buenas noches, señor Williams.

– Bu, bue, buenas noches, Filiph.

- ¿Qué le pasa?, ya sé que no me esperaba, he venido sin avisar. Quería tratar un asunto un tanto emboscoso a las afueras de la ciudad con usted. ¿Sabe?.

– Hola, papá.

– Hola, Reegan. ¿Qué está pasando?.

– Cambio de planes, papá. O debería de llamarte señor Jeffrey Dufaux.

- ¿Cómo que cambio de planes?, ¿de qué me hablas? Y ¿cómo me has llamado?.

- ¿Cómo que de que te hablo?. Tu plan de asesinar a Filiph ha fallado. Y ahora estamos aquí.

– Pero Reegan, ¿Qué te pasa?.
– No sigas llamándome así. Mi verdadero nombre es Rose Dufaux y tú mataste a mi madre Jane.
– No sabes de lo que estás hablando.
– James la noche antes de ser denunciado me contó toda la verdad sobre tú y él. Me dijo que te llamabas en verdad Jeffrey Dufaux y mi madre se llamaba Jane Dufaux. Y que tú la asesinaste a sangre fría a ella y a su amante cuando los pillaste fornicando en vuestra cama. Para luego quemar sus cuerpos para poder huir y que todo el mundo pensase que erais los dos los que habíais sido asesinados. Eso es lo que me pasa.
– Hija, eso es falso. Yo nunca hice eso. Yo no soy esa persona, tú sabes que James estaba loco y lo más seguro es que me confundiese con otro.
– Papá, me lo confesó borracho y sin obligarlo a nada. Simplemente habló él.
– Ese maldito bastardo tuvo que irse de la lengua antes de morir, como no. Sí Rose, así es como te llamas. Rose Dufaux, hija de Jeffrey y Jane Dufaux. Ese bastardo arruinó mi vida, me tenía chantajeado con el asesinato de Jane y Mamadou. Él fue el que me dijo que estaban fornicando en mi casa, en mi cama, bajo mi techo y a tú lado. Eso no lo podía permitir así que los tuve que asesinar y luego quemar la casa. ¿Pero es que no te he cuidado?, ¿no he sido un buen padre para ti?.
– Me has utilizado para tu venganza personal contra la familia Fillmore. Me has hecho prometerme con Clarence para que James lo asesinara, luego me hiciste casarme con el amante de mi madre para ganar su confianza y conocer así todos sus secretos para poder denunciarlo. Para que tú consiguieras tus propósitos. ¿Te parece eso ser un buen padre?.
- ¿Cómo que el amante de tu madre?.
– Me lo dijo él mismo que había sido su amante hasta que se quedó embarazada de mí. Y es por ello que luego se vengó de ella denunciando sus actos ante ti.
– Hija…
– No me hables más. La policía está aquí detrás de estas puertas oyendo como tú mismo te delatabas para poder detenerte y juzgarte por la muerte de mi madre y su amante y el intento fallido de la muerte de Filiph.
– No. Prefiero pagar yo mismo por mis pecados. Adiós hija, todo lo hice por tu bien. Y siento tener que morir dejándote a ti con esta animadversión hacia mí.
En ese momento Chris Williams, sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta una pequeña pistola, que siempre llevaba consigo. Se la llevo a su sien derecha y disparó, sus sesos se desperdigaron por las paredes y las alfombras de la sala, él cayó en redondo al piso. No dio tiempo a que los agentes de policía que estaban apostados detrás de la puerta pudiesen detenerlo. El asesino de asesinos se había suicidado. Y de esta forma la profecía de Jane Dufaux se cumplía: “Esto que has hecho hoy, será vengado y te costará la vida. Vida que te será arrebatada por quien más quieres en este mundo”.

Comienza la venganza (1913)

Asesinados Clementine en primer lugar y luego Clarence, más tarde ajusticiado James y por último el suicidio de Chris, el círculo se ha cerrado. Reegan a eliminado a todos sus posibles adversarios en la lucha por poseer las fortunas Fillmore – Williams, sólo queda Filiph de la antigua y casi extinta familia Fillmore. Este no tiene ni voz ni voto en las decisiones que ella toma, es la dueña de todas las propiedades de ambas familias posee las grandes oficinas gestoras de aduanas del puerto de su padre, del mayor y más lujoso comercio de la ciudad y además es dueña de la mayor flota de barcos del puerto de Porto Novo. Es por todo ello la señora más rica de Porto Novo con tan sólo diecinueve años. Reegan lo planeó todo al milímetro para llegar al lugar donde ahora mismo se encuentra: medió en la relación matrimonial de los Fillmore consiguiendo engatusar a James haciéndolo perder la cabeza hasta el extremo de asesinar mediante envenenamiento a su esposa Clementine. Pasado un tiempo comenzó a medrar la relación entre el padre y el hijo consiguiendo que James volviera a asesinar pero esta vez a sangre fría a su propio hijo por ella, sólo por poder poseerla para él sólo. Más tarde se casó con él para más tarde acabar traicionándolo y vendiéndolo a la justicia, que lo procesaría y lo ejecutaría Y como punto culminante de su diabólico plan, tan sólo le hizo falta la palabra de un asesino para convencerse a si misma de traicionar a su propio padre, el cerebro pensante de todo este embrollo en el que la única beneficiada iba a ser ella, consiguiendo que él mismo se suicidara.

– Visto lo visto hasta ahora Clarence, ¿vas a permitir que siga saliéndose con la suya?. Habiendo pasado por encima de tantos seres queridos para ti e incluso por encima de ti para conseguir tan sólo riquezas terrenales.

Moví los brazos en señal de no saber que poder hacer. Y más aún, es que no sabía que me quería decir con todo esto. Esto era pasado, ya había ocurrido. Entonces le dije:

- ¿Cómo iba yo a poder solucionar la gran injusticia que estaba sucediendo?.

- ¡Pero despierta!, te han arrebatado la vida. Moras por el fin de los tiempos sin rumbo, una y otra vez padeciendo esta terrible tortura. Has tenido que pagar por los actos impuros de los demás a los que amabas y respetabas. Tu querida Reegan, la mujer con la esperabas casarte, te engañaba para conseguir realmente a tu padre, para ayudar al suyo a tener una venganza sobre tu familia que ni tan siquiera ella era consciente del por qué de la misma, tan sólo acató las normas de este sin preguntar nunca el por qué de lo que hacía. Ella tenía sus propios planes al margen de los de su padre. Todo esto lo hizo de la manera más rastrera y vil en que se puede hacer en este mundo privándote de tu madre y jugando con tus sentimientos para que acabara asesinándote tu propio padre. Todo ello para conseguir quedarse con la herencia de tu familia. Te traicionó y gracias a ella estás ahora muerto. ¿Qué, sigues opinando lo mismo ahora?.

– Si pudiera me vengaría de la peor forma posible de esa enredadora redomada, causándole el mayor sufrimiento. Daría lo que fuera por verla sufrir tan sólo una milésima parte de lo que ha sufrido mi familia por culpa de la suya.

– Eso es lo que quería oír, necesito la energía de esa ramera. Es una energía poderosa que devoraré poco a poco. Es la energía de un ser maligno que se oculta tras una bella fachada, son los peores asesinos y psicópatas que nadie pueda imaginarse. Los humanos pensáis que la belleza es pureza y salud pero a veces para conseguirla se tienen que producir unas uniones que degeneran al ser humano hasta extremos insospechados. En la mayoría de estos casos se esconde un ser que pierde el control de su vida y de sus

actos como Reegan lo ha hecho, pues su belleza le vale como escudo protector para conseguir propósitos que no están al alcance de los demás. Es por ello que necesito esa energía haciendo posible que tú puedas obtener la venganza que tanto anhelas para que puedas descansar en paz.
– Quiero que mi muerte no queda impune, quiero que mi muerte sea vengada, quiero hacerlos sufrir y acabar con ellos.
– Entonces esta misma noche conseguirás tu tan esperada y deseada venganza. Hoy Clarence Fillmore es el día que llevabas esperando desde que te asesinaron, hoy es el día de tu venganza final.

Se aclaran los asuntos pendientes (1915)

Delsirion dio dos palmadas y de esta forma nos transportamos adelante en el tiempo a una noche fría y lluviosa. Estábamos delante de la gran casa familiar Fillmore, la que había sido mi casa, la casa en la que viví hasta mi muerte. El encontrarme otra vez allí, así de repente, me provocó un gran pesar, sentí tristeza al haber vuelto a este lugar. Observándolo desde afuera, el gran cambio de haber pasado de estar dentro viviendo siendo parte de la obra que en ella se representaba a estarlo observando todo como si fuese una escena que se representase delante de mí, como un mero espectador, esperando para meterme en la función de forma furtiva como un vulgar ladrón cualesquiera.

- ¿Cuándo estamos, Delsirion?.

– Estamos en la noche del quince de diciembre de mil novecientos quince. Hemos viajado dos años hacia adelante en el tiempo, concretamente al tercer aniversario del fallecimiento de tu madre.

- ¿Por qué precisamente a esta noche?.

– Ya descubrirás el por qué por ti mismo, ya verás, ya. Además quería darle algo de tiempo a Reegan para que disfrutase de sus riquezas que tanto trabajo, sacrificios y muertes le había costado conseguir.

– Vale Delsirion, pero realmente, ¿qué es lo que debo hacer exactamente y cuáles son las condiciones?.

– Clarence, esta noche y sólo esta noche podrás volver a andar entre los vivos. Cuando el reloj dé la primera campanada de media noche no tengas prisa, el tiempo y el mundo en ese preciso instante se detendrá sólo para ti hasta que consigas tu propósito. Haz que paguen de la manera más cruel por lo que te hicieron, no hay condiciones a lo que esta noche les quieras hacer. Esta noche serás el amo del mundo y de la existencia, tú serás el que les imponga su sentencia. Yo seré un mero espectador disfrutando del espectáculo, de tú espectáculo. Estaré ahí en todo momento para cobrarme mi parte del trato, ellos no podrán verme. Te ayudaré en todo. Pero recuerda que esas almas son mías – asentí moviendo la cabeza.

Cuando el reloj dio la primera campanada marcando la medianoche, nos transportamos a la que había sido mi habitación durante toda mi vida. Esta se encontraba en el largo pasillo de habitaciones de la planta alta a tan sólo dos puertas de la alcoba de matrimonio de mis padres. Ya no quedaba ninguna de mis cosas, no había rastro alguno en ella que recordara que durante un pequeño periodo de la existencia humana allí vivió primero un niño y luego un hombre llamado Clarence, nada, no quedaba nada de nada. Para aquella habitación yo nunca había existido y nunca fui su ocupante. Habían tirado todas mis pertenencias y se había convertido en un lugar lúgubre, vacío y sucio. Me encontraba vivo, con una sensación que hacía tiempo que no notaba. La sangre me fluía por las venas, tenía emociones, mi cuerpo se estremecía ante lo que sabía que le esperaba y sentía unas ansías terribles de venganza. Me palpé todo el cuerpo para comprobar que estaba entero y que todo estaba donde debía estar, me busqué el pulso en mi muñeca derecha y allí estaba: bum….bum….bum, estaba otra vez vivo. Me dirigí a la habitación donde Reegan dormía. Me acerqué con sigilo a la puerta y cuando me encontraba detrás de ella de un golpe seco la abrí de la manera más violenta posible para dar un gran susto y crear la mayor excitación posible a la inquilina que en ella moraba. Para sorpresa mía yacían en la única cama de la estancia, en la que había

sido el lecho de mis padres y más tarde se convirtió en el de mi padre con mi madrastra, era ahora el lugar de fornicación de Reegan y Filiph. Esta era la sorpresa por la que Delsirion me trajo precisamente hoy. Después de unos segundos en los que observé todo el panorama y analice todas las posibles vías de escape de la alcoba dije:

- ¡Buenas noches, familia!, he vuelto.

- ¡Clarence! – dijeron los dos al unísono.

– Sí, soy yo Clarence.

– Pero si estás muerto. Llevas muerto años. ¿Cómo puedes estar aquí? – dijo Filiph.

– Vengo a veros. Es que uno no puede visitar a su familia, a su querido hermano pequeño y a su madrastra.

– Pues no, Clarence. Hermano, no puedes dedicarte a visitar a la gente si has muerto antes o al menos eso se pensaba.

– Clarence, dijo Reegan. Tú estás muerto. James te asesinó.

– Ya, eso lo sé. Pero hoy y sólo hoy he venido de entre los muertos a veros. Un amigo me ha hecho un favor.

- ¿Qué amigo?, ¿has pactado con el diablo? – preguntó Filiph con el poco de valor que el miedo espantoso del que estaba siendo víctima le dejaba aflorar hacia el exterior.

– No, con otro aún peor. Porque este existe y vais a ser su alimento por toda la eternidad. Sus cuerpos al escucharme decir esto se estremecieron, no podían ocultar su miedo. No se atrevían a salir de la cama. Sus músculos estaban muy tensos, sus mandíbulas apretadas sobremanera, sus ojos estaban más abiertos de lo normal y no osaban a levantar sus cabezas para mirarme directamente a la cara. Sus miradas reflejaban miedo y terror.

– Esta noche seréis testigos de vuestro propio juicio, seréis condenados y ejecutados.

– No Clarence, ten piedad, nosotros no hemos hecho nada. Somos víctimas al igual que tú de las circunstancias de la vida, de los actos de un loco asesino que nos arruinó la vida a todos – dijo, Reegan.

– Calla impía, no oses volver a tomarme por estúpido nunca más. Bastante tiempo me tuviste engañado. Crees que no sé qué manipulaste a padre, convenciéndolo con tus encantos para que terminara con la vida de mi madre y la mía. Para quedarte con él a tu merced, para luego traicionarlo y venderlo a la policía con el propósito final de ser la dueña y señora de todo cuanto mí familia poseía.

– Yo no podía hacer otra cosa mi padre me obligó.

– Mentira, tú sabías muy bien a lo que te enfrentabas y lo que realmente querías. Todo empezó con tu padre pero tú lo llevaste hasta los extremos de la locura en que se convirtió. ¿De verdad no te pesa la muerte de mi madre, la de mi padre, la de tu padre e incluso la mía propia, el que iba a ser tu esposo?. Todo para acabar yaciendo en una vieja cama de una casa lúgubre y solitaria que en tu tumba para toda la eternidad se convertirá. Con un hombre al que realmente no amas pues no puedes amar a nada ni a nadie, con el que te acuestas por que no te queda nadie más con quien poder darte placer. Un hombre al que odias con todo tu ser por que no deja de recordarte en todo momento a su propio padre.

- ¿Qué sabrás tú de lo que pasó?, moriste hace mucho tiempo.

- No morí, me asesinaron por tu culpa. Y aun así muerto y todo aquí estoy. He visto y comprobado por mí mismo todo lo que habéis hecho todos y cada uno de vosotros desde el principio de vuestras vidas hasta hoy. He viajado en el tiempo y el espacio para poder vengar mi muerte. Y ten en cuenta mujer que mi asesinato no sólo lo cometió mi

verdugo, mi padre James, ese sólo estaba ejecutando la orden de los jueces. En este caso los jueces Williams, tu padre y tú misma, Reegan Williams. Y es por eso que hoy vas a pagar por ello.
– Ten compasión de mí, Clarence. Acuérdate que estuvimos prometidos, hubo un tiempo en tu vida en el que me amabas, no me harías daño, ¿verdad?. Yo sé que tú no me harías daño nunca, Clarence querido.
– La misma compasión que mostraste al alentar a mi padre a que acabase con la vida de mi madre y la mía. La misma que tuviste para que una vez que te hizo el trabajo sucio acabaras denunciándolo. Y esa misma compasión que mostraste al culpar a tu propio padre empujándolo a su suicidio. Pues mira Reegan esa es la misma compasión que voy a mostrarte, querida.
– Clarence, yo soy tu hermano, yo no he hecho nada. Estoy aquí de paso. No me queda nada. Dependo de su caridad a cambio de hacer todo lo que ella me mande. Me obliga a fornicar con ella las noches que ella desea y cuando ella desea, soy un títere en sus manos que maneja a su antojo. Yo no conocía sus acciones pasadas. ¿A mí no me harás nada?, ¿no me harás daño?, ¿verdad hermano mío?.
– Calla Filiph, siempre has sido el medio hombre cobarde que eras de niño, solamente perocupándote por tu propio bien común, sin importarte los demás y obsesionado con poseer todo lo que yo tuviese. Con lo que no contabas era con que el viejo y estúpido James cayese víctima del amor de su amada Reegan, de lo contrario serías el hombre más rico de Porto Novo sin necesidad de tener que estar a su merced para todo lo que te mande y ordene. Pero tu penosa y lamentable forma de actuar te ha conducido a tu fracaso y a tu propia destrucción.
– Cómo puedes saber todo eso. Es imposible que lo sepas. ¡Sal de mi mente!, ¡sal de mi mente!.
– Ya estás empezando a pagar tu sentencia por tu pasividad, por importarte todo tan poco y por mantener tu estatus de cara al exterior haber vendido tu alma a esta demoniaca mujer. Filiph, estas enloqueciendo por las malas acciones que has cometido en tu vida. Además antes que abandonéis este mundo, porque hoy vais a morir, tengo que deciros algunas cosas que desconocéis: Filiph como tú bien sabes Chris Williams tenía planeado asesinarte la noche del atentado al vehículo en las afueras de la ciudad pero Reegan abandonó el plan porque papá le confesó que Chris había asesinado a su madre y toda la verdad sobre la relación entre él mismo y su madre. Eso hizo que Reegan no cumpliera con los propósitos acordados con su padre, traicionándolo al decirte a ti todo lo relacionado con el atentado para asesinarte. Pero ella no contaba con la gran cobardía de la que haces gala y que ello te llevaría a acabar metiendo en el asunto a la policía. Esto le produjo el contratiempo de no poder manipularte para que matases a Chris como venganza por el atentado que planeó perpetrar contra tu persona. Porque de haberlo hecho te hubiera tenido a su merced como tenía a papá para poder cuando ella lo creyera oportuno denunciarte y dar por concluido el círculo, quedándose como la única superviviente heredera de las dos fortunas. Ella no contaba con la debilidad de los pecados acumulados a través de los años de su padre, que cada vez que la veía en realidad contemplaba el rostro de la esposa que asesinase tiempo atrás. No había noche en la que no soñara con aquello y temiera que algún día su hija lo descubriese. Al matarse el mismo los planes se le trastocaron pero le daba igual, en aquel momento se acababa de convertir en la dueña total y absoluta de la fortuna Williams sumándosele a la anteriormente conseguida fortuna Fillmore. Filiph, habías dejado de ser un problema

para ella y en ese momento comenzarías a ser su títere, sabiendo que haría contigo todo lo quisiese.
– Me estás diciendo Clarence, que estoy vivo por que tomé la decisión de meter a la policía en todo este asunto. De no haberlo hecho y haber matado a Chris Williams, ella a su vez me hubiera vendido igual que vendió a papá.
– Exacto. ¿Es qué tú no estabas alentado por ella, de que había que acabar con Chris para parar esta vorágine de muertes?.
– Sí. Ella no paraba de repetirme una y otra vez, que tenía que acabar con Chris para que pudiéramos vivir en paz. Que mientras el viviese no tendríamos descanso para poder ser felices viviendo cada uno su vida. Fue entonces cuando decidí meter a la policía en el asunto para que me solucionaran el gran problema en el que estaba metido y del que no sabía cómo poder salir. Además no quería verme salpicado con la sangre de nadie en mi conciencia por mucho que esa persona quisiera verme muerto.
– Mira en el lío que te hubieras metido de haberlo hecho. Hiciste bien, de lo contrario no hubieses vivido lo que has vivido. No, te lo puedo asegurar. Hubieras seguido los pasos de papá.
– Su muerte me valió para aprender que los problemas hay que solucionarlos mediante el pensamiento y no actuar influenciado por las emociones.
Al acabar de decir estas palabras Filiph miró a Reegan y le dijo:
- ¿Cómo hubieras podido hacerme eso? A mí, que siempre he estado ahí para todo y cuanto necesitases, sin oposición alguna, sin preguntar, sólo ejecutando todas y cada una de tus órdenes al pie de la letra.
– No le hagas caso. Sabes que siempre te he amado, desde la primera vez que te vi, siempre te lo digo. Todo esto lo he hecho para que pudiésemos estar los dos juntos sin nadie que nos pudiera separar.
– Tú nunca has querido aceptarme como tu esposo. Ya veo lo que me querías. Me tenías cerca para poder manipularme mejor, me dejabas entrar de vez en cuando en tu cama para así poder tenerme engatusado y poder controlarme a tu antojo.
– Filiph, ese no es cierto…
- Calla, sucia y vulgar mentirosa.
En ese momento Filiph, se levantó de la cama, caminó por la habitación hasta llegar al gran butacón blanco que estaba situado enfrente de la cama. Haciendo un remolino con las manos a modo de cierre de un abanico dijo:
- Sigue ilustrándome con tú sabiduría, hermano.
Y en ese mismo momento se sentó en el mismo.
– Lo mejor de todo es que no sabes que papá hace años tuvo una aventura carnal con una tal Jane Dufaux, que era la mujer de Jeffrey Dufaux. ¿No te suena este nombre de nada, verdad?.
– No la verdad. ¿Quiénes son?.
– Son sus padres Filiph, los padres de Reegan. Fruto de esa relación entre papá y Jane Dufaux nació una niña. Esa niña se fue con su padre de la ciudad y volvió a los catorce años hecha toda una dama perteneciente a una rica familia. Más tarde se convertiría en la mujer del amante de su madre, madre que fue asesinada por el que ella creía su padre. Cuando su padre era en verdad el que años más tarde se convertiría en su marido, marido al que vendió a la policía que era su padre al que traicionó sin ella saberlo gracias a la vendetta que se estaba cobrando el que ella creía su verdadero padre. Y esa mujer no es otra que con la que yacías hace unos instantes en esta cama, Reegan Williams,

cuyo nombre de nacimiento es Rose Dufaux y la que en realidad se tendría que llamar Rose Fillmore. Hija de James Fillmore y Jane Dufaux, hija de su marido, hermana de su amante y hermana del que fue su prometido.
Reegan, estaba callada. Sus pecados la remordían por dentro. Sin saberlo había mantenido una relación de incesto con su propio padre y su hermano. Había aniquilado a su propia familia para conseguir lo que realmente le pertenecía por ley y sin necesidad de haber hecho lo que realmente llegó a hacer. Estaba destrozada por dentro, su cabeza no paraba de pensar en sus actos una y otra vez. Urdió una venganza con el que ella creía su padre para asesinar a su propia familia de sangre. Había vendido a su verdadero padre a la justicia para ser ahorcado y lo había incitado para que matase a su propio hermano. Eran muchas las ideas y los pensamientos que rondaban por su cabeza en esos momentos.

Se imparte justicia

– Ahora que ya sabéis toda la verdad de por qué estoy hoy aquí, os toca pagarle a mi amigo Delsirion el favor que me ha hecho.
- ¿Qué quiere decir eso? – Preguntó Reegan.
– Eso quiere decir que el hecho de que yo esté aquí, hoy y ahora, no es gratuito. Tengo un amigo llamado Delsirion, que está aquí, a mi lado y que ha hecho todo esto posible, y ahora hay que pagarle ese gran favor porque ese es su trabajo.
Reegan y Filiph miraban a todos lados en busca del tal Delsirion del que yo les hablaba pero no lo veían por ningún lado. Estaban aterrados ante la idea de lo que les estaba contando por todo lo que se les venía encima.
- ¿Cómo se lo vas a pagar?.
– Con la energía vital que emanaréis al morir, porque hoy es el último día de vuestras ostentosas y ruines vidas.
- ¡Por favor Clarence, ten piedad de tu único hermano!. ¡Por favor Clarence!. ¡Por favoooooor!.
– Yo podré ser todo lo piadoso que tú quieras que sea hermano. Pero la diferencia es que al contrario que tú, yo soy un hombre de palabra. El señor Delsirion y yo tenemos un pacto, y como señores que somos no lo vamos a incumplir ninguno de los dos.
– Pero, ¿quién es ese Delsirion?,¿dónde está para poder hablar con él, para poder negociar?.
– Está aquí a mi lado pero sólo lo podemos ver aquellos con los que pacta, y los muertos a la hora de pagar su condena.
Que patética estampa esta de mi hermano, me está suplicando por su vida cuando no se acordaba de ella en los momentos en que la codicia lo cegaba. Sus gritos eran insoportables pidiendo piedad.
– Por favor Clarence, no me mates. Soy muy joven para morir.
- ¿Y yo no era joven cuando me asesinaron?. Te recuerdo que en aquel entonces yo era más joven que tú ahora.
Acto seguido Reegan que permanecía sentada en la cama estiró su brazo izquierdo y sacó de la mesilla de noche un pequeño revolver que allí escondía. Apuntando a Filiph le dijo:
- ¡Cállate!, ¡cállate, ya!. O…
Filiph con los brazos abiertos y estirados, sacando pecho, puesto en pie delante del gran butacón. Le dijo en tono desafiante y cegado por los nervios:
- ¿O qué?. ¿Acaso me vas a disparar?. Maldita ramera.
En ese momento Reegan abrió fuego repetidas veces sobre él, alcanzándole un primer impacto en la cara y saliéndole por la parte trasera de su cabeza. Un segundo disparo le impactó en el pulmón derecho produciéndole una hemorragia interna. Al tercer disparo el proyectil se le alojó en el estómago creándole un orificio por el que emanaba al exterior una gran cantidad de sangre de forma rápida y abundante. Y el último y definitivo disparo le impactó en la pierna derecha a la altura del muslo desgarrándole la musculatura y atravesando su cuerpo para acabar alojándose en el gran butacón que estaba justo detrás de él. La sangre brotaba a gran velocidad de su cuerpo manchando y tiñendo de rojo el gran butacón. Estaba herido de muerte era su fin pero todavía tuvo tiempo para decir:
- ¡Joderos!, ¡joderos!, no me arrepiento de nada.

Acto seguido este cayó recostado sobre el gran butacón teñido de sangre. Con los brazos abiertos y la nuca hacía atrás en el respaldo. Era su fin, todavía estaba vivo en sus últimos espasmos contrayendo a gran velocidad sus párpados, convulsionándosele solos los dedos de las manos y las piernas sin control se le movían. De repente el desenlace final los ojos perdieron su color, la mirada se le quedó perdida en el infinito y su luz se apagó para siempre. Su cuerpo inerte quedó sobre el gran butacón cubierto por la sangre que todavía fluía de su interior formando un gran charco. En el preciso momento en que su cuerpo quedó rígido y sin vida, emanó de él un gran halo de luz, era su energía vital. Delsirion se acercó a él, abrió la boca y absorbió toda esa energía. En ese preciso momento fue cuando tomé consciencia que toda la estirpe de los Fillmore, toda mi estirpe, había sido aniquilada. Toda mi familia legítima de sangre había desaparecido. Reegan observaba perpleja la escena que había propiciado, era la primera vez que ella se involucraba personalmente como ejecutora de uno de sus crímenes.
– Te has aliado con el diablo. Le habéis robado el alma a Filiph.
– Habló la asesina de los Fillmore. Nosotros le habremos robado el alma, pero tú le robaste la vida y su existencia al privarle de su madre, su padre y su hermano. Tú con los acontecimientos que provocaste dentro de la familia le hiciste forjar la personalidad distorsionada que tenía. Tú eres la única culpable de su muerte y de la suerte que corrió luego.
– Pero yo no me he aliado con el diablo. Estás maldito Clarence Fillmore, eras un perdedor, un mierda en vida y ahora después de muerto eres el discípulo del mismísimo demonio. ¿Qué se iba a esperar de un perdedor como tú?.
– Yo estaré todo lo maldito que tú quieras, pero he vencido a la muerte estoy aquí para impartir la justicia en nombre de todos aquellos que con tus actos y acciones asesinaste y no pudieron defenderse y en mi propio nombre. Pero lo único cierto es que tú esta noche pagarás de una vez por todas por todo lo malo que has hecho en esta violenta existencia que has llevado. Reegan con voz altanera y en tono de mofa dijo:
- Y ahora, ¿qué es lo que vais a hacer conmigo?, ¿cuál es ese castigo tan terrible que me tenéis preparado?.
– Para ti hemos preparado lo que realmente se merece una asesina como tú, un castigo infinito con una existencia vacía, falsa y de dolor eterno. Una existencia en la que siempre estés condenada a vivir este momento, a partir de ahora siempre será esta noche para ti, te condenamos a que vivas esta noche una y otra vez de forma continuada y sin descanso. Todas esas noche recibirás esta misma visita y no serás consciente de que la esperas ni recordarás las anteriores pues después de cada una de esas noches olvidarás todo la sucedido y volverás a comenzar otra vez. Y noche tras noche repetirás tus actos y te suicidarás de todas las maneras posibles que la vida eterna de la que te hacemos entrega hoy te permitirá desarrollar a lo largo de la fría, oscura e infinita eternidad. De esta forma Delsirion emanará de ti noche tras noche toda esa maldad que llevas dentro. Ese será tu castigo. - ¡Ja,ja,ja!. ¿Y cuándo comenzará ese castigo?.
– Ya ha comenzado.
Se le borró de la cara esa sonrisa malévola que tenía y su expresión se convirtió en pánico. Comenzó a llorar cayéndole las lágrimas por sus mejillas. Estando sentada en la cama estiró su brazo izquierdo en el que portaba su pequeña pistola y con toda la tranquilidad del mundo, apoyó la misma a la altura de su corazón y dijo mientras abría fuego sobre si misma atravesando la bala su corazón y aniquilándola al instante:
- No me cogeréis nunca. ¡Noooooo¡.

Al morir Reegan, las familias Fillmore y Williams acababan de desaparecer para siempre de la faz de la tierra. No quedaba ninguno de los miembros que en su día formaban ambos clanes familiares, ninguno, todos habían muerto. Ambas fortunas que por tanto había luchado Reegan pasaron a disposición de la hacienda pública de Porto Novo reportándole una sustanciosa suma de dinero y propiedades para el bien de la comunidad y de la ciudad. La justicia se había impartido y mi venganza estaba completa, se habían solucionado todos mis asuntos pendientes, por fin podría descansar en paz.

Descanse en paz Clarence Fillmore

Habiendo finalizado mi venganza personal y ajusticiado a los culpables, Delsirion me llevó de nuevo al lago de la ciudad donde había comenzado el viaje en el tiempo y en el espacio que acabábamos de hacer. Aquí no había pasado el tiempo. Era justo el mismo momento en el que nos fuimos.

– Bueno Clarence, has conseguido descubrir la verdad de lo que realmente te pasó y ahora podrás alcanzar el descanso eterno.

– Si, Delsirion. Te estoy muy agradecido de que me hayas ayudado a comprender como fue realmente mi vida y no como yo creía que era. Te estaré eternamente agradecido por haberme brindado la oportunidad de resarcirme de aquellos que conspiraron contra mí, y por haberme ayudado a liberarme de este eterno castigo terrenal que no merecía y así por fin poder descansar en paz por siempre.

– Esa es mi misión en esta existencia Clarence, sólo hago esto para poder existir. ¿Estás dispuesto para partir a la eternidad?.

– No, antes me gustaría hacer algo.

- ¿El qué?.

– Quiero visitar el cementerio municipal por última vez.

Delsirion me miró fijamente y chascó sus dedos. Estábamos en la entrada del cementerio municipal de Porto Novo, era de noche, no había ni un alma por la calle en esos momentos. Me agaché en uno de los laterales del florido camino de la entrada y recogí flores durante unos instantes, formé tres ramos de flores frescas silvestres. Eran bonitas, que cosas tiene la vida del ser humano, hacía tanto tiempo que no veía algo tan bello, tan vivo y con tan buen olor. Que ahora me doy cuenta de lo poco que valoré mi vida mientras tenía el don de existir que un simple e ínfimo detalle como una flor me hace padecer estos ataques de nostalgia. Nos adentramos en el cementerio y me dirigí a visitar la tumba de mi madre por última vez. Pero ahora no estaba ella sola, estábamos mi padre, mi hermano, Reegan y yo mismo. Me arrodillé ante la lápida mi madre y le dirigí estas palabras:

- "Madre, ya queda menos para que tu hijo vuelva a ti. Espérame bajo nuestro árbol".

Acto seguido le dejé uno de los ramos de flores que había recogido en la entrada. Fui hacia mi tumba y la observé perplejo durante un largo rato. No sabía que decir, estaba ahí, pero también a la vez estaba aquí, observándome a mí mismo muerto en otro espacio y tiempo de la misma realidad. Dejé sobre la mía otro ramo de flores. Me puse a dar vueltas por todo el cementerio hasta que encontré la lápida de Jane Dufaux. Me arrodillé ante ella, le entregué el último de los ramos y le dije:

- "Descansa en paz Jane Dufaux, siento que tu vida acabase así, tan pronto, porque de haber seguido viva, nunca hubiésemos terminado todos aquí, ahora y por estas circunstancias. Quiero que sepas que se ha hecho justicia por tu temprana muerte y que puedes descansar en paz".

Delsirion y yo paseamos hasta la casa familiar Fillmore, una vez allí nos dirigimos al gran jardín hasta llegar a encontrarnos debajo de un gran laurel de indias con más de tres siglos de antigüedad que coronaba con su imponente altura y tamaño marcando el centro exacto del espectacular jardín. Recuerdo que bajo su sombra teníamos un gran columpio en el que jugábamos de niños, este era el sitio preferido de la familia donde mi madre y yo pasábamos largos y felices momentos, donde ambos disfrutábamos de la

vida viviendo el aquí y el ahora sin preocuparnos del mañana. Por eso era aquí donde había quedado para encontrarme con ella.

– Clarence. Es el momento.

– Delsirion, gracias por todo y hasta siempre.

– Hasta siempre Clarence Fillmore.

Me despedí de Delsirion. Me dirigí hacia el laurel de indias y me senté debajo de él protegido por su gran y acogedora sombra apoyando mi espalda en su grueso tronco. Cerré los ojos y comencé a soñar, soñaba con mi madre. Estaba con ella. No estaba soñando, era cierto. Por fin descansaba en paz.

Nacer, crecer y ¿morir?.
Las aventuras de Pierre Dupont

Plaza de los Procesos

Kaliput, invierno de 1799

Son las seis en punto de la mañana del doce de enero de 1799, toda la ciudad se ha congregado en torno a la guillotina. Están todos, desde los más desgraciados hasta los más ricos y poderosos de toda Kaliput. No es para menos, hoy es el día. Estaba señalado desde hacía más de un mes, hoy me van a ejecutar. ¿El por qué de esperar tanto tiempo?, es fácil, simplemente había que darle tiempo a todos los hombres vivos que conforman la humanidad para que pudieran llegar a ver este milagro que se iba a producir. Sí, sí, milagro. ¿O es que van a tener la suerte y la oportunidad de volver a ejecutar a alguien que está considerado un inmortal?. No, verdad. El acontecimiento iba a ser espectacular, tanto para aquellos que asistieran al evento como para los comerciantes y mercaderes de la ciudad. La gran ejecución del milenio, era así como se referían al evento en cuestión, estaba atrayendo un montón de gentes de todas partes del largo y ancho reino. Ello suponía una gran recaudación para todos los negocios de la ciudad. No era para menos, las autoridades estaban detrás de mí desde hace más de cinco años, hasta que al final me han podido coger. Eso es lo que ellos creen al respecto de este asunto, yo os puedo asegurar que la historia que ellos cuentan no es real. Pero tampoco falsa, es simplemente, distinta. Las horas en el calabozo pasan lentas y aburridas para mí, ya he pasado por esto tantas veces que hasta me aburre. Llevo esperando este día con gran curiosidad desde hace mucho tiempo. ¿Será esta la definitiva?. El estar encarcelado en esta mazmorra maloliente, no me permite abrir el apetito para poder comer ni tampoco respirar con este maldito hedor nauseabundo que inunda los calabozos. Los desperdicios humanos y de animales están amontonados por todos lados. Los hombres tenemos que hacer nuestras necesidades por los rincones como bestias. Las ratas y los ratones pululan a sus anchas por todos los lugares sin excepción alguna. Hay que tener cuidado con que no te coman vivo mientras duermes, pues el dolor no aparece mientras te devoran. La mayor parte de los presos fallecen antes de ser ejecutados, bien porque enferman o porque son devorados mientras duermen, pero eso a mi me da igual. Mi vida siempre ha estado basada en el sufrimiento continuo y la muerte ha estado siempre a mi diestra. No soy nada, ni de esta época y mejor todavía, no poseo nada, no tengo nada que ganar ni que perder. Ni tan siquiera tendría que estar vivo. Ya llegó el tan esperado momento, ha llegado el gran general en jefe de los ejércitos de la grandiosa nación de Kaliput, Eudorf Molger. Lo sé, si no, no habría tanto alboroto. El tinglado está a punto de comenzar, ya me queda menos para poder escapar de aquí. Oigo a los carceleros aproximarse a mi celda, están manipulando los cerrojos tras mi puerta.

-Ciudadano Dupont, ha llegado el momento.

Me levanto del duro catre, poniéndome en pie delante de ellos con los brazos caídos hacía abajo. Me los amaran con cadenas hasta las cadenas que atan mis piernas haciendo una unión perfecta que me impida escapar en caso de querer fugarme. Uno puesto delante marcándome el paso y el camino, el otro detrás para evitar mi fuga, me conducen por todas las galerías y estancias de la prisión. Todo bajo el máximo silencio sepulcral posible, no se

oye a ningún preso, parece como si estuviera yo sólo en el edificio. Llegados a la salida de la prisión me hacen parar. El carcelero que tengo delante de mi hace una señal a través de la ventana a otro que está en la plaza, a su vez esta da la señal a alguien que no puedo llegar a divisar desde mi posición. Se produce un redoble de tambores persistente, era la señal para salir al escenario. Siguiendo el orden establecido desde que me maniataron, salimos a la plaza pública de los Procesos de Kaliput. La luz me ciega durante unos largos y dolorosos segundos, llevaba a la sombra y la oscuridad desde hace mucho tiempo. El murmullo ensordecedor del populacho es inmenso y abominable, los insultos hacia mi persona y mis obras son aterradores. Quiero decir, llegados a este punto que no debemos olvidar que el ganador es siempre el que escribe la historia, puede ser el peor criminal que more por la faz de la Tierra, pero como ganó tú te llevarás siempre la culpa de todas sus malas acciones. Sobrado para acobardar a cualquiera que no hubiese pasado antes por ello, a mí no me da el más mínimo miedo, es más, me excita. Me conducen hacia el patíbulo, me hacen subir a la plataforma y justo delante de mí estaba ella, la gran, metálica y afilada señora guillotina. Era espectacularmente aterradora por sus grandes y macabras proporciones, daba un respeto y un estupor tan sólo con contemplarla que cortaba ya de por si la respiración. Mientras por mi cabeza pasaba una sola idea, esto va a caer sobre mi cuello, partiéndolo y separando mi cabeza. ¡Jodeeer!. Por si fuese poco todo esto, además combinado con la gran cantidad de gentuza que había acudido al evento, calculo que alrededor de un par de miles, lo hacían el escenario perfecto para mi ejecución. Pero lo que más me llamó la atención es que el gran Eudorf Molger estaba situado en un lugar privilegiado donde con toda seguridad mi sangre le salpicaría. Tenía que ser un odioso petulante hasta el final de las consecuencias, lo entiendo en parte pues eran demasiada las veces que me había reído de él. A todo esto y cuando ya estoy en la posición indicada para que todo el asunto de comienzo, levantando su mano derecha mandó callar la plaza. El silencio se hizo de inmediato, dando comienzo a mi orden de ejecución:

-Kaliput, la grande y benévola. A 12 de enero de 1799, de una parte el pueblo de Kaliput contra el asesino Pierre Dupont. Ciudadano Dupont ha sido considerado culpable del asesinato de incontables personas, cuya lista es tan extensa que no podíamos recitarla a los aquí presentes por falta de tiempo y de leña para mantener viva la pira.

-Crímenes por los que he sido juzgado y ejecutado con antelación. -Le contesté de forma tosca y desafiante, mirándolo de abajo para arriba con la cabeza gacha. Como si conmigo no fuera la cosa.

-Le recuerdo que no puede articular palabra mientras se lea su sentencia.

-Y yo, a su vez le recuerdo a usted, que la ley reinante en el reino de Kaliput, es bien clara. No se podrá juzgar a un hombre dos veces por el mismo crimen, y menos aún ejecutarlo. -¡Calla insolente y escucha la sentencia!. Como iba diciendo prosigo, ¿Por dónde iba?. A sí, aquí: Según decreto firmado por nuestro actual monarca Don Branqo Phaes, el ciudadano conocido por Pierre Dupont anteriormente ajusticiado en un pelotón de fusilamiento, envenenado, desmembrado, atropellado... Saliendo siempre inmune de todas sus ejecuciones y atentados contra su persona conocidos hasta la fecha, se le destituyen los privilegios de un hombre y a partir de ahora será considerado como ser maligno. Con lo que ello supone, no será ajusticiado en calidad de persona, sino de ente maligno. Permitiendo

volver a ejecutarlo por crímenes cometidos anteriormente tantas veces fuesen necesarias hasta asegurar su fallecimiento definitivo, por y para la protección de nuestros ciudadanos. Es razón esta por lo que ha sido condenado a muerte en la guillotina y una vez guillotinado sus restos han de ser quemados en la pira hasta su completa extinción. Asegurándose todos los presentes que no se obrase milagro alguno de resurrección. Yo el rey. Una vez leída la sentencia condenatoria, Eudorf Molger se dirigió a la plebe:

-Es por ello que estamos aquí, reunidos todos, compatriotas con gran expectación para ver la muerte de un hombre al que consideramos inmortal y del que esperamos que hoy, al serle separada la cabeza del cuerpo, por fin podamos descansar en paz y sin miedo a ser víctimas de sus atrocidades.

-Ignorantes no saben que no puedo morir me hagan lo que me hagan. Todo de lo que me acusan como he dicho anteriormente es falso pero cierto. Yo no he matado a pobres ciudadanos como quieren dar a entender.

-Es por ello, que su cuerpo una vez haya sido guillotinado será quemado hasta la extinción en hoguera pública para evitar el fenómeno de resurrección. Acusado Dupont, ¿desea que se le conceda un último deseo antes de morir?.

-Sí. -Contesté fuertemente y en tono imperativo. -Deseo que se me suelte, se me deje marchar y que tú ocupes mi lugar ciudadano Eudorf Molger. Por el bien de la patria y de todos los presentes.

-Ante la imposibilidad de poder cumplir con los deseos del acusado y ser amenazados públicamente, vamos a concederle a un gran hombre como él una muerte digna como él solo se merece. Es por ello que le vamos a dar la oportunidad de que vea en primera persona y desde un ángulo privilegiado su propia muerte. ¡Ejecútenlo boca arriba!.

-¡Ooooooooooohhhh!. -Murmuró el populacho.- ¡Pobre diablo!. -Comenzaban a opinar algunos.- Nadie por mucho mal que haya provocado se merece una muerte así.

El grandioso don de gentes de Eudorf Molger me había granjeado el beneplácito del pueblo. ¡Qué gran hombre este!.

-Y dicho esto, que comience la ejecución. -Dijo el gran Eudorf Molger.

Los carceleros me colocaron en la posición indicada, boca arriba. Mi vista estaba mirando hacia el cielo infinito, pero no podía atender a nada más que a esa barbaridad que iba a cercenarme el cuello. Me estaba excitando más que nunca porque esta iba a ser la ejecución más bestial a la que había sido sometido nunca. El general en jefe Eudorf Molger levantando su sable dio la primera señal, comenzó el redoble de tambores. Y finalmente bajando el mismo, la segunda señal, el verdugo tiró de la soga y...

Anchosfira 1797

El relato del que os voy a hacer partícipes, es un suceso ocurrido en la bella Anchosfira, al suroeste de Kaliput, hace tan sólo cuarenta y ocho horas. Me encontraba en la tabernaposada del *Ratón sin cola*, en la ciudad de Yuitad en Anchosfira, ya os podéis hacer una ligera idea de la clase de clientes que podrían alternar este establecimiento. Era un garito un tanto peculiar y mal oliente. En él podías encontrar desde el más elegante señor hasta la última escoria de la sociedad, las rameras más nauseabundas hasta las del más alto standing, sobre todo jugadores de mala reputación expulsados de otras localidades del reino, matones, chulos proxenetas y asesinos. Las riñas, las grescas y las peleas eran el día a día del lugar. Inspiradas casi todas ellas por las timbas de cartas jugadas en las mesas redondas con tapetes verdes y rojos del salón principal. El entretenimiento preferido de los jugadores eran el póker y los dardos, razón esta por la que antes de anochecer el local estaba repleto hasta la veleta. Las jarras de cerveza y los vasos de ron rulaban por la barra a velocidad centelleante. Pero lo que todos ellos tenían en común era la búsqueda de un trago, el juego y la compañíía femenina que más se ajustará a la capacidad de sus bolsillos. El tinglado lo tenían muy bien manejado entre las fulanas, los matones y el camarero, un antiguo alcahuete de la policía del reino.

Doce horas antes

Llegué a Yuitad en Anchosfira guiado por el afán de una vida mejor, no sabía nada del asunto que allí se estaba forjando desde hacía tiempo. Pero poco a poco comencé a ser consciente de que algo no estaba funcionando correctamente en el pueblo. No era común que hubiese una cantidad tan grande de escuelas de medicina en una ciudad tan pequeña. Debemos tener en cuenta que a estas sólo pueden acceder los hijos de las personas más ricas de las ciudades del reino. Razón que no justificaba que en un lugar tan poco poblado hubiese cinco diferentes escuelas de este tipo. Estaban las escuelas Nelsodw, Murilbi y Herzord, todas ellas en la zona este de la ciudad. Luego en el sur se encontraba la academia Wolfurt y finalmente en el mismo foro la de Pride. Esta última era la más nueva y moderna de todas y la que más popularidad tenía entre los alumnos y sus padres, debido al gran número de donaciones para prácticas que recibía. Era regentada por el doctor Hiebert Pride y su equipo de especialistas. Razones para sospechar de este repentino auge habían varias, desde que en la ciudad ni en el reino habían tantas familias que se pudiesen permitir tal dispendio, hasta que la oferta de personas que quisieran donar los cadáveres a la ciencia eran más bien escasos. Eran contadas con los dedos de una mano y sobraba alguno. A la que la mayoría acusaban de prácticas de magia negra. Fue por esta razón que las escuelas ante la falta de medios para poder ejercer con su cometido comenzaron a promover una campaña entre las personas más pobres de la ciudad, mediante la cual ellos se encargaban del cuerpo del fallecido en pro de la ciencia y la medicina. Esto alentó a las familias de menor poder adquisitivo rápidamente a donar los cuerpos a las diferentes escuelas, porque de esta forma se ahorraban todos los gastos funerarios obligatorios que estaban estipulados por ley en el

reino. Muchas familias quedaban endeudadas con estos dispendios, quedando incluso en la calle sin residencia en la que vivir. Pero de esta campaña resultaban pocos ejemplares para satisfacer la creciente demanda de las escuelas. El tiempo pasó y los medios para conseguir más y más cuerpos fue de mal en peor. Seguían el cortejo fúnebre hasta el lugar del enterramiento, esperaban para una vez dada la sepultura desenterrarlo o extraerlo de su mausoleo particular para acabar engrosando sus bolsillos y el depósito de la morgue de alguna de las mencionadas academias. Este movimiento propició un auge de la delincuencia hacia este tipo de macabras prácticas. La justicia que era impartida por las familias más ilustres de la ciudad, eran los encargados de promover las leyes en contra de estos actos delictivos. Los catalogaban de satanistas y antinaturales, las penas de castigo por sus prácticas eran invariables, se castigaba con la pena capital. Aquel desgraciado al que atrapasen llevando a cabo alguna de estas prácticas ya sabía a lo que se atenía, se han dado casos en los que las propias academias denuncian a algunos procuradores de cuerpos por la ilegalidad de la muerte del cuerpo vendido. Esto, no era otra cosa, que una maniobra de distracción que de forma regular hacían para no levantar sospechas entre las autoridades, nada más. Promulgadas estas leyes los procuradores de cuerpos, que así es como se les conoce a los del gremio, comenzaron a poner más esmero en la obtención de cuerpos. Los cementerios eran sitios muy peligrosos para su profesión, la policía del reino los vigilaba con recelo bajo la orden de matar a cualquier asaltante. Es por ello que idearon una nueva forma para conseguirlos sin incumplir la ley, entre comillas. El asunto era muy sencillo, incluso más de lo que sanamente se pudiese considerar. Un forastero o extraño muere en la ciudad, daba igual cual fuera el motivo de su muerte, para no hacer un gasto en sus sepelios a la comunidad las autoridades estaban obligadas por ley a dar el cuerpo a alguna de las academias de medicina. Por un lado ganaba el consistorio local que se ahorraba los gastos del entierro y por otro las academias que conseguían gratis los cuerpos. Es fácil de adivinar como los miembros de los organismos públicos se hicieron corruptos en escala. Desde el policía de patrulla urbana que era avisado por los matones, hasta el comisario que era el último eslabón en la cadena. A veces el aviso no llegaba ni al último eslabón, los cuerpos eran llevados directamente a la academia, repartiéndose el beneficio obtenido en la venta a la academia mejor postora. Los nuevos procuradores de cuerpos ya no se dedicaban a ir a lugares oscuros ni peligrosos para conseguir materia prima. Estos estaban organizados como una banda, sabían que esta era la única manera de no ser descubiertos. Todo comenzaba desde el instante en que el alcahuete local divisaba un forastero que llegaba a la ciudad, si él lo consideraba adecuado al tipo de los que demandaban las academias desde ese mismo momento se activaba un dispositivo de seguimiento del sujeto. Tenían tan perfeccionado el método que desde que lo divisaban, lo tasaban sabiendo dónde y por cuánto lo venderían. Mi historia en esta ciudad del arte mortuorio comenzó hará cosa de cuarenta y ocho horas atrás. Llegué en busca de un trabajo para cambiar de aires y dejar de lado la parte norte del reino, para diseminar mi rastro en la medida de lo posible. Todo ello muy marcado e influenciado por mi forma de vida por aquellas latitudes. Había escuchado contar a las gentes en mi viaje ambulante y sin rumbo por el reino que en esta ciudad se podía prosperar consiguiendo trabajo fácil y rápidamente. Llegué a la ciudad una mañana de primavera

oscura y nublada. Las calles estaban totalmente abnegadas de barro, cubría las botas hasta los tobillos, había que ir con mucho cuidado para no resbalar y caer en aquel maldito barrizal para puercos. La ciudad a simple vista se veía triste y sin vida. Estaba compuesta en su mayoría por construcciones de casas de dos o tres plantas de altura, entremezcladas con otras de planta baja. Delante de las viviendas los suelos estaban algo adoquinados pero para la porqueriza de barro que yacía delante de ellas, lo mejor hubiera sido no gastar dinero en el pavimento. Las calles estaban atestadas de suciedad, basuras, desperdicios de animales y humanos. Lo que ayudaba a la proliferación de los parásitos y los roedores. Los niños de la ciudad jugaban en las puertas de las casas descalzos y muchos de ellos sin pantalones ni camisas que ponerse. Puedo asegurar que no era porque las condiciones ambientales invitasen a estar de esa guisa, no, era más bien porque la pobreza extrema se había arraigado en su forma de vida. Eran tiempos malos y de penurias, donde las familias fértiles no cesaban en traer al mundo más y más hijos, casi una media de uno por año. Esto asociado al no poder progresar económicamente, traía consigo lo que estaba presenciando en aquellos momentos, que no era ni más ni menos que la antesala de las enfermedades que se acabarían llevando a una gran cantidad de población infantil. Presenciándolo me decía para mis adentros, pero como puede haber un contraste tan radical en esta ciudad. La gran mayoría de sus ciudadanos, sin exagerar en torno al noventa por ciento, eran no pobres sino lo más bajo, miserables. ¿Cómo podían las gentes de las ciudades vecinas decir que era una ciudad próspera en la que el que quisiera se podía labrar un porvenir?, la verdad viendo aquello no lo entendía. Las gentes naturales de la ciudad eran miserables y yo sin tener nada como iba a prosperar en un lugar así. Durante el resto del día deambulé por la ciudad y no encontré por ninguno de sus rincones ni un sólo atisbo de progreso en ella. Tan sólo en la zona más rica donde se encuadraban unas cinco mansiones que se podían divisar a simple vista, pues destacaban del resto de la cochambrosa y apestosa ciudad. Se podía oler desde bien lejos el dinero de sus propietarios. No había nada bueno que destacar de este lugar, salvo lo anteriormente mencionado, el gran auge de las escuelas de medicina. Estas se ubicaban en las peores viviendas de la ciudad, en el mismo centro de los suburbios más pobres y piojentos. Era extraño cuando los estudiantes eran personas de un alto nivel adquisitivo, pero así estaba estructurado aquel extraño lugar. Los estudiantes se alojaban en las propias escuelas al lado de las casas de las fulanas, las tabernas y las posadas. Pienso que venían sin saber dónde se localizaban realmente las mismas pues eran estudiantes de otras ciudades, pero como eran jóvenes no les molestaría en absoluto esta clase de ambientes, es más los tendrían más a mano si cabe para gastar más fácil su dinero. Visto lo visto, pensé en seguir mi camino hacia otras tierras del reino, donde creyera que la suerte me podría ser más propicia para mis intereses. Pero la tarde noche se había cernido sobre mí, decidí entonces hacer noche en la ciudad. Busqué una posada en la que poder cenar y descansar, durmiendo unas horas para a la mañana siguiente volver a emprender rumbo. Es razón ésta que deambulando por la ciudad encontré la taberna posada el *Ratón sin cola*, de características anteriormente mencionadas.

El Ratón sin cola

En cuanto puse un pie dentro de este garito de mala muerte, las fulanas se me acercaron como las moscas a las inmundicias. Los chulos, los matones y resto de jugadores se giraron hacia mí, mirándome de forma despectiva, juzgando mis actos uno por uno a mi entrada en la posada, como si mi vida dependiese de ellos. Ante situaciones de este tipo hay que saber muy bien cómo se comporta uno para evitar problemas mayores. Las susodichas rameras me ofrecieron sus servicios como a cualquier otro cliente.

-¿Qué hace un hombretón como tú en un lugar como este?.

-Estoy sólo de paso.

-¿Te gustaría disfrutar de mi compañía esta noche?.

Sabía muy bien que aunque me diera el mayor asco del mundo acostarme con esta clase de mujerzuelas, por mi propio bien debería cargar con alguna de ellas durante el tiempo que aquí permaneciera. Sobre todo para tener contento a su chulo generándole algo de ingresos por el servicio prestado.

-¿Eso dependerá del precio que tenga tu cuerpo?.

-No te preocupes, tú podrás pagarlo.

-Si tú lo dices, pero te advierto que sólo tengo una moneda de plata para ti. ¿Aceptas el trato?. -Ahí estaba yo, con una moneda de plata en la mano enseñándosela a esta y esperando una respuesta. Para mi sorpresa no me dijo nada, simplemente la cogió y se sentó a mi lado en la mesa, momento en el que llegó el camarero.

-¿Qué desea comer el señor?. Tenemos judías con chorizo, rico estofado de ternera y una deliciosa tortilla.

-Tráigame una ración de judías con chorizo y una buena botella de ron, con dos vasos.

-Cariño, tú sí que sabes pedir.

Cenamos pues al final tuve que pedirle a esa pobre desgraciada un plato de tortilla, tan sólo por pura pena pues parecía desnutrida.

-Señorita, tan sólo por mera curiosidad. ¿Come usted todos los días?.

Se lo pregunté pues no pude menos de reprimir mi curiosidad que en pocos instantes desde el momento en que la vi se habían convertido en una gran duda, ante el acontecimiento tan insólito que habían de ver mis viejos ojos, estaba comiendo a destajo y sin respirar. Cogiendo los cubiertos de manera incorrecta como si de un viejo bucanero se tratase y como una persona sin el menor indicio de haber recibido el mínimo de educación cívica. La desgraciada debía de estar hambrienta, además de explotada, hambrienta. Comencé a sentir pena por la pobre muchacha, no debería de tener más de diecinueve años. Se acercó a mi oreja y en voz muy baja me dijo:

-Me dan de comer una sola vez al día, el resto tengo que vivir de la caridad de los clientes. Y no creas que todos son como tú, casi ninguno me invita a comer, tan sólo a beber. Y ya no aguantaba más, necesitaba el comer más que el respirar.

-No te preocupes mujer, te entiendo. Esta noche además de comer descansarás mejor. Podrás dormir tranquila toda la noche en mi habitación.

-Gracias señor, gracias.

Mientras cenábamos, a dos mesas de distancia se estaba jugando una partida de póker entre tres de los chulos y un forastero, parecía muy animada. Sabía por experiencia propia que ese tipo de timbas siempre se acababan a coces.
-Hablas tú.
-Paso.
-Yo también paso.
-Yo voy, cien más.
-Tus cien y diez más.
-Voy, las veo y tus diez. ¿Qué tienes?.
-Escalera de color al rey. Dijo el forastero muy animado ante la excitación de verse ganador.
-¡Ah!, sí, pues qué raro porque yo tengo póker de reyes. Ya me dirás tú, ¿cómo es posible, cuando sólo hay cuatro palos?.
-¡Tramposo!. -Dijo el forastero a uno de los chulos.
Entre los tres restantes lo tiraron al suelo por osar llamar tramposo al tramposo y lo estuvieron pateando hasta la muerte. Más tarde me enteré por el camarero que el desgraciado se hacía llamar Weiron Smith. Para cuando la policía del reino llegó al lugar, el cuerpo del susodicho estaba lógicamente irreconocible, su rostro se había convertido en una masa deforme a consecuencia del castigo recibido por parte de sus verdugos.
-¿Quién ha sido?. -Preguntó uno de los agentes del reino.
-Nadie, se cayó por las escaleras sin más. -Respondió el camarero.
-¡Ah, eso me había parecido a mí!. Pues como todo está en orden ayudadnos a cargarlo en el coche de caballos.
-¿A qué academia lo van a mandar señor?. -Preguntó el camarero.
-Creo que por el bien de la comunidad irá a la de Pride.
-Buena elección, señor.
Abrieron la puerta trasera del establecimiento, sacaron el cuerpo sin vida del forastero y lo cargaron en el coche de caballos. Mientras, los observaba perplejo desde una esquina justo en frente de ellos sin que pudiesen verme, gracias a la absoluta oscuridad que me cubría. Cumplida su labor los policías sacaron sus monederos y pagaron una moneda a cada uno de los asesinos y otra al camarero.
-¿Por qué te has interesado tanto en saber la escuela a la que vamos a llevar el cuerpo Bartholomeu?.
-Hombre agente, usted sabe que en mi humilde casa le servimos pleitesía al doctor Pride.
-Como debe ser Bartholomeu, como debe ser.
-Así es agente, por el bien de todos. -Se despidieron y los agentes reanudaron su camino. En ese instante me pude dar cuenta que algo no iba bien en el devenir de esta miserable ciudad de la muerte. El coche emprendió su marcha con los policías y el cuerpo sin vida del forastero por la callejuela trasera del *Ratón sin cola*, cuando de improviso le salí al paso del mismo.
-Agentes he presenciado todo lo sucedido y dista mucho de lo relatado a vuestras personas.
-¡Soooooo!. -Gritaron al unísono asustados por mi repentino aparecer en la escena. Les costó mantener a los caballos pues por el susto estaban muy agitados, no cesando en topar y levantarse de piernas.

-¿Estás loco forastero?. ¿Es esa acaso forma de cruzarte delante de un coche?.
Me gritaron ambos asustados por la forma en que les salí al paso.
-Perdonen, es que estoy muy excitado por lo que acabo de vivir.
Bajándose uno de ellos del coche, se dirigió hacia mí y con su brazo derecho me retiró del camino haciéndome subir a la acera.
-Aquí estaremos más seguros. Ahora, dígame eso tan importante de lo que me tenía que informar.
-Estaba en el *Ratón sin cola* y fui testigo directo y en primera persona del asesinato a patadas del hombre que llevan en el carro.
-Señor, ¿cómo se llama?.
-Pierre Dupont, señor.
-Es usted forastero, ¿verdad?.
-Sí señor.
-¿Usted ha presenciado la muerte de ese hombre que llevamos atrás, verdad?. -Me dijo señalando al coche de caballos.
-Sí, fue espeluznante.
-Pues considere ese hecho como su bienvenida a esta ciudad. Todos los forasteros que no pasan por el aro y se las quieren dar de listos acaban así.
-Pero agente yo sólo quería informarles...
-¿Está claro o se lo tenemos que explicar de otra manera, amigo Dupont?. -Me dijo mientras zarandeaba su porra contra la palma de su mano izquierda.
-Claro. Todo muy claro.
-Prosiga su camino y cuidado con lo que hace si no quiere acabar en la parte de atrás de nuestro coche. ¿Entiende a lo que me refiero?.
-Sí.
-Buenas noches.
Se dio la vuelta y se volvió a subir al coche.
-¿Qué le pasaba a ese tipo?. -Le preguntó su compañero algo excitado ante mi reacción y la de los caballos.
-Nada, forasteros alterados por la vida de la ciudad. -Le dijo al compañero que siguiera, reanudando así la marcha.
Todo seguía su curso en este sistema del terror, es por ello que ya no me extrañaba ni un poco el hecho de no ver a nadie en las calles a estas horas de la noche. Las gentes de bien estaban en sus casas resguardándose de los peligros de la noche en la ciudad. Y las de baja estopa se encontraban delinquiendo o reunidos en las cantinas y posadas. Pero ambos grupos tenían en común, que ninguno de ellos salvo un inexperimentado forastero como yo se atrevería, mejor dicho, osaría a circular de noche por esas callejuelas poniendo su vida en peligro. Callejuelas de mala muerte sin iluminación alguna, perfectas para la proliferación de los más abyectos actos criminales. Dejé por un instante de divagar y de hacerme fantasmagóricas ideas acerca de la ciudad, producidas en parte por la mala experiencia vivida en el garito y luego con los policías del reino. Me dispuse a volver a la posada para echarme a descansar, me encontraba de pronto muy mal, cansado y con un sueño atroz. Mis

extremidades inferiores de improviso no me respondían y mis brazos me pesaban en demasía. Esta sensación ya la había vivido antes. El estómago me ardía de forma repentina dándome un vuelco dentro de si mismo, el dolor era intenso. Sí, esto ya lo había vivido antes en mi existencia, me habían envenenado con la comida. No tenía la menor duda, me estaba muriendo. Mi vista fallaba, ahora tan sólo veía unas simples manchas emborronadas a mi alrededor. Todo me daba vueltas, estaba muy mareado. Me fallan las piernas, caigo de rodillas. La presión que ejerce mi cuerpo a terminado por derrumbarme. Escucho, oh sí, escucho, son las escorias de la posada. Los mismos que asesinaron al pobre forastero, se acercan lentamente a mí. También oigo a los agentes de antes. Están esperando a que muera, empiezo a delirar, el dolor en mis entrañas es insoportable. Me agarro el estómago fuertemente con mis brazos y manos para intentar apretarlo hacia adentro para disminuir el dolor. ¡Bur!, acabo de vomitar la cena, noto un ligero alivio en mi interior. ¡Bur!, otra vez, y así otra más. Mientras en mi alrededor siguen esperando como buitres que siguen su presa. Finalmente caigo de frente contra el suelo, justo encima del depósito de mis entrañas. He muerto.

Inicios

Mi nombre es Pierre Dupont, nací en Chiontia ciudad perteneciente al reino de Kaliput en 1682, una fría mañana de otoño un veintitrés de noviembre a la siete y cuarenta y cinco horas. De esta forma me convertía en el séptimo hijo de siete hijos de Dominico y Cloé Dupont. Dominico era un hombre de fuerte musculatura, alto y de proporciones hercúleas. Trabajaba como deshollinador y maestro constructor de chimeneas desde la temprana edad de los seis años con su padre y su abuelo paterno. Trabajo en el que el contacto directo con el humo y el carbón eran su día a día. Esto a lo largo de los años le había acarreado los mismos problemas respiratorios por los que habían fallecido con anterioridad ambos congéneres a muy temprana edad. Era un trabajo muy duro y más para una persona que estaba enferma en el grado que él lo padecía. Muchas familias al escucharlo toser más de la cuenta decidían prescindir de sus servicios por temor a ser contagiados de su mal. Esta situación lo llevó al borde de un abismo personal en el que se llegó a ver sin trabajo alguno gracias al boca a boca y los rumores sobre su estado de salud por parte de las malas lenguas de la ciudad. La verdad tenía que ser dicha, tenía los días contados cuando yo nací. Cada vez que tosía la sangre brotaba desde los pulmones hasta su boca llenando de fluido rojo el pañuelo que llevaba consigo para limpiarse. Según avanzaba el tiempo le costaba más poder ocultar su mal a los demás, su cuerpo comenzó a perder musculatura de forma involuntaria. Debido al no poder descansar durante las noches por la dichosa tos producida por la falta de aire en sus pulmones. Ante esta situación los acontecimientos lo impulsaron a cometer pequeños hurtos en las pocas casas de los clientes que aún confiaban en él. No tardaron sus actos en ser denunciados a las autoridades, siendo arrestado cuando yo contaba con tan sólo unos pocos meses de vida. Razón ésta por la que fue juzgado y condenado a prisión a perpetuidad donde fallecería a los dos meses de haber ingresado. No era de extrañar su repentina muerte recluido en un lugar húmedo y sin calor padeciendo una enfermedad tan

terrible como la tisis. Mis hermanos y yo crecíamos gracias al puesto que regentaba mi madre en la plaza del mercado de la ciudad. Allí la joven viuda de treinta años vendía pescado y también su cuerpo por una miseria. La situación familiar con el paso del tiempo se hizo más y más insostenible, agravando las condiciones de vida debido en parte a que no había suficiente dinero para mantener a la familia después del fallecimiento de mi padre. Pero por otro lado estas malas condiciones la habían mermado por otro lado, los hijos mayores que ahora deberían de estar trabajando para poder ayudar habían muerto víctimas de la mala vida y de los malos hábitos alimentarios que llevaba la familia al completo. Cuando contaba con tan sólo cuatro años de edad, era el hijo pequeño de tres hermanos. Los cuatro mayores habían fallecido. Mi infancia estuvo marcada por la más absoluta de las miserias y con la muerte siempre presente con su cruel y fría guadaña siempre en alto para caer sobre nosotros en cualquier momento. Al cumplir los seis años de edad comencé a sentirme mal hasta que al final caí muy enfermo. El ambiente pernicioso de la ciudad, junto con la mala alimentación y el constante respirar del carbón para dar calor al hogar habían terminado con mis pocas, escasas y débiles defensas de niño mal nutrido. Enfermé letalmente de tisis y escorbuto, no se esperaba nada bueno para mí, es más mi fin se antojaba duro y muy doloroso. Tan sólo le quedaba a mi madre encomendarse a la suerte para que me salvara. Pasaba las noches junto a mi lecho y los días trabajando en la plaza llorando, sabía que en cualquier momento alguno de mis hermanos iría a avisarla para decirle que su niño pequeño había muerto. Ya por entonces me había separado de mis hermanos para evitarles el posible contagio. Me encontraba sólo en una habitación de la casa, por la que no veía nada más que las ramas altas de unos árboles que la pequeña ventana me enseñaba del mundo exterior. Estaba bien tapado y con una leve pero constante chimenea que mi madre me avivaba por las mañanas antes de ir al trabajo y por las noches cuando volvía del mismo. Siempre tenía frío, me tapara lo que me tapara, daba igual. Todo en la familia iba a cambiar cuando mi madre en una de sus incursiones en la prostitución se vio envuelta en un crimen del que ella no era culpable, pero del que la culparon. Fue condenada a muerte por ahorcamiento. Quedamos destrozados por la desgracia, huérfanos, yo moribundo y sin nadie para cuidarme. Cuando la casa fue desalojada íbamos a ser entregados al orfanato municipal, un lugar donde los abusos físicos y sexuales por parte de los mayores y el personal eran el día a día. Pero la suerte nos iba a cambiar para siempre sin nosotros saberlo. Tuvimos la gran fortuna, que un antiguo amigo de la familia, al que conocíamos cariñosamente como el tío Marcel nos acogió en adopción a todos. Era natural de Ipsitud, la bella ciudad de verdes prados y aire saludable provenientes del mar, ubicada en la zona más al este del reino. Era sin duda un ambiente ideal para recuperar nuestra débil salud, pues tan sólo éramos unas criaturas de ocho, siete y seis años. Aunque a mí se me daba casi por perdido, los tíos Marcel y Nicolina me cuidaron con el mayor esmero y me proporcionaron los más caros, a la par que mejores remedios y medicamentos de la época para que pudiese luchar hasta el final de mis fuerzas. Cabe recordar que los tíos eran personas respetables y de dinero, ambos eran exploradores y aventureros de gran fama, no sólo en el reino sino también en muchos otros lugares, que habían hecho su fortuna gracias a las hazañas realizadas y a los innumerables tesoros que habían recuperado del olvido del

tiempo. Pero cabe destacar que siempre dentro de lo bueno suele haber algo malo, y en este caso era que no podían tener hijos propios. Ambos estuvieron sometidos a fuerzas malignas desconocidas en una de sus muchas aventuras y perdieron el don de dar la vida. Fue una gran desgracia para ellos pero la mala providencia hizo que sus amigos de Anchosfira fallecieran tan jóvenes dejando al desamparo a tres niños. Para ellos, el poder ayudar a criar a los que ellos consideraban sus sobrinos, les brindó una segunda oportunidad en la vida de sentirse como los padres que nunca hubieran sido. Marcel buscaba y buscaba junto con Nicolina en sus libros antídotos para salvar mi vida. Pero el tiempo se les hecho encima de improviso y sin avisar. La tarde del trece de octubre de 1688, caía gravemente enfermo entrando así en fase terminal de mi enfermedad. Era cuestión de minutos o segundos, quien podía saberlo, para el fatal desenlace. Marcel había estado estudiando en unos libros antiguos de culturas ya desaparecidas de los tiempos de las cavernas, unos antiguos rituales para hacer que el cuerpo y el alma nunca se separaran. Manteniendo de esta forma la dualidad cuerpo-alma por toda la eternidad. Impidiendo la desintegración del cuerpo físico alimentado por el alma inmortal que no podía escapar nunca más de su prisión física. El ritual se denominaba: “*El alma fría”*. Este consistía, en la creencia que el alma no podría abandonar nunca el cuerpo físico en el que se practicara el ritual, por el terrible frío que ello le supondría. Por esta razón, siempre que el cuerpo físico muriese, el cuerpo por muy dañado que esté gracias a la necesidad del alma de tenerlo que usar como refugio del frío exterior, lo reconstruirá una y otra vez por siempre y para siempre. Porque el alma es pura energía, no se puede crear ni destruir tan sólo transformar. El ritual consistía en hacerme unos dibujos con el hueso de una costilla de cerdo en el pecho, marcándolos bien hondos hasta que brotase sangre de los contornos del dibujo. Una vez que la sangre comenzara a brotar había que invocar el ritual del frío eterno, mediante las siguientes palabras: *“Okolp seplio furo besu aie”.* Una y otra vez, sin parar hasta que la sangre se cortara de raíz, esa sería la señal de que el ritual había tenido éxito. Ya me encontraba inhalando las últimas bocanadas de aire de mi vida mortal, ese era el momento del ritual. Se me abrió la camisa, despejándome el pecho de ropa y los dibujos uno a uno fueron hechos sobre mi cuerpo. La sangre brotó y brotó, no notaba nada en esos momentos estaba inconsciente, mientras, al mismo tiempo los tíos recitaban de forma perfecta y continuada las palabras mágicas del ritual del frío. Pasados unos dos minutos de lucha con la muerte, la sangre dejó de brotar, había muerto. El ritual había salido mal. Me limpiaron, me volvieron a poner la camisa del pijama bien amarrada y dejaron mi cuerpo inerte y sin vida reposando en la cama. Todo había terminado para mí de la peor manera posible, el niño se les había muerto en sus brazos. Bajaron las escaleras de la planta alta donde se ubicaban todos los dormitorios de la casa y se sentaron en el salón a meditar lo sucedido. Marcel sirvió para ambos una copa del más añejo coñac, sorbió un poco y se sentó en su gran butacón acompañado de su esposa. Miraban el horizonte que le brindaban las vistas desde la ventana del salón, su mirada estaba perdida en el horizonte lejano allá donde se encuentra la línea del mar cuando miramos. Pero no estaban viendo lo que les acontecía delante de sus ojos, simplemente estaban pensando en el niño que se les acababa de morir. Las lágrimas le comenzaron a brotar, les

acabó inundando los ojos provocando que cayeran por sus mejillas hacia abajo, cada vez que se acordaba de mí.
-¡Que mala vida vivió y que poco lo hizo!. Huérfano, perdió a su padre sin tener la oportunidad si quiera de hablar nunca con él, perdió a la madre y ahora muere con tan sólo seis años. ¿Qué vida es esta?. -Le dijo Marcel a su esposa.
Mientras en el piso de arriba, en la habitación donde habían dejado mi cuerpo, un extraño suceso estaba aconteciendo, era la segunda parte del ritual del frío que los antiguos manuscritos no mencionaban. El alma que por naturaleza común tiende a abandonar el cuerpo al morir este, estaba regresando a él en busca del calor. Penetró en mi cuerpo marchito y sin vida a través de mi boca, bajándome hasta los pulmones provocando de nuevo el funcionamiento de los mismos haciéndome respirar. El cuerpo se me retorció de forma monstruosa y un ruido cacofónico resopló desde mis entrañas:
¡aaaaaaaaaaarrrrrrrrrr!. Resonó retumbando por toda la casa despertando la curiosidad de Marcel y Nicolina, que corrieron apresurados a la habitación donde me habían dejado sin vida minutos antes. A consecuencia de la respiración, la vida volvió a mi cuerpo haciendo funcionar de nuevo mi corazón y mis órganos internos, estaba vivo. El ritual había funcionado. Marcel y Nicolina abrieron de sopetón la puerta que minutos antes habían cerrado dejando tras de ella dolor y sufrimiento, entraron en la habitación y descubrieron como estaba vivo. Incluso había recuperado la coloración en mi semblante.
-¿Cómo te encuentras?. -Me preguntó Marcel.
-Bien, mejor que nunca. ¿Qué me ha pasado?. Estaba perdido en la noche más oscura y de repente algo tiró arrastrándome en contra de mi voluntad a la mayor de las claridades. -No temas más por la oscuridad. Tú nunca volverás a morar por ella.

En el presente

-¡Aaaaaaarrrrrrrr!.
Mi alma volvió a su cuerpo haciéndome despertar de nuevo. Estaba siendo transportado en un coche de caballos, notaba el traqueteo de las ruedas en el contacto con las diferentes superficies adoquinadas del suelo de la ciudad en la madera de las ruedas. Oía como los conductores hablaban entre ellos discutiendo el lugar al que llevarnos. Estaba tumbado al lado del forastero asesinado en la partida de póker.
-El mejor lugar, la escuela de Pride. ¿O no?.
-Sí, definitivamente creo que es la mejor opción.
-Lo único que sé, es que si no es la mejor opción es la única que no nos costará la vida. El señor Pride, es el que maneja todos los hilos en la ciudad y si se entera de una traición por nuestra parte nos hará acabar en su morgue.
No me cabía ninguna duda, eran los policías del reino con los que había hablado anteriormente, los mismos que recogieron el cuerpo del forastero en el *Ratón sin cola*. Al oírlos hablar pude deducir que el tal Pride era el jefe de la banda de mangantes y asesinos que estaban surtiendo a todas las escuelas de la ciudad. Mi intuición me dice que no

tardando mucho iba a dar con el cabecilla de la banda. Al cabo de cinco minutos noté como el coche giró una vez a la derecha y otra a la izquierda para luego parar.
-Llegamos. Avisa en la puerta.
Tocaron en la puerta dos toques rápidos y tres lentos, tendría que ser una señal pactada. La puerta se abrió de inmediato dejando escapar un ligero tufillo a formol. Por ella asomó un viejo, de gran tamaño y no menor barriga, cabellos largos blancos mal cuidados a juego con una barba de una semana y un grandioso bigote. Vestía camisa blanca con las mangas remangadas hasta los codos, pantalón negro y un gran mandil de cuero.
-Ja, ja, ja. ¿Qué traéis esta vez muchachos?.
-Dos cuerpos de forasteros para el señor Pride.
-¿Se pasaron de listos, no?. Ja, ja, ja.
-No sabes tú bien, uno haciendo trampas con las cartas en el *Ratón sin cola*.
-¿En el Ratón sin cola?. Ja, ja, ja. ¡Qué pardillo!. Ja, ja, ja.
-Y el otro denunciando el asesinato del anterior.
-Ja, ja, ja. Un par de tunantes metomentodo, sí señor. Ja, ja, ja.
-Sí, démonos prisa no queremos que se nos haga tarde para volver.
Venían en dirección al carro para recoger nuestros cuerpos. No cabía la menor de las dudas, era una banda organizada que actuaba desde la posada, aprovisionando a las escuelas con los cuerpos de los forasteros. Por la información que había podido recabar hasta ahora la escuela de Pride era la que disponía siempre de más cuerpos para sus estudiantes, razón ésta que le beneficiaba a la hora de obtener un mayor número de matrículas que las del resto de la ciudad. Lo más normal que puede pensar uno, es que la escuela Pride era la que más le pagaba a los donantes y procuradores de cuerpos pero esto estaba muy lejos de reflejar la verdad de los hechos. No era la que más pagase, ni tan siquiera la que mejor enseñase, simplemente era la escuela de una banda muy bien organizada que habían llegado a la ciudad hacía cosa de un año y medio para asentar su reinado de terror, movidos por el creciente auge de este tipo de escuelas y en la que estaban implicados muchos escalafones de la sociedad de Yuitad.

Un criminal llamado Antoine Verdux

Habiendo perpetrado un robo poco tiempo atrás en su país natal, se veía obligado a abandonarlo para no perder la cabeza. Estaba buscando la manera de encontrar un medio para poder invertir el motín robado y hacerse rápidamente con beneficios. Es esta la manera con la que Pride, que siempre había sido un desgraciado ladronzuelo y poco más que un sucio ratero, había hecho fortuna. Pero dentro de ese proceso y en su último delito cometió el error de probar la sangre, tan sólo veinticuatro meses atrás era un simple ratero al que se le podía perdonar la vida. Pero el día que decidió entrar en la mansión Hogan´s, ese día quedó sentenciado a muerte. Los Hogan eran dueños en la ciudad de Manto, en el reino vecino de Cutdellé, de una gran plantación de tabaco. Eran ricos pero los buenos tiempos para ellos estaban cambiando de rumbo, era más lo que intentaban aparentar que lo que realmente tenían. Tan sólo por razón de estatus social debían de seguir aparentando lo

que ya no eran. Pensaban que hasta que no se fundiera la herencia del viejo patriarca fallecido el otoño anterior, nadie se daría cuenta de ello. Pero al perro flaco todas las pulgas se le pegan, es esta la razón por la que el amigo Antoine Verdux, actualmente conocido como Pride había emigrado hasta la localidad. Su intención era asaltar la vivienda y hacerse con todo el botín posible. ¿Qué cómo se enteró que el dinero y las propiedades de valor estaban en la mansión familiar?. Fácil, el primogénito de la familia se lo dijo. ¿El por qué?, estaba celoso de sus dos hermanas y su madre. No aprobaba la manera en que gastaban el dinero, que por ley era de su propiedad de la herencia del legado de su padre. Según él, era hora que las dos princesas hubieran cogido vuelo hace mucho, pero que muuucho tiempo. Deberían de haberse casado y ser mantenidas por un marido que les pagase todos los caprichos y no gastando su herencia. Él sabía que si no paraba esta situación lo antes posibles su herencia volaría rápidamente, y luego, sólo luego que eso sucediese las dos arpías se irían dejando la ruina y las deudas a su legítimo heredero que no era otro que él. Trazó un plan con Verdux para que entrara en la casa y las aniquilara a todas, incluida su madre. Él, en ese preciso momento, antes que escapara, le tendría preparado el medio de fuga cargado del botín que habían tratado. Pero no sabía que lo único que le interesaba a Verdux era el botín, no quería verse implicado en el asesinato de nadie. El día acordado, Verdux alrededor de las once de la noche se coló en la propiedad familiar por la puerta de servicio que su cómplice le había dejado entreabierta. Pero este desgraciado no contaba con que Verdux no era tan tonto como él creía y que había pagado con pequeñas condenas sus fallos y traiciones anteriores por confiar en los demás. Verdux dudaba de todos y de todo. Con la mala idea que lo caracterizaba, lo primero que hizo al llegar a la propiedad fue ir directo a recoger su medio de escape, que le aportaba su parte del botín acordado con la intención de escapar y no verse envuelto en ningún crimen. Al llegar a las cuadras y no verlo, enfurecido se dirigió hacia la casa para pedir explicaciones. Tendido en su cama y fumando reposaba la cena el señor Hogan, totalmente ajeno a la barbarie que se avecinaba en las habitaciones contiguas a la del. Pero le estaba resultando extraño no escuchar el mínimo de alboroto. Tendría que ser muy bueno, se dijo para si mismo. Momento este en que su puerta se entre abrió y de su sorpresa de la cama se reincorporó rápidamente. Verdux acababa de entrar en sus aposentos.
-¿Ya hiciste tú trabajo?. -Le preguntó con un tono de superioridad y mostrando su enfado por la violación de su intimidad.
-Estoy en ello.
-¿Cuantas has matado ya?.
-A ninguna.
-¿Por qué, si puede saberse?. -Le dijo en tono reprobatorio.
-Porque no soy tonto y lo primero que he hecho fue ir a comprobar mi medio de escape y no estaba preparado. A mí la traición no me gusta, es por ella que he pasado bastante tiempo a la sombra. Donde me juré que a partir de ese momento la traición en mi vida sería saldada con la muerte.
-Hombre no te pongas así, yo pensaba darte el dinero cuando acabaras tu trabajo.

-Claro, Claro. Cuando acabara, cómo no se me habría ocurrido antes. ¡Ay, esta cabeza mía!. Primero las liquido y luego paso por caja. Eso no fue lo acordado y a mí nadie me la juega. -¿Entendido?.
Sin mediar más palabras se giró de espaldas a el traidor, controlándolo por el rabillo del ojo a través del espejo de la alcoba. Sacó lentamente del regazo su navaja plegable, que mantenía oculta en el cinturón. Mientras la desplegaba el traidor le daba, le divagaba y le explicaba el porqué de las cosas que había hecho. Él le respondía a todo en tono displicente: Hombre razón tienes y como no se me había ocurrido a mí antes. Hasta que la vena se le hinchó en la frente, no cesándole de palpitar; ¡bum!, ¡bum!, ¡bum!... Estaba cada vez más frenético y nervioso pasando por su mente todas las anteriores traiciones por las que había tenido que pagar. Ese era el rasgo asesino que lo acompañaría el resto de sus días antes de matar a alguien. Se giró estirando el brazo y extendiendo la navaja para cortar todo a su paso, de una rápida pasada le rajó los ojos de lado a lado. La siguiente pasada, con la mano medio suelta, como si de un experto asesino se tratara, le hizo el recorrido de forma contraria a la anterior, de izquierda a derecha cortándole parte del pómulo derecho y los labios justo en su unión. Y justo cuando el golpe final fue asestado de derecha a izquierda y con más velocidad e induciéndole una mayor precisión y presión a la ejecución, la garganta a la altura de la yugular junto con la tráquea fueron seccionadas. De la velocidad imprimida en los gestos el asesinado no pudo ni reaccionar de forma involuntaria, ni para taparse los ojos. La cabeza tan sólo le colgaba por la columna vertebral, la sangre brotaba a presión contra todos los lugares y paredes de la alcoba.
-En mi vida la traición se paga con la muerte. -Le dijo Verdux a su víctima mientras agonizaba. Antoine Verdux había tenido su bautismo de sangre, desde ese momento había dejado de ser un sucio ratero para convertirse en un fino y experto asesino. Su ejecución había sido sublime y digna de los mejores maestros del crimen.

Presente

Ya estaban llegando al coche, me hice el muerto para que me llevaran al interior del edificio donde se encontraba el cuartel general de la banda. Los policías del reino junto con el viejo borracho y apestoso de la morgue habían llegado al coche, destaparon nuestros cuerpos. Ja, ja, ja. No me digáis cual es el gracioso y cual el chivato. Ja, ja, ja. Como para no saberlos distinguir. Ja, ja, ja.
-La bella modelo era el gracioso y la otra la chivata.
El viejo realmente apestaba a cordero, este no se había bañado en años. Gracias al fuerte olor a whisky que emanaba de sus entrañas a través de su boca, podía soportarse el tufo que arrastraba con él.
-Pero, ¿por qué vamos a cargar desde tan lejos los cuerpos?. Traed el coche hasta la puerta. Movieron el coche hasta la puerta de la morgue, el viejo salió con una carretilla donde nos transportaron a ambos, primero al otro y luego a mí. Nos tendieron en lo alto de unos nichos de piedra fríos. La Morgue era de unos diez metros de larga por unos ocho de ancha, tenía dos puertas una daba a la calle, la habían cerrado y era por la que me habían metido. La otra

daba a una estancia de la vivienda y estaba abierta e iluminada, allí se encontraban los tres hombres discutiendo de sus asuntos, pero por lo poco que podía oír deduje que era ajustando sus salarios.
-Os lo apunto en vuestro listado, estáis arrasando a los demás, ¿eh?.
-Hombre, modestia aparte es que nos ha tocado el turno de noche, es lógica tanta actividad. Y más desde que la banda se ha extendido por las ciudades vecinas.
-¡Oh, ese ha sido todo un acierto del jefe!. Ja, ja, ja.
-¿Pero que hacen los de los alrededores para mandarnos toda esa cantidad de forasteros?.
-Ja, ja, ja. Simplemente los engañan vendiéndoles que aquí hay de todo o más para todo el que quiera. Ja, ja, ja.
-¿Pero cómo hay tanto idiota?. No lo entiendo.
-Yo te lo explicaré estúpido. -Dijo de repente una voz nueva, que no había oído hasta ahora, en tono alterado.
-Señor, lo siento. ¿Qué le pasa?.
-Pero cómo te atreves a preguntarme que qué me pasa, es que tu inteligencia no te da para más ¿O qué?.
-Señor, usted me disculpará, pero todavía no sé a qué se refiere.
-Es inútil, te lo diré de forma directa. Has traído un cuerpo de un forastero envenenado de forma directa sin antes pasar por el depósito general. ¿Cómo has hecho eso?.
-Pensé que era dinero que le ahorraría, señor.
-Pensé, pensé. Tú no estás para pensar, para eso estoy yo. Tú estás para obedecer y punto. Pero con la de crímenes que está habiendo en la ciudad últimamente, ¿quién va a notar nada?.
-Imbécil, si algún estudiante observa que el individuo no tiene ninguna señal de violencia podrá dudar de la procedencia del cuerpo y a lo mejor incluso denunciarlo.
-Pero ese asunto está solucionado, señor.
-No te confíes nunca de las autoridades cuando delincas, es el consejo que te doy. -Entonces tenemos el derecho de apuntarnos al forastero envenenado en nuestra lista o lo devolvemos al depósito general.
-Dejadme a solas, que le eche un vistazo y luego os diré.
No cabía duda, había sido engañado desde el principio por toda la banda de Pride. Desde que hablé con aquellas gentes mientras vagaba por el reino que propició mi llegada a Yuitad, hasta mi entrada en el *Ratón sin cola*, donde fui envenenado para luego acabar en esta morgue. Pobre destino el de aquellas gentes que habían acabado su camino en las manos de estos monstruos. Tenía que acabar con este asunto, la solución era eliminando a su cabecilla. Para mí fortuna viene hacía aquí a verme. La providencia se ha aliado en torno mío para evitar más muertes. Cerré mis ojos y me hice el muerto aguantando la respiración lo más que pude. El señor Pride se acercó a mí y cogiendo la sábana blanca por el extremo con sus finos dedos me destapo hasta la cintura.
-Estúpidos, inútiles, imbéciles. ¿Cómo es posible que se atrevan a poner mi vida en juego con un cadáver así, sin un sólo rasguño?. ¡Arrrrr!.

-Eso puede ser porque no estoy muerto señor Pride. -Pride dio un salto hacia atrás y gritó del susto:
-¡Aaaahiiii!, mi corazón. -Y acercándose de nuevo a mí me dijo: -¿Qué clase de broma es esta?.
-No es ninguna broma señor, es simplemente su sentencia de muerte.
Estirando mis brazos le cogí el cuello con ambas manos y le apreté y apreté hasta que no pudo resistirse más. Pride había muerto, ajusticiado por uno de los cadáveres de su morgue. ¿Qué irónico, verdad?. Acto seguido intercambié nuestras ropas. Y con ayuda del material quirúrgico de su morgue le practiqué unos ligeros cortes en el rostro, le saqué los ojos y le extraje algunas piezas dentales. ¿Para qué todo esto?, ya lo veréis. Por el mismo sitio que me habían metido salí de la escuela Pride, para no volver jamás. Al día siguiente los alumnos contaban con dos cadáveres relativamente frescos para sus prácticas, supuestamente de dos forasteros no identificados. Pride fue descuartizado, diseccionado, observado al microscopio, quemado y finalmente arrojado a la basura por sus propios alumnos.

Leivatrusna 1798

Era la ciudad más grande del reino de Kaliput y la más rica de las cinco que lo forman. Es una tierra en su mayor superficie virgen, totalmente cubierta de una frondosa y espesa vegetación principalmente líquenes, helechos y pinos. Es por ello y la fauna que hacen del paisaje un entorno ideal para poder sobrevivir a las hambrunas que asolan a las ciudades del reino. Pero peligroso por los grupos de bandoleros, zíngaros, quincalleros y fugitivos, llegados de todas las partes inimaginables huyendo de la hambruna de sus tierras. Estas son gentes que no dudan un sólo instante en matarte para despojarte de lo poco que lleves encima. Razón ésta por la que hay que tener muchísima precaución a la hora de desenvolverse por este inhóspito territorio y extremar la precaución en cada pisada que uno da. Mirar, escuchar y luego caminar. Estas son las principales directrices que hay que seguir para poder sobrevivir en estos páramos, en los que la policía del reino no tiene presencia alguna. Principalmente siempre voy especialmente preparado para la acción, más cuando te dedicas a rastrear asesinos.

En el pasado

-Pierre tú tienes un gran don que debes aprovechar. Esa es la razón por la que te preparo con muchísimo más esmero que a tus hermanos. ¿Lo comprendes?.
-Sí, tío Marcel. Pero quiero ir a jugar con ellos. ¿Puedo?.
-¿Y si te cuento una historia, te quedarías?.
-Sí tío, sí. Cuéntamela por favor. ¿Trata de princesas o tal vez de monstruos que comen gente?.
-No Pierre, trata de la vida misma. Te gustará, se titula "La botella de Karin", escucha: Hace mucho, pero que mucho tiempo, un antiguo marchante según cuenta la leyenda, llegó a la ciudad acompañado por dos mulas que cargaban con un montón de tinajas. El hombrecillo de aspecto diáfano era un tanto peculiar. Vestía una larga chilaba verde y calzaba unas extrañas zapatillas doradas muy brillantes. Con un pelo negro corto muy resplandeciente e intenso que no cuadraban con su edad. Unos grandes ojos negros con mirada muy profunda que se posaban sobre ti y te llegaban a incomodar. Escuálido cual si llevase un huésped en sus entrañas. Aquella mañana a muy temprana hora cuando llegó al pueblo, acomodó sus carros y comenzó su retahíla para atraer la atención de los compradores.
-Es bueno, de altísima calidad. No encontrarás nada igual en ningún otro lugar en tu corta vida. Nunca podrás llegar a su lugar de procedencia por mucho que te propongas ir, por mucho que nunca más pares a descansar. Pues mil años como yo deberás caminar. -Decía una y otra vez.
El pobre hombre podría decir todos los cuentos de vendedor habidos y por inventar aún, pero no le valieron de nada, al terminar el día no había vendido ni una mísera tinaja. No es que fueran de mala calidad, pero tenía algo que asustaba a los compradores. Al final de la jornada entabló una apacible conversación con otro vendedor del lugar, en su tienda de antigüedades. Él hacía llamarse Abdul, el grande. Parecía un hombre muy culto y educado,

fino en sus maneras y muy versado. Cuando le propuso hacer un trato al otro vendedor, este aceptó de inmediato sin ni siquiera antes haberlo escuchado, poseía el don de la oratoria. El trato consistía en cambiarle todas sus pertenencias, después del día tan malo que había tenido, a cambio de una vieja botella desgastada de cristal con un tapón dorado que este tenía en una de mis vitrinas.
-¿Me darías todo?. ¿Pero lo que es todo, sólo por una simple y cochambrosa botella?. -Le preguntó.
-Sí. Te daría todo por ella, hasta mi vida si pudiera.
-¿Pero por qué harías eso?. Quiero saberlo, mi curiosidad tiene que ser saciada. -Después de estar caminando sin descanso por más de mil años, uno se merece tener una casa en la que poder descansar.
-¿Cómo dices?. Eso es todo lo que me vas a decir. ¿Cómo que llevas caminando más de mil años?. ¿Pero tú estás loco o qué te pasa?.
-Para nada. Tú has preguntado y yo te he respondido.
-¿Y eso es lo que me tenías que decir?. ¿Y el resto de la historia?.
-¿Quieres oírla de veras?.
-Pues claro que quiero, o es que no se nota que estoy impaciente por escucharla.
-La historia y las tinajas, por la botella. ¿Aceptas?.
-Claro que sí.
-Bueno pues allá va. Hace más de mil años yo era un hombre muy poderoso, pero no era feliz. El simple hecho de saber, que tenía que morir como un ser humano cualquiera, me obsesionaba a la vez que me desesperaba. Por esta razón, comencé a buscar la manera de poder conseguir la inmortalidad, pues sólo así podría disfrutar eternamente de mis propiedades terrenales. Probé todos los métodos, conjuros y mejunjes existentes desde el albor de los tiempos e incluso improvisé con mis propios medios. Desde la magia blanca hasta los más abyectos y viles conjuros de magia negra jamás creados por el hombre y los demonios. Todo para nada, jamás obtuve resultado satisfactorio alguno. Hasta que un día llegó un hombre a mi palacio, se presentó como Karin. Era de rasgos varoniles y muy llamativos, de largos cabellos negros como la brea, unos bonitos ojos marrones muy claros, una larga y fina barba negra acabada en punta. Al presentarse ante mí me dijo:
-¡O amo de estas amarillas y prósperas tierras!. He oído hablar por lejanos lugares, que en estos lares hay un señor que lleva mucho tiempo buscando la inmortalidad.
-Has escuchado bien joven Karin, pero una sola cosa te diré, si tu empresa resultase infructuosa, tu cabeza con una cimitarra mandaré rebanar. Pero si por el contrario tus actos a mi propósito ayudan, de oro te cubriré hasta que por el peso no puedas respirar. -Veo por vuestras emociones e intuyo por vuestras palabras que la inmortalidad deseáis con todas vuestras energías.
-Así es. ¿Qué me ofrecéis pues, me ayudáis o cesáis en vuestro propósito por miedo a perder vuestra cabeza?.
-No, en absoluto cesaré de mi propósito. Pero debo advertiros algo antes de proporcionaros el don de la vida eterna. Debéis de tener en cuenta que este don no se sabe que se tiene hasta pasado mucho tiempo. Con ello os quiero decir, que por mucho que yo os lo conceda

ahora mismo, no os daréis cuenta de que realmente lo poseéis hasta que la desgracia asole a vuestra vida.
-¿Me estás tratando de decir, que te llevarás mi oro sin que yo note nada del don hasta a saber cuándo?.
-Exacto, tiene que tener fe. Cuando os conceda el don, yo tan sólo quiero que me dejéis descansar por el resto de la eternidad, en una bonita botella del más fino cristal labrado por los mejores artesanos de vuestros dominios y que con un tapón del más fino oro la selléis, vos mismo en persona. Luego deberéis mandar a uno de vuestros guardianes a que la entierre en un lugar al azar del desierto.
-¿Tan sólo le pides eso a un hombre tan rico y poderoso como yo?.
-Sí. Pero además, si para cuando esta bendición que os conceda se os quede pequeña, si encontráis la botella os concederé tres deseos. Pero tened en cuenta las siguientes: nunca os podré conceder el deseo de volver a ser mortal, ni uno que sirva para volver a traer a los fallecidos a la vida y sobre todo nunca os podré devolver la felicidad una vez que la halláis perdido.
-¿Y para qué quiero eso una vez que viva eternamente?.
-Nunca se sabe, señor.
Ordené la elaboración de la botella con las especificaciones justas que el joven Karin me fijó. Una semana después del encargo estaba terminada según las especificaciones que le había añadido yo, para si se daba el caso en un futuro identificarla del resto de botellas. Ordené llamar a Karin ante mi presencia.
-Aquí tienes la botella tal y como indicaste. Bellamente labrada por mis mejores artesanos con el mejor y más fino cristal de mis tierras y un bonito tapón de oro para coronarla.
-Muy bien, ahora me meteré dentro de ella y luego vos y nadie más que vos la cerraréis.
Luego ordenaréis a uno de vuestros guardias que la entierre.
-¡Eh!. ¿Y qué hay de lo mío?. Teníamos un trato.
-No os preocupéis pues una vez que la botella haya sido enterrada, vos seréis inmortal desde ese mismo instante.
-Que así sea.
En aquel momento abrí la botella, el joven se transformó en una neblina que rápidamente penetró en ella, la cerré y ordené que la enterraran. Cuando el guardián volvió del desierto quiso comunicarme donde lo había hecho, pero yo con mi arrogancia le dije que no me interesaba y que lo único que quería era deshacerme de ella. De esa forma, le perdí la pista para siempre y con ello comenzó mi calvario.
-¿Por qué?. -Le preguntó el vendedor.
-Porque cuando comencé a ser consciente de la inmortalidad fue muy tarde para poder hacer algo. En cuestión de unos años, que para mí se habían convertido en nada, todos mis seres queridos y amigos envejecieron a mi alrededor, y yo seguía igual de joven que el día que Karin entró en la botella. Con el paso del tiempo fueron muriendo uno tras otro, primero mis padres, luego mi mujer y finalmente mis siete hijos. Para luego ir muriendo los hijos de mis hijos, después los hijos de los hijos de mis hijos y así hasta que fui testigo de cómo mi estirpe quedó tan sólo reducida a mí.

-¿Pero cómo es posible que nunca más buscaras la botella para hacer uso de los tres deseos?.
-¿Por qué crees que estoy aquí, contándote la historia de mi vida?. Es parte de mi condena eterna por haberme convertido en un Dios. Llevo más de mil años herrando por los desiertos que antes fueron mis dominios, haciendo hoyos a ver si la encuentro. Tanto esfuerzo para que hoy, sin más, la encontrara expuesta en tu tienda. ¿Cuánto hace que la tienes?.
-Muchísimos años, desde que abrí la tienda hace treinta y cinco años. Nunca le había interesado a nadie lo más mínimo. ¿Pero no me digas que es esa la botella que andabas buscando?.
-Sí, esa es.
Le hice entrega de la botella que tanto llevaba buscando y él a su vez me entregó todas las pertenencias que tenía. Abrió la botella en mi presencia y de ella salió la neblina que más de diez siglos atrás había entrado a reposar en su interior.
-Nos volvemos a encontrar mi señor. ¿Cuánto tiempo ha pasado?.
-Mil años.
-¿Estáis convencido ahora que sois inmortal?.
-Sí, pero… ¿Recuerdas que me prometiste antes de entrar en la botella hace tanto tiempo?.
-Recuerdo todo cuanto prometo, os dije que si me volvías a encontrar os concedería tres deseos, pero que nunca podría volver a haceros mortal, ni devolver a los muertos a la vida y nunca podré devolveros la felicidad perdida.
-Eso es y por ello quiero hacer uso de ellos.
-¿Qué es lo que deseáis en primer lugar?.
-Quiero volver al día en que te conocí, justo antes de que te hicieran pasar ante mi presencia.
-¡Que así sea!.
En ese instante estábamos otra vez en el salón principal de mi palacio, sentado en mi trono y con toda mi familia presente. Todos estaban vivos, aún la muerte no se había cobrado ninguna víctima.
-Ahora que el primer deseo ha sido utilizado, ¿qué deseáis en segundo lugar?.
-Deseo que mi estirpe nunca desaparezca para así mantener mi legado.
-¡Que así sea!. Agotado tu segundo deseo te queda el tercero y último. ¿Cuál es tu último deseo, o mi señor?.
-Deseo cambiar mi destino y lugar por el del tendero que me devolvió la botella, que así adquiera mi lugar en esta historia y por lo tanto mi inmortalidad.
-Pero eso no puede ser, me has engañado.
-No estoy engañando a nadie pues ninguna de las normas que me impusiste para el trato estoy incumpliendo, así que cumple tu palabra como yo lo he hecho.
-¡Que así sea!. -Dijo Karin con tono de desacuerdo.
Una vez concedido el último deseo, el joven Karin del presente desapareció pero era cuestión de segundos que el del pasado llegara a palacio para de nuevo ofrecer la inmortalidad. Y así fue.
-¡O amo de estas amarillas y prósperas tierras!. He oído hablar por lejanos lugares, que en estos lares hay un señor que lleva mucho tiempo buscando la inmortalidad.

Has escuchado bien joven Karin, pero una sola cosa te diré, lo que tú me ofreces no me interesa y además para prevenir cualquier mal futuro al dueño de este lugar, con tu vida lo vas a pagar. ¡Guardias!, apresadlo. Este es el joven traidor que mi vida quiere usurpar. Cortadle la cabeza y empalada al sol ponedla para alimento de las aves, descuartizar su cuerpo y que en el pozo de brea descanse por siempre.

-¿Te ha gustado la historia Pierre?.

-Sí. Mucho pero...

-No la has entendido. ¿Verdad?.

-Pues, la verdad no.

-Tú sabes que eres inmortal, es por ello que te estoy instruyendo para que en tu constante andar por la existencia de los tiempos seas una persona decente, que haga el bien en favor de los necesitados y desvalidos. Esta historia es una parte importante de tus enseñanzas, pues de ella debes de entender que la inmortalidad es un don que sólo los Dioses la poseen. Cuando algún mortal la llega a poseer, se convierte en uno de ellos para siempre. Recuerda que nada es eterno salvo los Dioses. Todo permanece y con el tiempo cambia de manos. Lo único que se va es la vida mortal. Un hombre puede ser poderoso por lo que puede abarcar tan sólo a lo largo de su corta vida, pero una vez muerto, ¿para qué le vale eso?. Los demás que deja atrás se lo repartirán para hacer mayor sus patrimonios, eso conllevará que la gran fortuna del primero se reducirá hasta la nada dentro de la de los otros, tan sólo es cuestión de tiempo, nada más. Y luego de nuevo, el ciclo vuelve a comenzar. Así una y otra vez por siempre y para siempre. Con esto quiero hacerte entender lo grande que tú eres, el tiempo no te afecta en absoluto. Cuando cumplas dieciocho años tu envejecimiento parará por siempre, ¿entiendes lo grande de tu existencia?. Tú no vives, existes, eres parte del universo infinito para siempre, pase lo que pase. Todo se terminará excepto tú, tú siempre estarás como el Dios que eres. Y con la experiencia, al igual que Abdul podrás burlar al pedir los deseos al genio gracias a la enorme experiencia vital que habrás atesorado a lo largo de la existencia. Caminarás eternamente sin descanso, por el bien de los demás. Esa será tu misión. Sin tener propiedades terrenales a las que aferrarte y que no te inciten a corromper tu alma. Debes evitar apegarte a los demás pues con sus muertes sufrirás, todos se irán y sólo te dejaran, una y otra vez. Y sobre todo recuérdame siempre en tus momentos de flaqueza para que nunca pierdas tu felicidad.

Hace cinco semanas atrás

-Señor, señor. Compre un diario con las nuevas de los desaparecidos de la gracia.

-Dame uno joven mozo.

El artículo del diario rezaba de la siguiente manera:

"Los desaparecidos de la gracia". Con este nombre, se están dando a llamar a las gentes que recientemente han desaparecido de sus pueblos natales durante la celebración de sus fiestas patronales, para no volver a ser vistos más. La mayoría de las víctimas son niños y sus madres, aunque se reportan los informes de la policía del reino de la desaparición de por lo

menos siete varones adultos, todos con el parentesco de ser personas de la calle...” Todo esto es muy sospechoso, todo será. Me dirigí a hacer noche en la posada del pueblo, muy conocida por sus perdices asadas.

-Buenas noches. ¿Tiene alguna habitación libre?.

-Sí señor. Ahora mismo está libre una sola habitación, cuesta...

-Me es indiferente. Tome.

Saqué de mi bolsillo derecho una moneda de oro.

-Creo bajo mi humilde opinión de trotamundos que será suficiente para pagar la alcoba, comer y beber alguna bebida espirituosa. ¿No cree usted, señora?.

-Más que suficiente señor. Isabel prepara la habitación tres inmediatamente y provéela de agua fresca para que el inquilino pueda asearse. ¿Desearía compañía?.

-No se preocupe, dudo que aquí la haya de mi gusto.

-No lo dirá porque no somos de su clase...

-No, lo digo porque no creo que haya nadie dispuesto a cumplir mis exigencias, un tanto peculiares. Por decirlo de alguna manera, digamos sencilla.

-A bueno, porque no va a asearse un poco y baja para cenar.

La posadera estirando su brazo derecho me mostró el camino por el que debía de dirigirme. Subí aquellas mugrosas escaleras repletas de una suciedad de varias décadas posada sobre sus pasamanos y barandales, llenas de carcoma que a cada paso que daba rechinaban hasta fundirse en un estallido difícil de soportar. Los escalones y la estancia del pasillo central que separaba a ambos lados las habitaciones, estaban iluminados con la luz intermitente de unas velas mortecinas que agonizaban consumidas por su propia llama. Entro en la habitación, las ventanas dan directamente a la plaza del pueblo, son grandes y están llenas de mugre como todo lo demás, que se iba a esperar de un sitio así. El catre parecía confortable al palparlo, era blandito y mullido. Me aseé y bajé a cenar, habían preparado unas judías bastante apetitosas, las acompañé de pan y un vaso de vino. Mientras comía decidí salir a dar una vuelta por el pueblo. Estaban de celebraciones y dudo que hubiese podido descansar hasta bien tarde. Salí a la calle, estaba toda iluminada y vestida de gala para la ocasión. Se celebraban las fiestas patronales del lugar. Las gentes bailaban, comían y bebían en el júbilo de la fiesta. Había para la ocasión un clan zíngaro con sus espectáculos habituales de trileros, cartas, lectura de la mano... Pero lo que más atónito me dejó y me sorprendió eran las bestias de las que eran portadores, tenían una pareja de tigres. Nunca había sido testigo directo de la magnificencia de estas grandes fieras, tan sólo las conocía por ilustraciones en libros concretos. Hacían un espectáculo muy peligroso con ellos, les abrían la boca y metían sus cabezas dentro, los hacían saltar por agua y fuego, era todo un lujo poder verlos. La noche transcurrió rápida gracias a las grandes distracciones que brindaba la celebración, para más tarde quedar el pueblo desierto y sumido en el más absoluto silencio. Durante la calurosa mañana todos dormíamos, hasta que de improviso un hombre vociferaba a grito vivo:

-¡Mi hija, mi hija!. - En cuestión de segundos la plaza se llenó de gente alrededor del hombre.

-¿Qué te pasa Freid?. ¿Por qué gritas de esa manera?.

-Mi hija. ¿Alguien la ha visto?.
-No. -Se decían las gentes unas a otras.
¿Cómo no la habéis podido ver si vino ayer a las celebraciones?. Estuvo aquí anoche junto con todos vosotros, yo personalmente la traje hasta la entrada del pueblo.
-Freid, nadie vio ayer a tu hija.
Las gentes se decían unas a otras:
-Con lo fresca que es, seguro que se ha ido con algún forastero.
-Callaos y dejad de murmurad sandeces. Yo la traje y por lo tanto vino. Voy a dar cuenta a las autoridades de la desaparición de mi niña.
Las gentes de la región no lo tuvieron en consideración y pensaron que fue una aventura pasajera de la hija con algún joven forastero de los alrededores. Regresé a mi habitación y descansé hasta bien entrada la tarde, cuando me levanté y me asee, bajé a ver como andaba todo.
-¿Ya ha vuelto la muchacha que tan preocupado tenía a su padre hoy por la mañana?. Pregunté a la posadera.
-No se sabe nada de ella aún. La policía del reino ya están tomando cartas en el asunto y han comenzado una batida por los alrededores.
-Por lo que veo han suspendido las fiestas. ¿No?.
-Sí, se han suspendido hasta encontrarla.
-Los gitanos han hecho mal negocio en este lugar.
-No crea. Parece como si se hubieran olido todo el asunto, pues cuando los fueron a buscar para interrogarlos se habían esfumado ya. Es raro porque tendrían que haber actuado toda la semana.
Sí, muy raro, muy raro. ¿A dónde? y ¿por qué se fueron tan aprisa del pueblo?. Debo partir inmediatamente tras su pista.
-¡Mesonera!. Grité fuertemente. Debo partir esta misma noche.
-¿Ya nos deja tan pronto?.
-Sí. Lo siento.
-¿Le preparo víveres para el viaje?.
-Si. Se lo agradecería.
Esa misma noche partí en busca del rastro del clan zíngaro. Lo primero que hice fue informarme del lugar donde habían estado acampados, una vez allí seguí su rastro gracias a las huellas que habían dejado la diligencia de carros y barracas a su paso por los montes. La noche me era propicia para seguirlos, había luna llena y eso facilitaba mi empresa. Pasaron dos largos y aburridos días, seguidos de dos solitarias noches hasta que por fin les pude dar alcance, se encontraban como a un kilómetro del pueblo de Feshed. Los observaba con prudencia desde la distancia. Controlando todos sus movimientos, esto era una labor que había que hacer con el mayor cuidado y la más absoluta tranquilidad para no fallar en el intento. Los días pasaron y los zíngaros actuaron en el pueblo sin problemas aparentes. En más de una ocasión me acerqué a observarlos más de cerca, a familiarizarme con ellos. Entablaba conversaciones con los distintos miembros del clan, para irme ganando su

confianza poco a poco. Era una tarea bastante costosa, eran gente muy cerrada y las dificultades del idioma hacían que fuese más complicado aún. Eran un clan compuesto por veintitrés personas y dos tigres muy peligrosos, madame Zoé era la matriarca. En ella recaía decidir lo que se hacía en todo momento, era la encargada del espectáculo de adivinación y tarot. Alegaba que sabía leer el futuro a través de la palma de la mano y los astros. Sus servicios estaban muy solicitados por las gentes de los pueblos, conocía de forma excelente el arte de como ejercer su profesión. De baja estatura, con pelo negro sin ninguna cana que lo delimitase a sus cerca de sesenta y cinco años de edad, recogido en una gran coleta trenzada que le llegaba a la cintura y de la que ella misma decía que no podía cortársela más alto para no perder sus poderes adivinatorios. Delgada, muy delgada. En su cara se podían observar a simple vista sus pómulos, acompañados de unos grandes ojos verdes turquesas bordeados por unas enormes ojeras. Pero aun así era bella y atractiva a pesar de su edad. Su cuerpo era escultural, el típico cuerpo de una mujer que había trabajado mucho a lo largo de su vida para poder sobrevivir y que se cuidaba de lo que y de cuanto comía.
Siempre iba ataviada en una gran bata azul turquesa larga, que la cubría hasta los tobillos, pues no llevaba ropa interior alguna. Calzaba unas alpargatas blancas que estaban cerradas por la parte delantera. Quién la conocía decía que era bruja, razón esa por la que todos la temían y la respetaban. El resto del clan estaba compuesto por seis hombres, que eran principalmente los encargados de realizar los espectáculos. Ocho mujeres, encargadas de animarlos, incitando con su sensualidad y sus encantos a las gentes de los lugares a participar en los mismos. Los otros ocho componentes eran niños que ninguno superaban los doce años de edad. Cada tarde noche que actuaban me pasaba por el pueblo, a ver y a escuchar lo que se contaba sobre el día a día de la zona. Realmente lo que más me interesaba era todo aquello que se hablase que estuviese relacionado con ellos. El mejor lugar era siempre allí, donde se juntase un mayor número de adultos y ese no era otro que los mesones, posadas y cantinas.
-¿Vino o cerveza?. -Me preguntó el mesonero al llegar, esta era la pregunta más frecuente allá donde entrara.
-Cerveza, por favor.
-Aquí tiene. ¿Algo para jalar?.
-Queso y pan. ¿Por lo que veo están de celebraciones?.
-Por lo que se ve, ve usted cosas evidentes forastero. Está usted en las fiestas de nuestro patrón. -Nada más escuchar la manera en que el individuo de no más de metro y medio, más ancho que alto y sin una de sus paletas me contestó, supe que estaba dando con el espabilado del pueblo. De él esperaba sacar toda la información posible, estos son siempre los más noveleros y alcahuetes de la zona.
-Todos los pueblos de la zona están en estas fechas de celebración. ¿Verdad?.
-Así es. El verano al ser en la zona una época difícil y poco productiva para el cultivo es cuando descansamos. Es por ello que se celebran las fiestas patronales. De uno, las fiestas pasan a otro pueblo y así hasta finales de septiembre.
-No lo sabía. Es por ello que los zíngaros hacen la gira de pueblo en pueblo. ¿No?.

-Así es señor mío, así es.
-¿Y estos zíngaros son muy conocidos por estos lugares?.
A decir verdad, yo no los había visto antes, pero son todos iguales. Si los de siempre no vienen un año y vienen otros en su lugar, va a ser más de lo mismo. Qué más da al fin y al cabo.
-¿No ha habido nada raro con ellos desde que han llegado?.
-No señor, que yo me haya enterado. Y mire que yo aquí, con este negocio que regento, me suelo enterar de todo lo que pasa en este pueblo y en los alrededores.
-Pues nada entonces, mesonero. Disculpe las molestias.
-No es nada. A su servicio para todo cuanto desee.
Los días pasaban sin novedad alguna aparente, pero cuando menos me lo esperaba, después de una actuación y en medio de la mayor oscuridad de la noche los zíngaros partieron de inmediato. Esto me hizo sospechar. Corrí a la mayor velocidad que mis extremidades me permitieron hasta mi refugio para recoger todas mis pertenencias, pero para asombro mío cuando llegué mis cosas habían sido saqueadas. Pero lo más preocupante era que estaba todo el lugar lleno de pisadas de caballos, unos diez calcularía yo. Y las pisadas de botas no eran comunes, pero me eran muy familiares. ¿Pero de quién eran?. Por suerte no dieron con el lugar donde escondía mis víveres. Los cogí a la mayor velocidad que pude y partí de inmediato. Mientras pasaba por el pueblo, para mayor asombro mío, escuché como se estaba comentando que habían desaparecido una madre y su hija pequeña, estaban desaparecidas desde el mediodía y nadie los había encontrado aún. Se estaban reclutando voluntarios para salir al alba en su búsqueda. No cabía duda, estaba sobre la pista. Este asunto iba muy en serio. No cesaban dentro de mi cabeza los pensamientos mientras caminaba, en parte porque iba solo y no tenía con que entretenerme. ¿Para qué necesitaban tanta gente?. No cabía duda alguna, estaban raptando gente sencilla, normal y corriente. ¿Para qué? y ¿sólo la gente de la que se daban cuenta o serían más los raptados aún?. Tenía que seguirlos paso a paso, no dejarlos solos ni a sol ni a sombra, nunca más. De esta manera, me embarcaba de nuevo en otro viaje siguiéndolos hasta su siguiente destino, con la duda de si sabrían que les estaba persiguiendo pues creo que ellos fueron los que saquearon mis cosas. Durante dos semanas más les he seguido el rastro, han hecho escala en Fidephas y Aurahotria, siguiendo su modus operandi habitual y desapareciendo gente allá por donde van. En Fidephas desapareció un adulto joven y en Aurahotria una mujer de mediana edad. Lo que más me ha impactado del salvajismo que pueden llegar a hacer gala, fue hará cosa de cinco días atrás. A falta de cinco kilómetros del pueblo de Aurahotria se cruzaron con un vagabundo que se acercó a ellos para pedirles algo de limosna y lo invitaron a cenar esa noche. Pero cuando el momento llegó, lo rodearon entre los carromatos y lo mataron a palos. Le dieron tantos palos que la carne y las articulaciones debieron de quedarse totalmente blandas, acto seguido lo introdujeron en uno de sus carromatos. La noche pasó y a medida que iban transcurriendo los días, iba tomando consciencia que había topado con una banda de criminales de lo más despreciable. Después de los hechos que presencié, puedo decir que se estaban dedicando a asesinar a sangre fría a las personas que estaban

raptando. Pasé la noche medio en vela, durmiendo con un ojo abierto por si me atacaban a mí también. La duda de si ellos habían sido los artífices del saqueo de mi refugio me reconcomía por dentro. ¿Esas botas, de quién eran?.

Las conocía muy bien. A altas horas de la madrugada, cuando todavía no había aclarado, unos ruidos acompañados de insultos y blasfemias me despertaron. Me acerqué hasta el lugar lo más silenciosamente que pude y presencié como dos de los varones del clan estaban tapando un agujero. Esperé a que se fueran y que el clan partiese, no tenía miedo de perderlos, sabía muy bien a donde se dirigían, la ruta de único sentido sólo los llevaría a Aurahotria. Con ayuda de mis herramientas escarbé en busca de lo que habían enterrado, cuando de pronto, de un susto terrible provocado por la impresión de lo que vi, hizo que saltase hacia atrás cayendo de culo contra el piso al ver la atrocidad más grande de la que jamás había sido testigo. Habían enterrado infinidad de partes de seres humanos: manos, pies, brazos... Estaban cortadas por una sierra o seccionadas por un hacha. Todo ello acompañado por un montón de huesos, vísceras y objetos personales que los pudieran inculpar. A esto se estaban dedicando, habían raptado y asesinado a sus víctimas. Pero lo que más me llamaba la atención, era que desde que salimos de Zeolin no los había visto comprar víveres ni alimentos, ni para ellos ni para sus bestias. En uno de mis sacos metí parte del contenido desenterrado y proseguí mi marcha. El tiempo había pasado, llevaba más de cinco semanas observando lo que se traen entre manos, recabando pruebas en su contra y he decido actuar. Han vuelto a partir de madrugada después de la actuación y sé que por sus hábitos han tenido que secuestrar a alguien. Por esta razón, les estaré esperando descansando a una distancia prudencial del lugar donde creo que van a acampar. Han parado justo donde había calculado que lo harían. Dejo pasar unas dos horas antes de internarme en su asentamiento. Me dispongo con sigilo a acceder al interior del círculo que forman alrededor de un gran fuego central con sus carromatos. Algunos están durmiendo al raso, otros con las puertas de las barracas medio abiertas. Pero lo que realmente me atrae es un barracón que desprende un hedor nauseabundo y del que se oye algo inusual en su interior. Me asomo con sigilo y sin ser visto a una de sus ventanas. Había tres varones del clan, dos de ellos sujetaban una mujer a una silla mientras el otro la torturaba, rompiéndole los dedos uno a uno. El murmullo que se escuchaba eran los gritos de dolor de la torturada. Por suerte para ella perdió el conocimiento rápidamente. -La carne con dolor, más sabrosa sabe. -Le decía el torturador a los dos aprendices.

Momento este en que empuñando un hacha procedieron a decapitarla, con un certero golpe la cabeza rodó por el suelo mugriento y ensangrentado de la barraca. De su cuerpo la sangre brotaba a borbotones sin control. Un rato después, el verdugo salió con la cabeza en la mano agarrada por los cabellos hacia uno de los carromatos que estaban abiertos, se podía observar de forma clara que estaba extrayéndole los sesos, los ojos y la lengua. Los aprendices a golpe de hacha y sierra se entretuvieron durante más de una hora en descuartizar el cuerpo de la víctima aprovechando hasta el último de los órganos de la misma, según lo que extrajesen lo iban depositando en diferentes cubos. Cuando se disponían a salir me alejé para observarlos más de lejos sin ser visto, vi como unos cubos

iban para la barraca del verdugo y las partes con hueso eran para las fieras. El espectáculo era repulsivo, estaban raptando personas para dar de comer a las fieras. De repente comenzó el verdugo a tocar una campana, todos los zíngaros comenzaron a llegar de sus diferentes lugares de reposo desperezándose. Se sentaron alrededor del fuego medio extinto de la hoguera. Y allí fue cuando pude observar como estaban todos reunidos comiéndose los restos de la mujer y bebiéndose su sangre. No pude reprimir mis instintos de vomitar y me arrojé sobre las botas. Esto no iba a quedar así,pensé para mis adentros. Fue en ese momento cuando decidí que por los actos que habían cometidos no debían tener el castigo que les impondría la ley vigente. No, ellos merecían una justicia distinta. Me adelanté a su llegada a Bentriaskas. Decidí llevar a cabo un plan y el mejor sitio era la plaza del pueblo, allí en el mismísimo foro.
-Gentes de Bentriaskas. Estoy aquí, ante todos vosotros para hablaros de un mal que se cierne sobre todos y cada uno de los habitantes de este buen lugar.
Poco a poco las gentes se iban acercando y rodeándome, unos iban llamando la atención de otros y así hasta que la plaza estaba completamente llena. Todos callados, oyéndome en el más absoluto silencio, en el que sólo mi voz resonaba en los frontones de las casas. -Pronto. Dentro de aproximadamente seis horas, la muerte llegará a vuestro pueblo en forma de diversión zíngara. Penetrando con total impunidad. Os estoy hablando, nada más y nada menos, que de los autores de los raptos de la gracia. Llevo más de seis semanas siguiendo el rastro de este clan de zíngaros, que está actuando en las fiestas patronales de todos los pueblos de la comarca. Las cuáles abandonan de forma inesperada, dejando tras de si algún desaparecido. He podido ver con mis propios ojos como los torturan hasta matarlos, descuartizan y despedazan para luego dárselos de comer a sus fieras y servírselos de alimento para ellos mismos.
-¡Oooohhh!. -Se oyó al unísono en toda la plaza. Esa era la impresión de asombro y repelús de los ciudadanos del lugar.
No compran víveres allá por donde pasan. Simplemente raptan gente, preferiblemente mujeres jóvenes y niños para así poder abusar de ellos y alimentarse luego de una carne más blanda. Los he visto beberse y bañarse en las noches de luna llena con la sangre de sus víctimas. Cavan agujeros donde entierran las sobras y prosiguen su camino hasta el siguiente pueblo, donde vuelven a delinquir de forma deliberada y sin nadie que los pare. Y para que lo sepáis todos, vienen hacia aquí para animar vuestras fiestas. Ahora yo os pregunto: ¿Vais a permitir esto en vuestro pueblo?. ¿Os gustaría perder esta noche a alguno de los miembros de vuestra familia para alimentar a un clan de zíngaros comedores de personas?. ¿Qué me decís?. ¡Es que no os oigo!. – No. No. Nunca. -Gritaban unos por aquí, otros por allá.
-Entonces unámonos y enseñémosles como ajusticiamos en Bentriaskas a las gentuzas que vienen de otros lugares a matar a nuestras buenas gentes.
-Sí. Sí. Démosles su merecido a esa gentuza y enseñémosles como ajusticiamos a la chusma en estos lugares. -Gritaban todos extasiados.

Había logrado exaltar a la multitud en contra de ese mal que asediaba y mermaba a la población de aquellos parajes. La justicia del pueblo iba a caerles encima sin que les diera tiempo a reaccionar. Cuando la tarde comenzaba a dar paso a la noche, los zíngaros comenzaron lentamente a acercarse al pueblo con sus carros de trabajo, todo estaba relativamente en calma. Entraron, actuaron y divirtieron a la multitud. Pasada la media noche cuando se disponían a marchar, los lugareños les cerraron el paso por la vía de salida del lugar.

-¿Qué hacéis, dejadnos salir?. -Gritó madame Zoé.

-La gentuza de vuestra calaña, que se acostumbra a obrar creyéndose el Señor para decidir cuándo se quita una vida, no tiene mucha aceptación por estos lares. -Dije yo.

-¿De qué demonios estás hablando maldito?. -Replicó ella.

-Estoy hablando de los raptos de la gracia, de los cuales sois artífices.

-No sabemos de lo que nos hablas. Nosotros mismos huimos de forma constante porque tememos ser víctimas de ellos. Ni siquiera acabamos nuestras actuaciones, desde que nos constan los raptos desaparecemos del lugar por miedo a padecerlos.

-¡Mentira!. -Grité con todas mis fuerzas llegando a desgañitarme. -Vosotros sois los asesinos que os dedicáis a llevar a cabo esos viles actos. Raptáis, torturáis y desmembráis los cuerpos de vuestras víctimas, para luego alimentaros vosotros y vuestras fieras.

-Sí, sí. Sabemos que lo hacéis y que enterráis los restos a las afueras de los pueblos. -Gritó la caterva.

-Ya. ¿Y qué pruebas tenéis de ello?. -Dijo ella con voz temblorosa, al verse acorralada por la multitud.

-Te parece poco con esto. Saqué de uno de mis sacos los restos de una calavera que había encontrado en el agujero que desenterré, junto con otros documentos personales de desaparecidos. -Eso no es nuestro.

-No. Y si te dijera que dentro de ese carro. -Señalé uno en concreto que era en el que habían atentado contra la vida y la dignidad de aquella pobre mujer.- Lleváis secuestrado a un niño de unos ocho años.

No contestaron, se quedaron mudos ante la acusación.

-Ciudadanos, abrid el carromato y lo podréis comprobar por vosotros mismos.

Unos hombres fueron corriendo hacía él y descubrieron que dentro, en su interior se encontraba el joven que yo había descrito. Era el hijo pequeño del alcalde de Bentriaskas. ¿Qué tenéis que decir a esto?. -Les preguntó el alcalde con una cara de asco que reflejaba en su rostro la palabra venganza.

-Nosotros no sabemos nada de este asunto. -Dijo ella.

No tuve que dar más pistas, ni hacer más acusaciones. Las gentes se alzaron en su contra a un movimiento de brazo de su alcalde. Sacaron a unos de los carromatos y bajaron a golpes a otros. Los apedrearon, apuñalaron, atravesaron con las orcas y finalmente los decapitaron uno por uno con las hoces. No se hicieron distinciones entre sexos ni con los niños. Estaban malditos y las maldiciones había que cortarlas de raíz, porque como la mala hierba o se erradica desde la base o nunca muere. El pueblo en cuestión de minutos se había convertido

en una orgía de muerte, donde la sangre de los zíngaros corría a raudales por la plaza y la calle mayor del lugar. Finalmente, para que marcase una época y les sirviera de advertencia para todos aquellos que se dedicaran a esas prácticas depravadas y demoníacas, antes de atreverse a venir a practicarlas a este reino, empalaron sus cuerpos decapitados, cabezas aparte, en las afueras de Bentriaskas. Dispuestos los cuerpos en dos largar filas a los lados del camino a unos doscientos metros de distancia, once por cada lado separados por un metro y medio, esto hacía veintidós zíngaros. La número veintitrés era madame Zoé, para ella se había guardado una posición privilegiada dentro del grupo de ánimas perdidas de la procesión maldita. A ella, como matriarca del clan se la había dibujado en la frente el pentagrama del maligno, puesto dos cuernos de toro y colgado una nota que decía: "*A todos aquellos impíos de corazón, que en su interior albergan el mal hacia sus semejantes. Con el brazo ejecutor del todopoderoso, en Bentriaskas encontrará su fin. Si no, ¿pregúntale a Zoé?*".

Habiendo sido erradicado el mal de la ciudad de Leivatrusna, la policía del reino tomaron el lugar para investigar los sucesos. Interrogaron a los vecinos del pueblo mediante métodos de tortura e infligieron maltrato como si ellos fuesen los criminales, para que explicaran el porqué de sus actos. Antes que todo saliese mal para unos inocentes, me presenté ante las autoridades y me autoinculpé de los hechos. De forma rauda me arrestaron y me encarcelaron. Se me acusó de enaltecimiento de las gentes del lugar para cometer una matanza y se me condenó a morir ejecutado ante un pelotón de fusilamiento. A la mañana siguiente se me llevó a las afueras del pueblo, se me vendaron los ojos y me ejecutaron. Y como había dictado el juez de forma explícita, había que dejar mi cadáver en la fosa en la que cayera abierta para que fuera pasto de las aves de rapiña, sin dar sepultura. Allí permanecí hasta que la noche cayó, momento en el que me levanté y proseguí mi camino. Y de nuevo las pisadas que me eran familiares habían estado alrededor mío cuando no era consciente de la realidad. ¿De quiénes eran?
Nunca en Bentriaskas volvió a encontrarse mi cadáver ni a verme jamás.

Biostifia 1799

En el pueblo de Dosamerides la vida es muy tranquila, el ambiente que se respira es de paz y relajación. Mi amigo Manuel, me ha invitado a pasar una temporada con él y su familia para que le ayude en sus labores de cara al invierno, uno de los más duros del reino. Por las mañanas a primera hora justo antes del amanecer nos levantamos, desayunamos y nos ponemos en camino hasta el monte donde tiene sus tierras y ganado. Nuestras labores van desde lo más simple, como es revisar el agua para el ganado, observar con mucha atención si los vallados están perforados o si cumplen las condiciones para impedir el ataque de los lobos y los zorros, la recogida de los huevos, alimentar al ganado... Todos los días su esposa María nos alcanza la comida haciendo el largo camino desde el pueblo hasta aquí, pasando por el riachuelo y atravesando un gran trecho de frondoso bosque hasta llegar. Comemos los tres juntos y por la tarde después de una siestecita de no más de media hora proseguimos con nuestra tarea ardua y dura pero a la vez entretenida y reconfortante. Cuando cae la tarde noche nos volvemos caminando tranquilamente al pueblo hablando de nuestros asuntos, paramos de camino en la taberna de Nani y nos echamos unos tragos de un buen vino. Ya con la noche caída sobre nosotros nos ponemos en marcha hasta la vivienda familiar. Cuando llegamos su esposa nos espera junto con sus hijos, dos niños y su niña, con la cena recién hecha y con la mesa bien preparada, todo está a punto a nuestra llegada. Al terminar de cenar nos distraemos en torno a la chimenea contando historias para entretener a los niños y jugando a la baraja hasta la hora de irnos a descansar para otra jornada de duro trabajo. La casa es una bonita construcción de adobe y madera, con tejado de tejas rojas de una planta. Estaba compuesta por un salón, una cocina y tres dormitorios. Los días pasaban uno tras otro y a paso agigantado para la llegada del invierno. Uno de esos días mientras estábamos trabajando le comenté a mi amigo que me extrañaba lo tarde que se había hecho y que su esposa no había llegado.

-No te preocupes amigo Pierre, se le debe haber dado peor el almuerzo. Hay que ver qué mujer esa, hace que hasta los amigos se preocupen por ella.

Eso espero pensé para mis adentros. El tiempo pasó y comencé a preocuparme demasiado.

-Manuel, creo que deberíamos irnos a ver que le ha sucedido a tu esposa.

-¿Tú crees?.

-Sí. Lo creo y tengo una sensación un tanto extraña.

-Hombre no exageres, ya verás que no será para tanto.

Recogimos nuestras labores, dando por acabada la jornada. Nos pusimos en camino hacia el pueblo, atravesamos el frondoso bosque y cuando estábamos llegando al riachuelo, allí la vi desde la lejanía.

-¡Manuel!. Alto, no des un solo paso más. Por favor te lo pido.

-¿Pero qué dices hombre?. Me estás dando miedo.

-Amigo, te ruego que no te muevas, pues creo que mis viejos ojos han visto algo espantoso y antes de decírtelo, deseo ir a verlo más de cerca, no vaya a ser que me estén jugando una mala pasada.

-¿Por qué?. ¿Qué has visto?. Dímelo, te lo ordeno.
-Muy bien. Creo haber visto a tu esposa caída en la orilla del riachuelo.
-¡Noooooooo!. -Gritó Manuel.
Emprendió una carrera veloz hasta el lugar donde se encontraba, pero su corazón se aceleraba más y más a cada paso que daba y no era por el gran esfuerzo que estaba realizando, no. Era porque a cada uno que daba estaba más cerca, viendo con más claridad el cadáver mutilado de María. Cuando llegó hasta ella no se atrevió ni tan siquiera a tocarla, tan sólo se arrodilló a su lado a llorar a gritos. Fui yo quien tuvo el valor de acercarse y tocar el cadáver de su esposa, la escena era escabrosa y a la par demoníaca. La habían desnudado, desollado todo el cuerpo, robado las entrañas y cortado su larga y bella melena rubia. La pobre no tuvo que sufrir demasiado, se apreciaba de forma evidente que la habían matado antes de destriparla, con un golpe contundente en la cabeza, es más la piedra con que lo hicieron se encontraba al lado de su cadáver.

Una semana más tarde

El tiempo transcurrió lento tras el brutal asesinato de María. Su marido, sus hijos y yo estábamos desolados por su perdida. Esa noche y tras los niños irse a la cama, Manuel y yo mantuvimos una larga conversación sobre lo sucedido a su esposa. No había podido ni oír hablar del tema hasta ahora.
-Pierre espero que sepas entender mis emociones ante los hechos acontecidos en esta última semana.
-Entiendo perfectamente cómo te tienes que sentir y respeto tus sentimientos.
-Quiero hacer justicia por mi cuenta con este asunto. ¿Me entiendes?.
-Perfectamente.
-Quiero y pienso echarme a los montes, sin importarme lo que dejo atrás para vengar su muerte. Hasta el final de sus consecuencias, me traiga lo que me traiga. Pues ya todo me da igual, me da igual la muerte, el miedo y las vidas ajenas. Pienso hacer justicia por ella. ¿Estás conmigo?.
-Lo estoy.
Dos días después, al alba partimos junto con sus hijos, con un buen montón de víveres y cinco caballos. Los niños estaba previsto que se quedaran en un pueblo cercano al suyo llamado Aqualis, donde residían sus abuelos maternos. Pasamos montes y largos campos abiertos, tras una dura y agotadora jornada en la que tuvimos que ir a un paso más lento de lo normal por los críos, llegamos al pueblo. Penetramos en él hasta encontrarnos con una bonita casa de piedra de dos plantas y gran jardín. Al llegar nos dieron la bienvenida un par de mastines grandes y hermosos, los animalitos ladraban de alegría al reconocer de inmediato a los niños y a Manuel. Una mujer anciana de marchito rostro asomó por la parte alta de la puerta delantera de la casa y sonrió, era la abuela Carmen.
-Corre Abraham, son Manuel y los niños. -Dijo ella muy contenta.

Los ancianos vestidos de un riguroso luto negro salieron a recibir a la familia. Manuel me los presentó y me invitaron a pasar a su casa. Cenamos un guisado maravilloso acompañado de un buen vino. Cuando terminamos, la abuela se llevó a los niños al piso superior a que se acostaran para que los mayores pudiéramos hablar con total tranquilidad de nuestros asuntos. Quedando los tres hombres en la planta baja de la casa, fumándonos unos cigarrillos y rematando los vasos de vino.
-Manuel, ¿cuál es la verdadera razón de esta visita?. Algo te pasa por la cabeza en lo que no dejas de pensar un solo instante. Lo noto, te conozco muy bien. -Dijo el anciano Abraham.
Abraham, mire, mi vida y la de mis hijos ha cambiado mucho después de lo sucedido a su hija. Y he emprendido un viaje con mi amigo para dar caza y ajusticiar al asesino de María.
¿Estás seguro de ello?. Ten en cuenta que un hombre cuando mata es un fantasma que se echa encima para el resto de sus días. Incluso hasta el último suspiro de tu vida lo tendrás presente, en tus sueños, pesadillas y recuerdos. Por delante de cualquier recuerdo bueno y feliz que preserves con la edad, este siempre te asaltará en tu memoria hasta que expires.
No se preocupe de ello, me haré cargo. Más preocupado me tiene que ese maldito esté libre por ahí, que me lo pueda cruzar por cualquier sitio sin saber quién es e incluso saludarlo. Que siga matando más y más gente y quién sabe si dentro de un tiempo guiado por su locura vuelve para matar a alguno de mis hijos. No lo permitiré, cueste lo que cueste y conlleve lo que conlleve.
-Si así va a ser, quiero que cuentes conmigo para tu cacería. Los críos los dejaremos con Carmen y mi hija Lourdes.
-Le estoy muy agradecido por ello suegro.
-Recuerda que yo era su padre y la quería.
-Lo sé.
-Os debo informar, que hará cosa de cuatro días, una vecina del pueblo fue encontrada desollada en su casa por su hijo a la vuelta de la escuela.
-¿Aquí también ha pasado?. Pierre tenías razón en que el criminal se movería hacía adelante y no hacía atrás.
-Ya te lo advertí Manuel, que aquí estaríamos siempre en ruta con respecto al asesino. Piensa que un criminal habitual e inteligente no mata cuando va, si no cuando viene, para que no lo cojan al tener que pasar dos veces por el mismo lugar. Pues su instinto asesino es tal que no se podría contener a matar si le asaltase la necesidad.
Muy pronto en la mañana partimos para descubrir al asesino que ya se había cobrado dos víctimas. Antes de abandonar el pueblo hicimos una visita obligada a las autoridades para recabar toda la información posible sobre este último crimen. Aprovechamos que Abraham tenía amistad con el hombre de justicia del lugar. Las autoridades nos proporcionaron muy poca información personal al respecto porque no éramos familiares de la víctima, pero gracias a la intervención de Abraham pudimos sacar en claro muchos otros detalles para nuestra búsqueda. Además de un listado de las personas que habían pasado por el pueblo en los últimos días y descubrimos para nuestro asombro que todos tenían oficios conocidos y podían ser posibles asesinos potenciales. Ello nos llevaba a poder sacar en claro que de los

deshollinadores, el afilador, los comerciantes de alimentos, los gitanos y los leñadores, alguno de ellos eran los culpables de tan terribles atrocidades. En nuestro viaje a caballo al pueblo de Beliksateva, estudiamos la situación con tranquilidad y planteamos todas las posibles teorías sobre los asesinos, pensando como actuaríamos si fuésemos ellos. En nuestras cavilaciones pudimos desechar varias hipótesis y a algunos de los sospechosos de inmediato. En primer lugar, el último crimen había sucedido dentro de una vivienda, por ello podíamos deducir que el asesino era alguien de confianza de la víctima. Segundo, el autor de los hechos fatales actuó con total tranquilidad a la hora de ejecutarlos, conocía a la víctima y sus costumbres. Tercero y más importante, debemos tener en cuenta que el ser al que buscamos va de regreso a su lugar de residencia, no está partiendo. Con todo esto aclarado podemos descartar a los deshollinadores pues van al revés de nuestro asesino y no suelen tener un material tan específico para cometer este tipo de atrocidades. A los comerciantes de alimentos, que en esta época van de pueblo en pueblo, pero también en sentido oeste-este más que nada por la costa donde consiguen el pescado. Están descartados también. Los gitanos debemos descartarlos, no se encontraban por la zona en el primer asesinato y no había huellas de sus carromatos por los alrededores. Sacadas todas estas conclusiones sólo nos quedaban los leñadores y el afilador. Ambos grupos habían pasado por los pueblos afectados, iban de regreso a sus hogares en dirección este-norte y poseían en sus herramientas de trabajo los útiles necesarios para delinquir. Su rastro nos llevó hasta Virgelipas, donde teníamos pensado hacer noche. Era un lugar muy bonito, rodeado de frondosos bosques en medio de una montaña. Por sus calles circulaba un aire fresco y puro que ayudaba a abrir las entrañas al máximo de su capacidad. Ante la entrada del pueblo cruzaba un río de gran caudal, a su derecha había situada una fuente de la que se extraía el agua pura y limpia muy conocida y valorada en todo el reino. Abraham estaba muy familiarizado con él, había entablado muchas y muy buenas amistades en su juventud pues había sido un gran zapatero archiconocido en la región por fabricar zapatos de gran calidad. Nos hospedamos en la única posada del pueblo para hacer noche, pero nuestro propósito principal era el de sacarles a los vecinos el máximo de información que pudiésemos. Nos separarnos para unirnos a tres grupos diferentes de personas, Abraham se uniría a la conversación con los conocidos de más edad, Manuel conversaría con las fulanas y yo con el posadero en la barra.

-¿Veo que tiene los cuchillos bien afilados amigo?

-Hombre, Pietro el afilador es un as.

-¿Podría decirme dónde encontrarlo?. Necesito que me afilen los cuchillos de caza.

-Hombre, como no. Vive dos casas más arriba de la iglesia. En el número dos.

-¡Ah, es hijo del pueblo!.

-Hombre de toda la vida, a sus ochenta años todavía coge su burra y va de pueblo en pueblo afilando cuchillos, tijeras y todo lo que sea posible. Ahora solo sale en esta época de buen tiempo, pues la edad no perdona. Su ruta suele ser hasta el Borgestiska.

-Vamos el pueblo que hay después de Dosamerides, ¿no es así?.

-Así es amigo, así es.

Acabé de hablar con el posadero e intenté desviar un poco la conversación hacia otros menesteres para no llamar mucho la atención. Hay que tener en cuenta que uno no puede dar a conocer sus intenciones, porque si ocurriera algún suceso extraño en el pueblo, el primero al que van a acusar es al forastero. Salí de la posada bien entrada la noche para dirigirme a la casa del afilador. Con las indicaciones que me habían dado de él dudo mucho que fuera nuestro sospechoso, pero para poder descartarlo por completo debía de convencerme por mi mismo, verlo y que mi instinto me guiara en mi juicio. Caminé por el pueblo en la noche, la luna llena de verano iluminaba todo el lugar con su calle adoquinada y el pasar del río llenaba el ambiente de música natural. La bonita iglesia de piedra y adobe resaltaba del resto de construcciones por la magnificencia de su altura. Encontré la casa del afilador, una luz en su interior delataba que su inquilino estaba aun despierto. Me decidí por tocar a la puerta a ver qué pasaba.
-Toc, toc, toc. ¡Buenas noches!.
La puerta se abrió rápidamente. Un hombre octogenario un poco corcovado hacia adelante, de baja estatura y menor musculatura, con pelo blanco y grandes gafas, cubierto por un batín rojo a la puerta se asomó. No cesaba de hacer muecas con la cara entonando la vista para visionarme correctamente.
-¿Quién es usted y qué desea?.
-Buenas noches. Me llamo Pierre Dupont y me da la impresión que me he equivocado de casa. Discúlpeme usted.
-¡Ay por favor, uno de la capital confundido!. Ji, ji, ji. ¿Pero a quién busca usted amigo?.
-Buscaba a Pietro, el afilador. Pero veo que me he confundido.
-¡Que va, en absoluto!, está usted delante de él.
-¿Es usted?. -Como si no lo supiera, me dije.
-Efectivamente, yo soy. Pero como comprenderá a estas horas no me voy a poner a trabajar.
-No hombre, en absoluto quería perturbar su descanso.
-Qué descanso ni que rayos, cuando llegues a mi edad verás como no puedes dormir la mayoría de las noches y después durante el día pareces un lirón. -Que me vas a decir a mí, pensé para mis adentros.
-Anda, trae lo que tengas que afilar, veo que eres forastero de paso y necesitas tus cosas para salir a primera hora.
-Gracias. Aquí las tengo.
-Bonitos cuchillos, pero están muy mal afilados. Han gastado la hoja en demasía. Déjalos en mis manos y en un periquete te los pongo al día. Anda pasa a mi taller, no te quedes en la puerta.
Hablamos largo y tendido durante unas dos horas, Pietro era rápido en su trabajo pero no cesaba de conversar hecho que lo ralentizaba en su labor. A mí me daba igual, eso es lo que quería, sacarle toda la información posible de los lugares que había visitado y las noticias de otros pueblos con respecto a los sucesos que estábamos investigando.
-En Borgestiska coincidí a mi llegada con la partida de la familia de leñadores Cambar. Hice noche, permaneciendo un total de dos días más pero antes de mi partida descubrieron a

una mujer asesinada a la que habían desollado. No quise saber nada del tema y me largué de allí sin hacer preguntas. Días después los mismos acontecimientos tuvieron lugar en Dosamerides y más tarde en Aqualis. Pero para mayor sorpresa mía aquí también asesinaron a dos bellas hermanas de la misma forma, aprovechando la ausencia de sus padres por su partida a la ciudad.
-¿Qué aquí han fallecido dos hermanas?. ¿Dónde las asesinaron?.
-A la salida del pueblo en dirección norte. Todo sucedió dentro de la vivienda y es por ello que hasta la vuelta sus padres no se encontraron los cadáveres.
-¿Por aquí también han pasado los leñadores, verdad?
-Sí, yo me los volví a encontrar cuando salían de los montes de Dosamerides y les encomendé el trabajo de dejarme una gran pila de leña aquí, en casa cuando pasasen por estos lares.
-¿Su paso por aquí coincidió con la muerte de las hermanas?.
-Según las autoridades fallecieron tres días antes de encontrar los cuerpos. Fecha que coincide con la partida de los leñadores.
Asentía con la cabeza a las palabras del anciano, haciéndome una idea propia de lo que me estaba contando. Una vez el anciano afiló los cuchillos, me aproximé con paso veloz a la posada para intercambiar impresiones de lo descubierto con mis compañeros. Nos reunimos en nuestra habitación y les comenté mis descubrimientos. Les hice entender que el afilador no era culpable de nada pues no tenía fuerza alguna para poder cometer esos asesinatos. A su vez, ellos me informaron que los leñadores vivían en el pueblo próximo, pero poseían una cabaña en el monte, cercano al pueblo, donde tenían su explotación maderera. Dos largas jornadas de viaje tardamos en llegar al monte donde se ubicaba la cabaña, estaba rodeada por un espeso y oscuro bosque de altos pinos y helechos. La construcción era simple, grandes troncos de pinos cortados, dispuestos para los pilares y las vigas centrales, todos ellos unidos y forrados por tablones de madera sacados de la vegetación de la zona. Era rectangular, de una planta de altura. El sótano con una entrada lateral a la que se accedía desde el exterior de la vivienda. Por detrás de la construcción corría un riachuelo de caudal débil al que una gran y enmarañada multitud de helechos bordeaba e incluso invadía sus dominios a su paso. La fauna en la zona era rica en buitres y ciervos, motivo por el que la puerta de entrada estuviese coronada por una esbelta cornamenta de un gran ejemplar. Llegamos tarde en la madrugada, en la cabaña no había nadie. Aprovechamos la ocasión que ello nos brindaba para inspeccionarla en busca de pruebas que los inculpasen en los diferentes y macabros crímenes. Forzamos la entrada transversal accediendo al interior. A simple vista, a la luz de las velas todo indicaba que habíamos errado en nuestro juicio, habíamos culpado a unos inocentes de unos actos terroríficos y aberrantes. Tengo que decir en favor de los sospechosos que en los primeros metros que recorrimos de la vivienda, el orden y la pulcritud reinaban en su interior. Las paredes estaban forradas por estanterías construidas con los mismos materiales que el resto de la construcción, en cuyas baldas se guardaban las conservas de la temporada, mantas, útiles de labranza, las herramientas de su oficio y una colección inmensa de grandes, pequeños y exageradamente afilados

cuchillos. Todo en esta planta era de los más normal, pero no estábamos prevenidos para la terrorífica impresión de la que íbamos a ser testigos. Al subir las escaleras, a cada escalón que trepábamos sobre ella, un ligero olor mortecino nos iba embriagando cada vez más de manera más violenta. Al llegar al descansillo justo detrás de la puerta que daba la entrada a la planta alta no pudimos controlar nuestros instintos más primarios de defensa orgánica, vomité sobre mis botas. Al gran gesto le acompaño la colaboración, primero de Manuel y seguidamente de Abraham. Era totalmente normal, el olor que embriagaba la estancia era nauseabundo, no había lugar a dudas que allí se encontraba un cadáver putrefacto. En el mayor gesto de inteligencia mostrado por nosotros hasta la fecha, tuvimos un instante de lucidez en el que se nos ocurrió quitarnos las camisas y envolvérnoslas a modo de máscara alrededor de la boca y la nariz. Para luego armamos de valor y lentamente abrir la puerta. El olor se volvió más acre aún pero pudimos soportarlo, Iluminamos el lugar con las velas y fue entonces cuando pudimos ver la atrocidad que allí se ocultaba. De la viga central del techo, que cruzaba de lado a lado de la casa, colgaban atados de una cuerda y enganchados por un garfio que les sujetaban a unas cuerdas amarradas a los tobillos, tres cuerpos. Dos de ellos mutilados como los hallados en los pueblos anteriores, sólo una mujer desnuda que había perdido el sentido, era el único ser viviente del lugar. La agarramos por la cabeza y las extremidades mientras que otro la soltaba del garfio por el que colgaba. Aún respiraba, habíamos llegado a tiempo para salvar una vida y es por ello motivo de satisfacción para mí. Registramos toda la planta alta, por suerte para nosotros descubrimos grandes sacos de tela repletos en su interior de largas cabelleras de mujer. La vivienda tenía el techo totalmente salpicado de sangre esto, constituye prueba suficiente junto con lo demás para hacernos una remota idea de lo que allí se hacía. Pese a lo visto hasta ahora, lo más escabroso y repulsivo del asunto no era lo encontrado hasta el momento, sino los grandes cubos que se encontraban dispuestos por las estanterías y por el suelo pegados a las paredes. Estaban llenos de una materia grasienta de color blanquecina tirando a amarillenta, de un olor rancio que recordaba a la panceta de cerdo cruda.

-Es sebo humano. -Dijo Abraham.

-Veo que hemos llegado al final de nuestro viaje señores. Ahora, la pregunta que os voy a formular es crucial para el futuro. ¿Abandonáis o me ayudáis en mi cometido de dar muerte a estos criminales?.

-Yo no me voy a ningún sitio sin antes haber ajusticiado a esta banda de malditos bastardos. -Dijo Manuel.

-Lo secundo en todo. -Dijo Abraham.

-Que así sea pues.

Instantes más tarde la mujer despertó y comenzó a balbucear unas palabras inteligibles Estaba ronca y por todas las pruebas recabadas podíamos hacernos a la idea de por qué.

-No te molestes en hablar. -Le dije.

-No tenemos nada que ver con la gentuza que te ha hecho esto. Estamos aquí para salvarte. -Le dijo Manuel.

La mujer asintió con los ojos y movió su cabeza hacia abajo en modo de aprobación. Pero ella seguía con la firme intención de hacernos saber algo más de los que no éramos conocedores. Es este el motivo por el que me acerqué a ella lo más que pude para que no tuviese que elevar el tono de voz.

-Matan a la gente y los desuellan para sacarles el sebo. Están al llegar, lo sé.

-Lo sabemos, no te preocupes y descansa. Antes de lo que te imaginas todo habrá terminado. Urdimos un plan en el acabaríamos de una vez por todas con ellos. Lo completamos en su totalidad después de darnos una vuelta por los alrededores de la cabaña y hacer unos cuantos arreglos de última hora para tener a punto todas nuestras jugadas.

Cuando comenzaba a amanecer, a lo lejos escuchamos el murmullo de gente que se aproximaba a las inmediaciones. Nos escondimos y volvimos a colgar a Gertrudes, que así se llamaba la mujer. Me alejé por la parte de atrás en dirección al riachuelo a esconderme entre los helechos. El padre y los hijos rodearon la cabaña para acceder al sótano. La madre se dirigió hasta la puerta de entrada de la cabaña, en el justo y preciso momento en que la mujer puso los pies en el interior la mano de Abraham le cayó abierta en toda la faz dejándola por unos segundos fuera de control, tiempo suficiente para que Manuel la maniatara dejándola en el suelo estirada con la boca amordazada. El primero ya estaba prisionero. Esperando la llegada de los demás a desayunar, Manuel agarró a Gertrudes por la nuca y la incorporó un poco para que pudiese mantener el sentido. Mientras en la trasera de la cabaña el padre mandó a su hijo pequeño a ver si la madre había terminado de preparar el desayuno. El joven fue de inmediato a cumplir la orden de su padre, según lo acordado con mis compinches les di la señal pertinente imitando el canto de un pájaro, estaban preparados esperando que alguien llegara a la cabaña. El muchacho venía corriendo a toda prisa, aprovecharon dejando la puerta medio abierta para que penetrase en el habitáculo corriendo. Tan sólo hizo falta ponerle una zancadilla para tenerlo en el bote. Había caído el segundo de los Cambar, tan sólo quedaban tres. Fuera al lado del riachuelo estaban el padre y los dos hijos mayores, para no levantar muchas sospechas bordeé el lugar y les salí al encuentro haciéndome pasar por un peregrino.

-A los buenos días, señores.

-Bueno. Lo que nos faltaba, un harapiento. -Dijo el padre en tono despectivo.

-Me preguntaba si serían tan amables de darme algo para llenar el estómago y mojar el gaznate. Es que los olores que emanan de su cabaña son exquisitos.

-Le daré algo, pero con la condición de no volver a pedirnos nunca más.

-Lo prometo. Es más, lo juro. La palabra de un peregrino debe de valerles.

-Usted no es de por estas tierras. ¿Verdad?.

-No lo soy, veo que se ha dado cuenta. ¿Quizás es por mi acento?.

-Hombre yo llegaría incluso a jurar que es usted, por lo menos, por lo menos de la capital. ¿Me equivoco?.

-Por poco. Soy del pueblo de Fravestria, justo al lado de la capital del reino. Pierre Dupont a su servicio.

-Estanislao Cambar. Estos son mis hijos Pablo y Severino.

-Si lo desea, después del desayuno les puedo echar una mano con el trabajo a cambio de una cena caliente.
-Hombre, una mano más nos vendría de maravilla, vamos con mucho retraso en nuestros encargos.
-¿Entonces puedo unirme a ustedes?.
-Sí, sin lugar a dudas.
Me invitaron a desayunar a la cabaña. Al entrar se sorprendieron que estuvieran sus dos familiares colgados de la viga central del techo. Esto les hizo retroceder pero era tarde para huir, mis compinches les atacaron con un buen tronco detrás de las orejas. Cayeron inconscientes, los maniatamos y colgamos. Cerramos la cabaña a cal y canto. Antes de comenzar nuestra bien meditada y elaborada labor soltamos a Gertrudes, lo primero que hizo fue descargar su furia contra los asesinos. Pasados unos minutos cesó por puro agotamiento y cayó exhausta de nuevo al piso. Era el momento, los desnudamos por completo para que se sintieran humillados. Preparamos baldes con una mezcla de agua y sal en grandes proporciones. Comenzamos el interrogatorio con unos fuertes azotes que resonaban por toda la estancia restallando contra las paredes.
-¡Ay, por piedad!. ¡Parad, parad!.
No era de extrañar sus súplicas, los estábamos azotando con varas de espino de las que doblan y no parten, que me había encargado de recoger por el camino personalmente para este fin, poniendo especial hincapié en arrastrar las púas. A cada golpe que les dábamos el cuerpo se les convulsionaba arrancándoles trozos de carne y piel. Una vez me cansé, les roció Abraham las heridas con el preparado salino poniendo especial atención en que penetrase de forma profunda. Los gemidos de los torturados implorando por sus vidas llenaba todo el ambiente. La sangre brotaba de sus heridas recorriéndoles pecho y espalda para terminar saliendo al encuentro de sus bocas. A cada inhalación resoplaban para evitar que la sangre con la mezcla salina no les inundaran las vías respiratorias.
-¿Quién de vosotros mató a la mujer de Dosamerides?. -El silencio se adueñó de pronto de los quejumbrosos fustigados.
-¿Quién, he dicho?. -Volvió a preguntar Manuel. El silencio volvió a hacerse de nuevo. -Como veo que sois una banda de cobardes, me encargaré de mataros uno a uno como si hubieseis sido todos los culpables del crimen de mi esposa.
Gertrudes dijo entre sollozos:
-No. El mediano de los hijos es para mí. Él fue quien me rapto, me trajo aquí, me violó y me estuvo torturando.
-Mejor así. Menos trabajo.
-Abraham, haga el favor de traer la guadaña, unos hachas y horcas. -Dijo Manuel.
-Inmediatamente.
Al cabo de unos instantes Abraham regresó con todo lo que se le había encargado.
-Toma. -Manuel me acercó la sierra.
-Tome suegro. -Le dio la horca.

-Ahora Pierre vamos a serrarles las piernas a la altura de los tobillos para que caigan de bruces contra el piso con todo su peso. Igual que a los cerdos cuando se les corta los muñones.
Manuel comenzó cortándole a hachazos las piernas al patriarca de los asesinos, mientras yo le hacía lo mismo con la matriarca. Los gritos y gemidos de dolor eran indescriptibles. Se estaban, en última estancia, encomendando a lo más sagrado habido y por haber, sabían que su fin se acercaba y que no pararíamos hasta exterminarlos a todos como penitencia por sus pecados.
-Malditos, dejad a nuestros padres. Los culpables de todo somos nosotros. -Gritó el mayor de los hijos.
-Ahora ya es tarde. Haberlo dicho antes. ¿Cómo voy a dejar colgado de esta guisa a tu padre, chico?.
Cuando Manuel le estaba diciendo eso al hijo, el padre pendía tan sólo por una de sus piernas del techo, la otra estaba ya totalmente cercenada, sólo quedaba el muñón. Este se retorcía entre terribles sufrimientos pero por suerte para nosotros todavía no había perdido el conocimiento. Un rato después el hombre cayó contra el piso y quedó inconsciente a consecuencia de la gran cantidad de sangre perdida. La mujer lo acompañaría en el olimpo de Morfeo despatarrada a su lado. Ahora tan sólo quedaban los hijos, decidimos que lo mejor que podíamos hacer era no dejar pruebas que nos pudiesen inculpar de estos hechos para no tener que pagar por haber realizado una obra social de tales magnitudes. Guardamos a los padres en el sótano, salimos al exterior y aprovechamos para abrir un buen hoyo de unos cuatro metros y medio de alto por tres de ancho. Gertrudes quedó sola en la casa cuidándolos. Al cabo de unas tres horas el hoyo estaba terminado. Aprovechamos para lavarnos en el riachuelo y hacer una pequeña pausa antes de regresar a la cabaña para concluir antes posible lo que teníamos entre manos. A nuestro regreso una gran y desconcertante sorpresa nos llevamos, ella se había dedicado en nuestra ausencia a cortarles las cabelleras a cuchillo, con las importantes heridas, cortes y laceraciones que ello deja en el tratado. Los había mantenido despiertos para que no perdieran el sentido. Al hijo mediano le había extraído los ojos y cortado sus genitales, rematándolo con un golpe certero de horca en todo el estómago. No había duda alguna, lo había matado. A los otros dos los apaleamos rompiéndoles todos lo huesos posibles, terminaron por perder el conocimiento. Sacamos sus cuerpos al exterior como si de basura se tratase, ayudándonos con las horcas pero tratándolos con cuidado para hacerlos sufrir pero no matarlos aún. Los llevamos hasta el riachuelo, los mojamos para que recuperasen el sentido y los arrojamos sin contemplaciones dentro del hoyo que habíamos escavado. Primero el padre, después la madre, el hijo más grande, luego el pequeño y encima el mediano muerto. Estaban apilados unos sobre otros, por las lesiones estaban impedidos, no podían hacer nada para oponerse a su fatal destino. Entre los cuatro, íbamos y veníamos a la casa a buscar los sacos de pelos, además de los cubos con el sebo y las entrañas de sus víctimas. Se los derramamos encima uno tras otro hasta que el material viscoso alcanzó una altura considerable, ahogando a los padres en la rica materia por la que se convirtieron en asesinos y cazadores furtivos de

personas. Cuando terminamos de rociarlos por completo comenzó el duro trabajo de cubrirlos de tierra hasta sepultarlos para que murieran asfixiados y aplastados por el peso de la misma. Palada tras palada, los condenados no tenían fuerzas para tan siquiera maldecirnos, al cabo de media hora habíamos terminado con la tarea. Presionamos bien la superficie y luego la cubrimos de vegetación. Nos lavamos en el riachuelo y nos preparamos para la partida. Estábamos satisfechos de nuestros actos, sabíamos que si no lo hubiésemos hecho las muertes seguirían aterrando a los pueblos vecinos. Prendimos fuego a la cabaña quemando cualquier tipo de pruebas que nos pudieran inculparan con los sucesos. Momento que aprovechamos para irnos sin levantar sospechas y después de haber hecho el juramento de no volver a hablar del tema nunca más. Gertrudes a la que le dimos el caballo de carga, partió en dirección norte. Abraham lo hizo en dirección sur hacia su pueblo de Aqualis. Manuel emprendió rumbo este y yo partí hacia el oeste. Era lo mejor para todos, de esta manera no levantaríamos sospecha alguna. Ya el tiempo se encargaría de sepultar en el olvido los acontecimientos acaecidos en aquel verano de 1799 en los montes de Biostifia, a las afueras de Virgelipas. En mi huida, a eso de dos kilómetros del lugar de los hechos, mi caballo tropezó, cayendo sobre mí, aplastándome acabando conmigo al instante. Al despertar de mi muerte, alrededor mío de nuevo las pisadas sospechosas que tanto me habían incomodado casi un año antes. Había caído en una trampa, me habían estado siguiendo desde hacía tiempo. ¿Quién?. Como no. No podía ser otro, Eudorf Molger. Estaba tirado en el suelo, maniatado, desde mi posición pude distinguir claramente a mi archienemigo y a su ejército personal.

-Al final os he apresado Dupont. ¿Qué os dije hace cuatro años?.

-Ya, ya.

-Soy un hombre que siempre cumple su palabra. Os la di y aquí estoy cumpliéndola. Os he seguido en la distancia, observado y dejado actuar. He visto vuestros milagros y vuestros asesinatos. Cabe decir que apruebo todos, pero vos no sois la ley para ejecutarlos. De este modo he reunido las pruebas suficientes para poder ejecutaros en la capital del reino. Proeza que me valdrá para conseguir la mano de la princesa y en un futuro ser el rey consorte de Kaliput.

De nuevo en el presente

Plaza de los Procesos

La cabeza se me separó del cuerpo cuando la guillotina cayó, cayendo ésta en la cesta que en tan buena posición estaba para recibirla. Chocando contra uno de sus bordes y rodando hasta el populacho llegó. Se las pasaban unos a otros, por el aire y por el suelo pateándola, hasta que por fin la atraparon los guardias que estaban entre la chusma. La sangre, que brotar tenía por la nueva abertura de mi cuerpo mutilado, no brotó, sino que en su lugar una cegadora luz de la cavidad interior surgió al exterior. Todos los presentes ante el asombro de lo que les estaba aconteciendo callados y atónitos estaban. Era el milagro que después de tan largo viaje esperaban. Los guardias arrojaron el cuerpo y la cabeza a la pira ardiente, inmediatamente al entrar en contacto el cuerpo con el fuego una gran explosión provocó. Las llamas apocalípticas exterminaron a todos los presentes congregados en el lugar, arrasando gran parte de la Plaza de los Procesos. De esta manera acabaron con un hombre inmortal, inmortal por los actos que hizo en vida e inmortal por las vidas que segó. En definitiva, inmortal para bien de unos y para mal de otros. La capital del reino desolada quedó, sus habitantes muertos estaban. Gracias a ello se perdieron el verdadero milagro que habían venido a ver, la resurrección de un Dios inmortal. El alma, como siempre había hecho, volvió al cuerpo, reconstruyéndolo poco a poco hasta formar la persona física del gran Pierre Dupont.

- ¡Aaaaaarrrrr!. -Despertó volviendo la vida a su cuerpo regenerado.

Se levantó y echó a andar de nuevo en su eterno peregrinar en pos del bien, el Dios Dupont. Otra vez y como siempre una vez más, no habían quedado pruebas, ni testigos que demostraran quién, dónde ni cómo fue Pierre Dupont, el Dios peregrino.

El viaje onírico.
Un cuento sin final feliz

I

Para aquel que era un hombre joven, ahora han pasado cincuenta años. Se ha convertido en un anciano solitario, que tan sólo vive de recuerdos que jamás existieron. Ve cosas a su alrededor y siente otras que tan sólo ha añorado. Dentro de su mundo subjetivo está continuamente acompañado y tiene una gran familia. En la realidad objetiva, jamás ha estado acompañado y lleva bastantes días moribundo sin salir de su vivienda. Pero como no mantiene una relación con nadie, no es de extrañar que ser humano alguno lo eche en falta. Simplemente no existe para el mundo, que es lo mismo que no haber existido nunca. Cada noche abría su caja de música, con ornamentadas formas en su bella caja de madera de cedro. La escucha parsimoniosamente y las añoranzas de una realidad más feliz le invaden la mente. Esta vez hace días que la caja está abierta, aguantando a duras penas con su alertagado y cacofónico compás, nadie le ha dado cuerda ni cerrado desde que el anciano cayó en shock. Yace en su cama solo, moribundo y esperando exhalar su último estertor. El tiempo no espera por nada, ni nadie. Puesto boca arriba pasa el tiempo de forma lenta y pausada. Quizás demasiado lento. Se centra en su respiración desigual. Con ello logra calmarse un poco y se puede sumir en un nuevo sueño. Sabe que va a ser corto, como los que tiene últimamente. Quizás el último. Pero por primera vez en su existencia, va a verse dentro del mundo onírico de los sueños. Comienza a dejar de percibir la realidad a su alrededor. Sabe que no es buena señal. Los que suelen tener está sensación, les suele costar la vida. No sabe si su delicado cuerpo podrá soportarlo. Hace todo lo posible por despertar, por escapar de esa situación, por dejar atrás lo que intuye como su irremediable final, pero ya no puede. Pues ya no está durmiendo, está muriendo. Lo sabe. Lo nota. Lo puede percibir en todas y cada una de las fibras de su decrépito cuerpo. Dicen que todo ser vivo cuando está moribundo y en sus últimos instantes lo sabe, lo nota y lo percibe. La boca se le abre y de ella comieza a escapar su esencia vital en forma de neblina. Se queda suspendida a un metro de altura de su cuerpo y es atraída lentamente por el gran espejo que se encuentra sobre su cama. Pasados unos breves instantes, es totalmente absorvida dentro del mismo. Toda la realidad se vuelve en blanco, negro y tonos monocromáticos. El mundo onírico de los sueños lo recibe para quedarse por siempre y para siempre. Ahora vuelve a ser aquella criatura de sus años mozos. Siente miedo, las piernas le tiemblan. Pues aunque se vea cómo el niño que fue tiene la salud de un anciano moribundo, pero se encuentra feliz y sin dolor físico aparente. Cuando de repente...

II

La criatura de repente se ve envuelta en un gran remolino. Es una gran espiral que lo hace girar y girar, sin poder parar va contra su voluntad. Lo arrastra hacia su interior, pero no lo hace en el sentido habitual, va en contra de las manecillas del reloj. Da la sensación que el tiempo para atrás girando está. Finalmente después de unos minutos de este trajín, su cuerpo contra la dura arena del suelo acaba de dar. Es por lo que la criatura algo pospuesta está, aún percibe esa leve sensación de mareo que se suele encontrar entre satisfactoria y comenzando a ser insoportable. Intenta posar y enfocar levemente su escrutadora mirada a lo que tiene a su alrededor, mira para poderse ubicar. No puede dar crédito a lo que ve, en medio de un desierto está. Pero lo más sorprendente de todo, es que levantando su vista al cielo toda la realidad monocroma se acaba de convertir. Simple blanco, negro y tonos intermedios. Cuando intenta posar su vista en las alturas, el sol lo deslumbra y no le permite ver. Pues los rayos cegadores directamente contra su rostro no cesan de incidir. Ante ellos, su cabeza a modo de respeto debe pues bajar y al frente o el suelo mirar. Se encuentra en el medio exacto de una gran montaña de arena. Percibe, pero no puede ver, que el gran montón va disminuyendo con el paso de los segundos transcurridos desde su llegada a este lugar. Decide ponerse en pie y comenzar a caminar. Camina y camina sin parar durante largos y pesados minutos, que a él le parecen una eternidad. Para tener la sensación de no avanzar, no hay nada que ver a su alrededor para un punto como referencia tomar. Eso sí, ya nota claramente como bajo su cuerpo el terreno va cediendo sin cesar, pues el nivel de arena no para de menguar. Al cabo de unos quince minutos más de marcha contra algo topa, no lo ve hasta contra él chocar, es como un gran cristal. Atrás, en sus espaldas de pronto un murmullo de voces se escucha. Algo o alguien se aproxima a la carrera hacia donde él está. Corre a cuatro patas, parece un camello. No para de gritar algo desesperado e inteligible para la criatura.

-¡Cuidado, cuidado que va a girar!.-

Antes que pueda escuchar el mensaje de advertencia, por un ligero agujero que en medio se está formando, la criatura contra cualquier voluntad está siendo absorbido. De nuevo la voz se escucha.

-¡Agárrate a la puerta, agárrate a la puerta!.-

Mira hacia ambos lados y en la pared de su izquierda logra vislumbrar una pequeña portezuela de cristal. Agarra el pomo y justo en ese momento el recinto, que sin arena se encontraba comienza a girar. Se aferra fuertemente al pomo, tanto que se está comenzando a quedar colgado del mismo. Tira fuertemente y ante él un pequeño pasadizo estrecho ve. Accede por la portezuela, cierra la misma tras de si y gatea unos diez metros a duras penas por la cantidad ingente de arena que hay en el lugar.

Avanzados esos metros, el pasadizo se hace más alto, unos tres metros e igual cantidad de ancho. Comienza a caminar avanzando lentamente a través del mismo. A razón que el pasillo ante él se muestra, puede vislumbrar que está compuesto del mismo material translúcido del lugar del que acaba de salir. Se acerca al lado derecho y lo palpa con su mano. Pero para sorpresa de él, cuando se acerca al mismo puede ver a su través. Puede ver y por primera vez ser consciente de dónde está. Fuera, a su alrededor una gran superficie que lo inunda

todo como un océano inabarcable de mercurio, que a su vez contiene cientos, tal vez miles e incluso millones de relojes de arena, que a su vez cada uno de ellos sostienen en su interior mundos y realidades diferentes, que no paran de girar y girar y girar y girar… Por lo que pudo deducir que acababa de salir de un reloj similar. Después de varios minutos observando tanto a uno como a otro lado el continuo y eterno girar de los relojes, la criatura decide por el pasillo avanzar. Es largo, tiene por lo menos cincuenta metros. Cuando llega a su final, ante una gran puerta se encuentra. Decide llamar con buena educación. Tres veces toca para luego esperar. Nadie contesta. Toca de nuevo. Y como la vez anterior, nadie contesta. Ante esta situación, decide unos breves instantes esperar. Cansado, estira su mano izquierda y el pomo hace girar.

III

Lentamente va abriendo la puerta, de esta entra una luz radiante que lo ciega. Detrás de él, a su espalda, todo el pasillo estaba repleto de arena. Arrastraba tras de si los pies llevando con él grandes restos del mismo material. De nuevo volvió su vista al frente, el lugar era inmenso. Estaba compuesto por una grandísima estancia redonda, toda cubierta de piedra las paredes y el techo coronado por una gran cúpula acristalada, a través de la cual penetraban al interior los rayos de luz. En lo más alto habían dos pequeños postigos a ambos lados. Por estos entraba un reguero incesante de palomas mensajeras trayendo cartas y dejándolas caer a un gigantesco montón situado al lado izquierdo. Formaban una gran pila de papeles que casi llegaban hasta lo más alto de la cúpula. La criatura estimó que podría tener unos diez metros de altura, pero lógicamente le resultaba imposible de saber y menos aún de en su totalidad. Giró alrededor de este gran montículo, le resultaba demasiado complicado el poder transitar por este lugar, era demasiado gigantesco, parecía que no se movía en ningún momento. Y para complicarlo todo aún más, la austera decoración del mismo. Nada más que había una mesa y una silla, no hace falta mencionar cuál era su tamaño, ya te lo podrás imaginar, pues todo en esta estancia era exagerado. Giró la cabeza a la izquierda, no podía dar crédito a lo que estaba viendo. Era un gran buitre que podía medir unos tres metros de altura. Con su gorra, su chaleco y su cadena de la que finalizaba un gran monóculo. Estaba con una escoba, barriendo la constante arena que entraba a través de la puerta por la que la criatura acababa de acceder a la estancia. La criatura estaba aterrada ante semejante visión. Intentaba pasar desapercibido, caminando de forma lenta e intentando no hacer ruido alguno ni cuando respiraba. Pero de repente el gran buitre se giró y lo vio de lleno. Tuvo en ese pequeño instante, en que la mirada de ambos se cruzaron, la sensación que debe de tener un pequeño ratoncillo cuando está de fugitivo en una vivienda y lo divisa un ser humano. El buitre colocándose con su mano derecha el monóculo en su ojo derecho, dijo dirigiéndose a la criatura:

-¡Pero bueno criatura!. ¿No te han enseñado modales?.-

La criatura ante semejante pregunta se quedó sorprendido, pues no sabía a razón de qué le decía esto. Se quedó callado mirando directamente al buitre. A lo que este de nuevo le volvió a preguntar:

-¿No te han enseñado en tu casa que antes de entrar en un lugar hay que limpiarse bien los zapatos?. Mira el reguero de arena que has dejado tras de ti. De esta manera jamás podré llevar a cabo mi trabajo. - Le dijo, mientras con la mano que tenía libre le señaló con un gesto ascendente la monumental pila de cartas que no cesaban de traer las palomas mensajeras.-

-Bueno, me imagino que estás aquí precisamente por ello. ¿Cómo te llamas criatura?.-

A la criatura le resultó imposible poder articular palabra alguna. Por mucho que lo intentaba, no podía. Hizo un sobre esfuerzo para intentar hablar abriendo la boca y forzando al máximo. Pero no pudo.

-Tranquilo, es mi gracia preferida. Aquí ninguno podéis hablar. ¡Jajajajajajajajaja!-

Después de una breve pausa, este prosiguió:

-Me llamo Hans y este es el Mundo Onírico.-

La criatura ante estas palabras, asentó la cabeza varias veces en señal de estar entendiendo todo lo que Hans le contaba y que estaba encantado de conocerlo. Hans se percató de lo que le quería expresar, a lo que le contestó:

-¡Oh!. No criatura, no te vayas a creer. Ninguna de las personas que aquí entran tienen ni idea del poco placer que es conocerme. De verdad te lo digo. Si estás aquí es porque tu existencia está finalizando. Todo lo que aquí ves es fruto de tu imaginación y el germen de tus mayores terrores. Esto es la oficina central del Mundo Onírico, donde nunca puedo llevar a cabo mi labor, pues siempre estoy barriendo. Mis funciones son la de primero barrer y una vez barrido todo sin un grano de arena, después dedicarme a la función administrativa. Labor, por cierto, que jamás he tenido el honor de realizar pues aquí no para de pasear gente y de entrar arena. Toda esta pila de cartas que aquí vez. -Volvió a señalizar el titánico montón a su espalda.- Todas y cada una de ellas son peticiones para poder salir del Mundo Onírico. Podrás darte cuenta que nadie ha salido jamás.

En ese instante, Hans le señaló una puerta del tamaño normal para un ser humano.

-Sigue tu camino.-

IV

La criatura después de levantar su mano derecha a modo de despedirse, se dio la media vuelta y se encaminó a la puerta. Al abrirla, para su sorpresa y su deleite, un enorme jardín con plantas y animales de gigantescas proporciones se muestra ante él. Árboles que la copa jamás verá, hongos del tamaño de casas, hormigas como coches, hierbajos de la altitud de edificios, hojas de plantas que recuerdan a autobuses… Ya os podréis imaginar. La criatura poco a poco fue avanzando. Al cabo de un gran rato de transitar, pero de una corta distancia recorrer, en lo alto de un hierbajo una gran crisálida boca abajo se encontró. La criatura se queda a observarla. Piensa para sus adentros sobre el tamaño colosal que la mariposa que dentro descansa debe de alcanzar, pues el capullo unos cuatro metros debe tener. Cuando de nuevo su marcha va a reanudar una voz desde el interior de la crisálida le habla:

-¿Cómo te llamas criatura?.-

Este por unos instantes se queda pensando. Por primera vez en su vida es consciente de que no recuerda cómo se llama. Todo ello sumado a que le es imposible hablar, no puede hacer otra cosa que quedarse callado y atónito ante la perspectiva. Razón por la que el habitante de la crisálida irritado se está poniendo. Esta, poco a poco a un ligero color carmesí está tornando. Desde su interior de nuevo se escucha:

-Vuelvo y te repito. ¿Cómo te llamas?.

Este, ante la situación que se le está planteando y temeroso por su integridad, intenta articular palabra pero sigue sin poder. Le es imposible, no podría decir su nombre aunque lo recordase. De nuevo, desde dentro de la crisálida se oye en forma más enfurecida a su inquilino:

-Veo que del lugar del que procedes no se tiene muy buenos modales al respecto.-

La criatura estaba impedida para poder responder por mucho que quisiese, pues no podía hablar y no recordaba su nombre en esos momentos. No estaba viviendo, simplemente estaba existiendo en una realidad que no era la suya, pero en la que se veía como si estuviera realmente en su verdadero plano existencial. Antes que la criatura pudiera reaccionar, hundido en sus pensamientos más profundos, la crisálida de un rojo infernal se volvió. Podía notar el calor que de ella emanaba, este le llegaba de forma frontal y fuerte. Notaba su ardor. Veía como el hilo que la sustentaba y todo alrededor comenzó a arder. El muchacho ante semejante horror decidió salir corriendo. Pero como quiero recordar, las grandes distancias que en este lugar se daban, a cada zancada de este, nada de la misma se cubría. Era lo más parecido a permanecer quieto, estático como si no se estuviese moviendo, pero para su mayor desgracia notó como la crisálida se rompió. Giró la cabeza hacia atrás, lo que la vista le proporcionaba en esos instantes jamás su imaginación podría haberlo creado. Era una enorme y gigantesca, a la par que la más hermosa de las mariposas que jamás había visto, pero con un aspecto terrorífico. La criatura volvió a girar su cabeza mirando hacia adelante, para su paso en su frenética carrera más acelerar. De nada le sirvió, la inmensa mariposa por entre las piernas lo atrapó y con él, a los cielos más altos voló. Y de nuevo le preguntó:

-¿Cómo te llamas?. -En un gran tono amenazador.-

Pero una vez más, aunque la criatura realmente lo intentó, no le salía la voz. Por ello, la mariposa contra el suelo amagó y de nuevo el vuelo hacia las alturas retomó. Cogiendo un fuerte impulso, alzó su flexible cuerpo y a la criatura por los aires a cientos de kilómetros mandó. Período en el que esta no paró de gritar y gritar y gritar y gritar… Hasta que con su cuerpo, en una gran ciénaga repleta de lodo fuese a dar.

V

La criatura notaba como el cielo de grandes nubarrones se llenaba. De súbito, un gran relámpago resonó partiendo la nube en dos dando comienzo a una intensa lluvia. Llovía y llovía sin parar. La criatura intentaba ponerse en pie pero las piernas de más barro se llenaba, propiciando que cayese una y otra vez. Le era imposible poder mantener el equilibrio, llegados a este punto resbalaba y caía, una y otra y otra vez. A lo que su ropa toda de barro impregnaba estaba, haciendo que cada vez pesase más y más. Llovía sin cesar, llegando a correr de forma torrencial. Lo que provocaba que el nivel de la ciénaga subiese y subiese. Se giró a mirar pues el pánico le invadía, ya que el agua no cesaba de su nivel alzar. Momento en el que de nuevo y ya casi sin fuerzas en sus extremidades, volvió a echar a correr. De nuevo se caía y ante tal imposibilidad, se decidió por nadar. Tampoco podía. El peso del material en el que se movía era desorbitado. Brazadas no podía dar y poco a poco por el peso se hundía. Pasados pocos segundos de inactividad, tenía el barro a la altura de la boca. Menos de diez segundos después le cubría la nariz. Notaba que no podía respirar, la vida se le iba… Cuando por fin vencido se encontraba, con sus pulmones respirando el agua turbia llena de barro, un gran saltamontes que por allí pasaba de su segura muerte lo iba a salvar.

Saltó este, con todas sus fuerzas, por todo lo alto del cenagal. Agarrando con sus patas a la criatura que de espaldas, boca abajo flotaba. Logró agarrarlo a la primera, con un enorme esfuerzo logró sacarlo del lugar. Se lo echó a la espalda y continuó durante más de una hora escapando del lugar inundado, hasta llegar a una zona más seca. Depósito a la criatura en lo alto de la más alta de las peñas. Comprobó que estaba vivo y prosiguió su marcha. Pues los saltamontes titánicos de este Mundo Onírico son seres que deben de estar en moviendo de forma continua, de lo contrario, si es que paran fenecen por descansar. Tienen que estar siempre agotados para poder sobrevivir. La criatura tardaría aún más de una hora en volver en si. Una vez que lo hizo, no se encontraba muy bien y menos un podía explicarse cómo había llegado allí.

VI

La criatura se repuso, se incorporó sobre si mismo y echó a andar siguiendo un riachuelo, que se ubica en el mismo lugar donde el gran saltamontes lo dejara justo después de salvarlo de la ciénaga en la que casi se ahoga. Decide seguir su curso. Después de transcurridos unos quince minutos de transitar por aquel lugar lleno de piedras e hierbajos, al fin divisa a dos seres diminutos semejantes en tamaño a unos topos. Son raros en su forma y no sólo en lo que al tamaño se refiere, pues son semejantes a los sapos pero de secano. Llega hasta ponerse a la altura de ellos y escucha su conversación:

-Te dije hace tiempo, que no había diques que contuviesen la furia del llanto de ese cabeza de chorlito de gigante.

-Yo a la vez te repliqué, que toda precaución era poca. Sirviera o no debíamos hacerla. Nunca se sabe.

-Son paparruchas, hermano. Y lo sabes muy bien. En lo que no acabe por sucumbir a la tentación seguirá inundando nuestra ensenada con su pena.

-Él es bueno y sabe que todo el mundo lo necesita. Muchos seres dependen de su desgracia y pena.

-Ya, pero de qué nos sirve nada de eso a nosotros. Somos scrouts, por lo tanto seres de secano y ese nos está inundando la propiedad a cada dos por tres de forma sistemática. Lo sé, lo sé. Quizás debiésemos desviar el curso de la ensenada, para que cuando corriesen sus lágrimas no pasarán justo por encima de nosotros, viéndonos obligados a dejar nuestras casas y a suspender nuestro descanso de forma tan repentina.

En esos instantes, la criatura se acercó un poco más a estos dos scrouts. Haciendo ruido al pisar y hacer crujir una ramita. Los scrouts salieron raudos a esconderse dentro de unos agujeros que habían perforado en la tierra y que se encontraban a una altura a la que el agua que corría no llegaba. Desde el interior se dirigieron a la criatura:

-¿Quién eres?.- Le dijo uno de ellos.-

-¿Qué quieres?.-Le dijo el otro.-

-¡Fuera de aquí!. ¡Nadie es bienvenido a la ensenada de los hermanos Scrouts!.-

-¡Eso es!. ¡Fuera, fuera de aquí!.-Ahora se habían convertido en gritos chirriantes que molestaban al ser escuchados.-

La criatura intentó, como siempre hablar, pero como en anteriores ocasiones y de nuevo una vez más, no pudo. Decidió que lo mejor, para que estas criaturas tan extrañas llamadas scrouts parasen de hacerle chirriar sus oídos, sería irse reanudando su marcha siguiendo el curso del riachuelo. De nuevo comenzó a andar. Al cabo de otros veinte minutos, fue partícipe de un cambio en el entorno de características insospechadas hasta entonces.

VII

Al pasar un gran pórtico todo el entorno se tornó lleno de vida. Y al contrario que con los scrouts, que eran seres diminutos, aquí de nuevo todo era de tamaño descomunalmente gigantesco. Había un gran camino, que a ambos lados estaba cubierto por grandes extensiones de plantaciones de tamaño monumental. De estas se alimentaban centenares o quizás miles de aves. Las había de todas las clases inimaginables, era un espectáculo maravilloso. Le provocó una sensación de gran tranquilidad a la criatura. Razón por la cual se animó a seguir aventurándose en aquel gran valle. Al cabo de unos cinco minutos, comenzó a notar un ligero cambio en su estado de ánimo. Se notaba pesimista, hastiado e incluso de mal humor. Fue consciente de como si una ráfaga de energía negativa le traspasase el cuerpo. Momento en el que comenzó a escuchar estruendosos llantos. Tan potentes que producían una onda expansiva que le hacía temblar el cuerpo, a la par que le impedían avanzar sin realizar un enorme sobreesfuerzo. Miró hacia delante, dentro de lo que su reducido campo de visión le permitía. Tan sólo podía divisar una tremenda montaña que se movía. Aguzó un poco más su vista y por fin pudo distinguir la escena que estaba teniendo lugar ante sus ojos. Era el gran gigante que los scrouts mencionaran con anterioridad. Se encontraba inmerso hasta más o menos la cintura, en medio de un gran lago que fluía gracias a la salida de sus lágrimas y que recorría toda la gran distancia, hasta dar lugar a las inundaciones de las que los scrouts se quejaban. El muchacho se encaminó hacia el lugar donde el gigante estaba para verlo de cerca, momento en el que un gran búho blanco se le posó justo delante impidiéndole el paso.

-¿Necesitas algo?.-Le dijo esta muy seria a la criatura.-

La criatura se quedó petrificada ante la velocidad y destreza mostrada por la titánica ave. Y como era obvio no podía hablar para explicarse. Movió sus manos, dándole a entender por señas al ave que le resultaba imposible hablar y que sólo quería seguir su camino. El ave le comprendió y de nuevo le hablo:

-No me temas. Soy consciente que no puedes hablar. Te encuentras en el Gran Valle del Sol Eterno. Aquí nunca anochece y el lugar es siempre fértil, en cuanto el gigante Reinfunselt no sea molestado cuando le toca llorar. Sé que te puede resultar raro, pero es el último de su especie. Y nosotros, los habitantes del Gran Valle sobrevivimos gracias a su desgracia. Cada cinco días debe caer en una pena extrema y ponerse a llorar para poder inundar de agua todo el lugar. De lo contrario acabaríamos con una gran hambruna y pereceríamos todos. Él sabe que ese es su deber y obligación para con nosotros. Ahora, que ya sabes cómo funciona este lugar, por favor sigue tu camino y mucho cuidado con el Campo de los Comedores Eternos. La criatura se despidió del gran búho blanco con un saludo de mano. Comenzó de nuevo a avanzar rodeando al gigante, para no interrumpirlo de su gran misión.

VIII

Al cabo de unos diez minutos de marcha, de nuevo notó un cambio en el entorno. Todo el lugar se volvió muy oscuro y lluvioso. Imperaba una vegetación exacerbadamente enorme con muchísimas montañas y lo más molesto era el alto ruido ambiente que llevaba el vacío. Como si de un desgarrador quejido hondo, a la par que profundo se tratara. Según iba avanzando, todo se volvía más y más nuboso. Le resultaba imposible distinguir correctamente nada y menos aun concentrase con el tremendo estruendo que lo envolvía. Hasta que de repente se chocó de lleno y de bruces contra algo que tenía que ser titánico. Se cayó de golpe al suelo, quedando sentado sobre sus posaderas con la mente dándole vueltas. Poco a poco, iba recuperando la cordura, cuando de súbito y antes de recuperarla del todo algo lo agarró por la parte superior de la camisa y lo elevó en volandas, como si fuese una pluma de un ave. Pudo divisar que era una mano gigantesca y peluda, similar a la de un simio titánico. Pero lo más terrorífico de todo, no era esa sensación de impotencia ante algo que es superior a ti y que te puede manejar a su antojo, ni la mano en sí misma… Lo verdaderamente terrorífico era la boca inmensa y de afilados dientes de depredador de color carmesí, del tamaño de dos bañeras, que había abierta justo debajo de él exhalando un tufo rancio a vegetales pasados y en proceso de fermentación. De repente la mano lo soltó y caía sin posibilidad de salvación al fondo de esa boca… Comenzó a gritar. Lo hizo como si nunca lo hubiese hecho antes. Gritó para salvar su única y desafortunada viva… Todo su sobreesfuerzo fue en vano. Fue a parar dentro de la boca de este titánico morador del Campo de los Comedores Eternos. Este de forma automática a la par que monótona, comenzó una vez que tuvo a la criatura en la boca a masticar. Por suerte, la criatura pudo guarecerse de sus amenazadores dientes dentro de la cavidad que la falta de uno de ellos había dejado. De momento parecía que estaba salvado. Pero sólo sería una sensación temporal y pasajera, pues el morador comenzó a hurgar con su gigante lengua entre las rendijas de sus dientes. Impactando de lleno con la criatura que allí se ocultaba intentando pasar desapercibida. El impacto y la correspondiente succión fue tan bestial que dejó de inmediato sin sentido al inquilino que pululaba dentro de su boca. Momento y circunstancia que aprovechó para tragarlo. La criatura caía por una oquedad inmensa y oscura...

IX

Al llegar al fondo del estómago del morador del Campo de los Comedores Eternos cambió de lugar. Cayó en posición fetal, situación en la que estuvo durante varias horas. Después poco a poco fue recuperando la conciencia. Luego se incorporó y una vez de pie, pudo ver que se encontraba en un gran jardín. Justo en el centro de miles de setos, de dos metros y medio de altura recortados que le rodeaban. Camina por los pasillos que se abren ante él, transitando por ellos durante horas. Va de aquí para allá. Llega al final de un camino y lo encuentra bloqueado. Tiene que retroceder y de nuevo tomar otra desviación que dejara atrás con anterioridad. Las horas continúan pasando, lo sabe por el movimiento de un reloj de sol que allí ve. Prosigue con su ardua labor y la tarde comienza a dar paso a los primeros momentos de oscuridad. Instantes, en el que por azar, el camino por el que está transitando es extrañamente distinto a los que había visto con anterioridad. Bajo sus pies se extendía un bello suelo de adoquines. Prosiguió por él durante unos tres minutos, de repente se paró en seco. Veía algo apostado en mitad del camino, a unos doscientos metros. Continuó caminando despacio y con paciencia. Asegurándose a cada paso que daba de no correr peligro alguno. Cuando estaba a unos veinticinco metros pudo ver de qué se trataba. Era un gran sapo de enormes proporciones apostado en medio del camino y parecía que estaba dormido. Era tan grande que la criatura no podía ver detrás de él. Ralentizó más aun la marcha. Le daba pánico aquel ser. Estaba vestido realmente elegante, en tonos verde botella muy llamativo y rojo inglés. Sombrero ancho, chaleco, un monóculo colgando del bolsillo derecho del mismo, pantalones abombados con rayas, unas polainas y un gran bastón cruzado sobre su enorme estómago. La criatura seguía avanzando lentamente pero sin pausa. Cuando estaba a unos diez metros, el enorme sapo abrió los ojos y sonrió. Luego carraspeó y dijo de forma oronda:

-¡Por fin has llegado!. Llevamos mucho tiempo esperando por ti. No te esfuerces en hablar, sé que no puedes hacerlo. Tan sólo haz gestos, yo te entenderé sin problema alguno.

La criatura asintió subiendo y bajando la cabeza un par de veces.

-Tranquilo, no te preocupes. En esta ocasión, nada ni nadie te va a hacer daño. Relájate y confía en tu instinto.

El enorme sapo se movió lentamente hacia su derecha, dejando al descubierto una gran portada en una fachada de un castillo enorme. A continuación, cogió su bastón con la mano izquierda y golpeó en la misma en una combinación de tonos de tres golpes seguidos: ¡Tac,tac,tac!. Ese sonido, en concreto esa secuencia, le recordó a la criatura algo. Después de unos segundos de pensárselo, al final dedujo el qué era. Era la forma en que su abuelo le había dicho que tenía que tocar a su puerta cuando fuera a visitarlo, para saber que era de la familia. Se alegró ante aquel recuerdo del pasado lejano de un existencia. De nuevo, el gran sapo repiqueteó en la gran portada: ¡Tac,tac,tac!. Para de repente esta comenzar a abrirse y dar al exterior una potente e intensa luz.

-Pasa criatura. No tengas miedo. Estás a salvo.

La criatura le hizo caso y avanzó despacio pero sin pausa. Entró dentro del castillo y al superar el umbral las puertas de nuevo se cerraron. La brillante a la par que cegadora luz menguó un poco en su intensidad para permitirle poder observar el interior de aquel lugar. Era un pasillo de unos cincuenta metros. Totalmente alicatado de azulejos blancos pequeñitos, tanto en las paredes, el suelo y el techo. Reflejaban la luz con mucha intensidad. La criatura notó que algo le llamaba al interior de aquel lugar, le animaba a avanzar. Y él lo hacía, cada vez más tranquilo. Llegó al final del pasillo y había una gran entrada con un arco de medio punto que la coronaba. Accedió al lugar y se encontraba dentro de una gran sala redonda, llena de huecos a modo de ventanales abiertos en lo más alto de la torre del castillo. Estaba sólo. En medio de la sala había un gran mausoleo. Se acercó lentamente. Miró al suelo y leyó la inscripción para sí mismo: "Aquí descansa, después de una larga y solitaria existencia, Chopolac, la criatura que nunca existió ". ¡Eso era!. Ese era su nombre y ese fue el momento exacto en el que pudo deducir que se encontraba en su lugar de descanso eterno. Tan sólo tenía que tenderse en aquel sarcófago dentro del gran mausoleo y todo habría acabado. Pero antes, quiso mirar por los ventanales. Fue lentamente hasta el que estaba justo en el centro de aquella sala redonda de medio punto, se asomó y observó. El espectáculo era impresionante. Estaba en lo más alto de la almena central del castillo. Este se encontraba en el medio exacto de un gran laberinto de setos. Miró hacia abajo y pudo ver cómo el gran sapo, desde la inmensa portada lo saludaba con un gesto de asentimiento de su cabeza. Él hizo lo mismo. Miró a la lejanía y divisó como todo el Mundo Onírico de los Sueños, excepto el área del gran laberinto comenzaba a arder. En unos pocos minutos el fuego había cubierto todo alrededor del lugar en el que iba a reposar eternamente. Razón tienen aquellos que dicen: "Cuando un hombre muere, una biblioteca arde".
Dedujo que esto era lo último y único que le quedaba. Se dio la vuelta y lentamente se dirigió a su mausoleo. Subió los escalones, uno a uno, de forma solemne y despacio. Se recostó dentro, posó sus brazos cruzados sobre su pecho y cerró sus ojos eternamente.

Lo más llamativo de toda esta aventura es que jamás sucedió. La criatura nunca existió, tampoco las ubicaciones ni los personajes aquí expuestos ni mencionados. Simplemente es el fruto de la mente, en los últimos momentos de reacción del cerebro antes de morir, después del cuerpo físico haber sucumbido a su irremediable final.



Siete pecados

Soberbia

El cuerpo de Julián yacía en la penumbra de la habitación, inmóvil sobre la cama. Cada segundo se deslizaba como un ladrón en la noche, llevándose las últimas gotas de fuerza que le quedaban, y el aire se volvía más espeso con cada aliento que apenas lograba tomar. Su piel, cada vez más fría y rígida, apenas le obedecía, aunque su mente permanecía despierta, atrapada en un estado de parálisis que lo arrastraba hacia el abismo. Sus ojos, aún abiertos, seguían con esfuerzo a la mujer que se movía en la oscuridad de la habitación, escudriñando cada rincón con una calma que le helaba la sangre.

Jordana. Ella estaba allí, rebuscando entre sus pertenencias como si no fuera más que una desconocida en su propia casa. Abrió cajones, revisó sus papeles, sacudió libros para ver si escondían algún billete, y sus dedos finos deslizaban con cuidado cada joya que encontraba, guardándola con un gesto mecánico en su bolso. Ni una sola mirada hacia él, ni un gesto de duda; cada movimiento era seguro, ejecutado con la precisión fría de quien ha hecho esto innumerables veces.

“¿Cómo llegamos a esto?”, pensó Julián. Pero, en lo más profundo, sabía la respuesta.

Era él quien había convertido a Jordana en lo que era. Desde que la había encontrado, perdida y sin rumbo, la había tomado bajo su ala y moldeado cada fibra de su ser. Había visto en ella algo que no había visto en nadie más: una frialdad innata, una ambición que brillaba en sus ojos de niña. Su sonrisa, en aquellos primeros años, era casi tímida, pero él sabía que era sólo una máscara.

La primera vez que vio a Jordana, ella era apenas una niña delgada y desaliñada, de piel pálida y ojos oscuros que observaban el mundo con un desapego perturbador. La encontró en una estación de tren, una criatura pequeña y sola, ignorada por todos. Pero él, que siempre buscaba talento en los rincones oscuros, la notó de inmediato. Había algo en ella, algo que le decía que no era como los demás.

La acercó a él con una oferta simple, disfrazada de ayuda. Al principio, la niña desconfió, pero él le prometió algo más: una vida de lujos, un futuro que pocos podían siquiera imaginar. “¿Quieres dejar de ser invisible?”, le había dicho. Y ella, mirándolo con esos ojos vacíos de escrúpulos, asintió.

Julián la convirtió en su aprendiz. Le enseñó a moverse con gracia, a usar el tono exacto de voz que haría a cualquier hombre pensar que era una inocente criatura necesitada de protección. Era un juego de seducción y manipulación que Jordana aprendía rápido, sin ningún esfuerzo, como si siempre hubiera estado en su naturaleza. Con cada año que pasaba, ella se volvía más letal, y él no tardó en notar que aquella niña había dejado de mirarlo como a un maestro y ahora lo observaba como a una presa. Pero Julián, cegado por la soberbia, lo ignoró. Él siempre sería el cazador, y ella la aprendiz. O eso se decía a sí mismo.

Ahora, esa misma mujer que él había moldeado con tanta paciencia lo observaba desde el otro lado de una grieta que él mismo había abierto. Mientras Julián permanecía atrapado en su agonía, Jordana inspeccionaba cada rincón de su vida, despojándolo sin piedad. A su alrededor, la habitación reflejaba el lujo al que él estaba acostumbrado, el lujo que él le había enseñado a desear y robar sin escrúpulos.

Había otros hombres, muchos. A lo largo de los años, Julián le había enseñado el arte de convertirse en la sombra de sus víctimas, en la esposa obediente y cariñosa que terminaba quedándose con la fortuna de su difunto esposo. Los hombres caían bajo sus encantos, se rendían ante aquella sonrisa que escondía el vacío, y finalmente encontraban la muerte de manera accidental o aparentemente natural. Un tropezón en las escaleras, un corte mal curado, un veneno administrado en dosis tan precisas que parecía una lenta enfermedad.
Y ahora, después de todas las víctimas, era él quien yacía allí, consciente de que su tiempo se agotaba. El veneno lo había atrapado en esa prisión de carne inmóvil, y cada vez que intentaba mover un músculo, un dolor punzante le recordaba que no había escapatoria. Sólo podía observar cómo Jordana rebuscaba, y cada uno de sus gestos era una puñalada en su orgullo. Ella no tenía prisa, y esa frialdad le resultaba insoportable. "¿Cuándo llegaste a ser tan buena?", se preguntaba, mientras sentía la muerte rozarle los huesos.

Había tenido que enseñarle cada detalle. Los primeros "accidentes" fueron casi juegos de práctica, en los que él supervisaba, corregía, la guiaba por cada paso. Y ella aprendía, cada vez más rápido. Él se deleitaba viendo cómo se convertía en la perfecta "viuda negra", cómo se deslizaba en las vidas de hombres ricos, desprevenidos, hasta dejarlos vacíos, muertos, olvidados.
Pero a medida que pasaba el tiempo, empezó a notar algo distinto. Jordana ya no lo miraba con la sumisión de la aprendiz. Había un brillo en sus ojos, una chispa que él no había visto al principio. Era soberbia, la misma soberbia que él había alimentado. Se dio cuenta de que, de algún modo, ella ya no era suya. Se había vuelto una extensión de su propia vanidad, una creación tan perfecta que ahora lo superaba.

La última cena juntos había sido una de las escenas más desconcertantes de su vida. Ella lo miraba desde el otro lado de la mesa, sus ojos serenos, y le sonreía con una dulzura que hacía que sus defensas se desvanecieran. Fue al primer sorbo de vino cuando algo en su cuerpo comenzó a sentir que algo estaba mal. Para cuando terminó el segundo plato, ya apenas podía moverse, y el mundo se volvió una oscuridad nebulosa. Ahora comprendía el terror de sus propias víctimas, aquel momento en que lo irreversible se revelaba y los condenaba a una muerte lenta.
Pero, incluso en esa agonía, Julián se daba cuenta de algo que lo llenaba de una mezcla de orgullo y horror: Jordana había aprendido cada una de sus lecciones con perfección. Y lo había superado, convertido en la viuda negra perfecta, aquella que no necesitaba ni amor ni rencor, sólo una implacable ambición y una soberbia que la hacía inmune a cualquier emoción humana.
Cuando terminó de recoger sus pertenencias, Jordana se acercó por última vez a la cama. Julián, desde su inmovilidad, sólo pudo mirarla, sintiendo la muerte aferrarse con más fuerza. Ella lo miró, finalmente, y en sus ojos no había ni odio ni remordimiento. Sólo calma, como si Julián no fuera más que un objeto sin importancia.
—Gracias por enseñarme —le susurró en voz baja, y sus palabras fueron el golpe final a su orgullo.
Sin mirar atrás, Jordana se dirigió hacia la puerta. En el umbral, se detuvo un segundo, sólo para asegurarse de que él pudiera ver su silueta antes de desaparecer en la

oscuridad. La puerta se cerró con un leve clic, y el silencio absoluto se apoderó de la habitación.

Avaricia

La Lectura del Testamento

La gran sala del Ayuntamiento de Ícalí estaba envuelta en sombras cuando los cuatro herederos llegaron, convocados por una misiva inesperada. Las vigas del techo crujían con cada ráfaga de viento, y el olor a madera húmeda y cera de velas apenas alcanzaba para disimular la humedad y el polvo acumulados. El reloj de la torre marcaba las doce de la noche en punto del 28 de diciembre de 1899, y, aunque la reunión era extraña, ninguno de los convocados parecía dispuesto a rechazar la oportunidad que el destino les había puesto en bandeja.

Mark y Jacob Callawin, dos hermanos de mediana edad, se sentaron en los bancos de caoba, observando con desconfianza a los otros invitados. Frente a ellos, Peter Lang, un hombre de porte altivo, alisaba su bigote con evidente fastidio. A su lado, René Pierot, un caballero delgado y elegante, jugueteaba con su bastón, golpeando el suelo con una paciencia casi obsesiva.

Ante ellos, una figura sombría y de rostro difícil de distinguir permanecía de pie, sosteniendo un sobre lacrado. Sin levantar la mirada, el notario comenzó a leer en voz baja y pausada.

—A los señores aquí presentes, herederos de mi inmensa fortuna… —leyó, con voz rasgada por la edad—, os dejo mi último deseo. Mi nombre es Inmanuel Abraham Smith, y en mi último aliento he decidido recompensar a aquellos que posean el valor suficiente para enfrentar la verdad de sus propios pecados.

El ambiente se tensó. Ninguno de los presentes había oído nunca ese nombre, pero, al ver el brillo en los ojos de los demás, cada uno decidió fingir. Estaban allí por una herencia y nada más importaba. El notario continuó, impasible ante las miradas inquisitivas.

—La suma total a repartir asciende a una fortuna inimaginable, pero sólo aquellos que se demuestren dignos podrán reclamar su parte. Deben completar tres pruebas antes de la medianoche del 31 de diciembre. La primera comienza en el lugar que todos temen, donde la luz es pecado y el silencio es oro: el Barrio del Cobre.

El reloj marcó las doce en punto. Con una inclinación de cabeza, el notario les indicó que era hora de comenzar. Sin mediar palabra, se puso el sombrero y desapareció en las sombras, dejando a los cuatro hombres sumidos en un silencio aterrador.

El Barrio del Cobre

La ciudad dormía bajo una capa de niebla espesa cuando los cuatro hombres se encontraron a las afueras del Barrio del Cobre, un rincón sombrío de Ícalí donde la ley parecía detenerse. Aquí, las calles eran estrechas, apenas iluminadas por farolas vacilantes que proyectaban sombras siniestras en las fachadas derruidas. Este era el lugar de las mujeres perdidas, las que caminaban solas y cuya compañía era comprada y luego olvidada en el silencio.

Los hombres avanzaban en fila, cada uno aferrado a su propio motivo, manteniendo un incómodo silencio. Pero había algo en ese lugar que les hacía temer y querer correr. Mark Callawin, el mayor de los hermanos, fue el primero en notar que una figura los seguía a corta distancia. Se giró, pero sólo vio la niebla y el reflejo de sus propios temores.

De pronto, el sonido de pasos se hizo más claro. Una mujer, de cabello oscuro y mirada opaca, apareció de entre las sombras y, sin mediar palabra, extendió la mano, señalando una puerta angosta, apenas visible.
—Aquí encontrarán lo que buscan —dijo en un susurro gutural.
Los cuatro hombres se miraron, la avaricia y el miedo luchando en sus rostros. Finalmente, Peter Lang empujó la puerta y se adentró. Los otros le siguieron, pisando el suelo de madera podrida que crujía bajo sus pies. En el interior, el olor a incienso y alcohol les envolvió, y las luces temblorosas de las velas apenas permitían distinguir el contorno de las figuras en la penumbra.
Allí, una voz comenzó a hablar, lenta y siniestra, revelando detalles de sus vidas que sólo ellos conocían. Les recordó los secretos que guardaban, los pecados y traiciones que habían enterrado. René Pierot, incapaz de soportarlo, tropezó hacia atrás, su rostro cubierto de sudor, y al hacerlo, no percibió el abismo que se abría tras él. El eco de su caída resonó en la habitación, y los demás, horrorizados, se dieron cuenta de que uno de ellos ya no regresaría de aquella noche.

La Casa de los Adivinos

La segunda noche llegó con la misma ominosa puntualidad. Ya solo quedaban tres, y cada uno era consciente de la gravedad de lo que estaba en juego. En esta ocasión, fueron guiados hasta una casa de aspecto lúgubre, donde habitaban los Maestros de la Adivinación. Era un lugar prohibido, un rincón de la ciudad envuelto en rumores oscuros. Al entrar, la oscuridad absoluta les recibió, y al cerrar la puerta tras ellos, una risa amarga retumbó en la penumbra.
—¿Vienen por la herencia? —susurró una voz arrastrada, y en ese instante una vela se encendió, revelando a un anciano de piel cenicienta y mirada inyectada en sangre—. La fortuna tiene un precio, y solo los que acepten enfrentarse a la verdad de sus pecados la obtendrán.
Uno por uno, los hombres tomaron asiento frente a él. El anciano comenzó a murmurar palabras en una lengua extraña, y ante sus ojos comenzaron a formarse visiones de sus propios rostros, retorcidos por la codicia. Jacob Callawin, incapaz de soportar el reflejo de su propia alma, se levantó de un salto, buscando la salida, pero la puerta había desaparecido. Gritó y forcejeó en vano, hasta que su voz se apagó, dejando sólo el silencio de los otros dos.

El Sanatorio Mental

La última noche, Peter Lang y Mark Callawin, los dos únicos sobrevivientes, llegaron al sanatorio mental. La estructura, enorme y desgastada, se alzaba como un gigante oscuro al borde de la ciudad. La atmósfera estaba cargada de gritos lejanos y lamentos, como si las paredes pudieran recordar el sufrimiento de aquellos que habían quedado atrapados en su interior.
Sin más opción que seguir adelante, ambos cruzaron la entrada. El aire estaba impregnado de humedad y moho, y cada paso resonaba en la penumbra con un eco sordo. Pronto, ambos comenzaron a ver sombras en los pasillos, figuras que parecían conocerles, murmullos que revelaban sus secretos más oscuros.

Peter, abrumado por el peso de sus crímenes, comenzó a caminar hacia el interior de una celda abierta, sin darse cuenta de que la puerta se cerraba lentamente tras él. Mark, paralizado por el horror, escuchó el último grito de su compañero mientras desaparecía en la oscuridad.

Medianoche

El 31 de diciembre, el único que quedaba en pie, Mark Callawin, se dirigió a las afueras de Ícalí, donde le habían prometido que se entregaría la herencia. Allí, encontró una caja de madera, cubierta de polvo. Al abrirla, se encontró con un espejo, en el que pudo ver su reflejo, viejo, desgastado, y vacío.
Una voz sonó tras él, la del notario, revelándole que la herencia no era más que el vacío de su propia avaricia. Mark intentó gritar, pero el peso de sus propios pecados le silenció. Mientras caía de rodillas, la noche cubrió Ícalí y, en las sombras, una figura invisible tomó el control de lo que quedaba de su fortuna.

Lujuria

El eco de mi respiración es lo único que rompe el silencio denso y opresivo de esta habitación. Unos minutos atrás, cuando el despertar aún era brumoso, creí estar en el peor de mis sueños. Sin embargo, la presión en mis tobillos y el frío metálico de las cadenas que ahora parecen incrustarse en mi piel me hicieron comprender la aterradora realidad de mi situación.

Estoy colgado boca abajo, suspendido en algún lugar oscuro y húmedo. La sangre se agolpa en mi cabeza, cada latido hace que mi cráneo retumbe como el golpe de un tambor. Siento un sudor frío recorrerme la piel; mi pecho se contrae en espasmos. Me obligo a respirar despacio, con los labios entreabiertos y las fosas nasales entumecidas por el olor a moho y a madera podrida. ¿Cómo llegué aquí? ¿Quién demonios me ha puesto en este estado miserable?

Vuelvo a recordar los últimos momentos lúcidos antes de caer en este abismo. Había llegado al convento convencido de que sería una de esas aventuras jugosas que tanto disfruto, un secreto entre mujeres jóvenes y sumisas, encerradas y vulnerables, que se rendirían al encanto de un hombre como yo. Pero ahora… ahora me encuentro atrapado en este agujero sin luz. Alguien me ha engañado, y lo ha hecho muy bien.

Mi mente comienza a recorrer mis recuerdos, rebobinando las imágenes a la última conversación en la taberna, el susurro del guardés que me aseguró conocer el acceso a la zona privada del convento. Él sonreía con picardía, asegurándome que las jóvenes monjas solo esperaban a alguien lo suficientemente osado para romper la rutina del lugar. Mis pensamientos regresan a aquel vaso de vino; el trago amargo y denso que me dejaba un regusto extraño en la boca. Fue entonces cuando la sombra comenzó a posarse en mi conciencia, y lo último que recuerdo es el rostro del guardés que se volvía borroso, deformándose mientras mi visión se apagaba.

Ahora estoy aquí, despojado de toda dignidad, colgado como un animal a punto de ser sacrificado. Intento moverme, pero cada tirón en las cadenas se convierte en un latigazo de dolor que recorre mis piernas y espalda. Entonces, la puerta rechina. Se abre con una lentitud insoportable, y siento un escalofrío helado recorrerme desde la nuca hasta la base de mi espina. Veo una figura oscura, encapuchada, apenas discernible en la penumbra, acercándose sin prisa.

La figura se detiene a un metro de mí, y en el reflejo de la escasa luz alcanzo a distinguir su rostro. La sorpresa es un cuchillo en mi pecho. Es ella. ¡Es Chloe! Esa mujer, esa pobre y patética mujer que alguna vez fui capaz de desfigurar con una simple carta. Recordarla me hace reír, o más bien querría reír, pero el miedo me aplasta la garganta como una tenaza. ¿Qué quiere de mí?

"¿Me recuerdas, Rudolf?", su voz es un susurro suave, cargado de veneno. Aquel tono dulce que alguna vez me rogó en el lecho ahora es una melodía mortuoria, uno de esos cánticos fúnebres que solo se escuchan en los entierros. "Oh, sí, claro que lo haces… No has olvidado a Chloe, ¿verdad?"

Quiero gritarle, decirle que todo esto es absurdo, que su rostro apenas tiene sentido en mis recuerdos. Pero sé bien que eso sería una mentira. Chloe fue una más, una conquista para añadir a la lista. Aquella mujer frágil y casada, que cayó bajo mi encanto y traicionó a su marido en una aventura que, para mí, no fue más que un juego. Pero para ella… quizás fue diferente.

Chloe da un paso hacia adelante, sus ojos se clavan en mí con la frialdad de un verdugo. Me doy cuenta de algo extraño, su rostro está diferente. Hay una cicatriz que le cruza el pómulo izquierdo hasta la barbilla, una huella que antes no estaba ahí. De repente, los recuerdos me golpean con más fuerza: la carta anónima al marido, el dinero que le extorsioné a cambio de mi silencio, y finalmente, el escándalo que la dejó marcada para siempre. Pero lo que no sabía, lo que nunca imaginé, es que su sufrimiento no terminó ahí.

"¿Te sorprende verme así, Rudolf?" murmura, su voz teñida de un odio tan frío que me recorre la piel como una serpiente. "No esperabas que la pequeña y sumisa Chloe se alzara contra ti, ¿verdad? No, claro que no. Tú pensaste que yo era una presa fácil, alguien a quien podrías abandonar y olvidar."

Me quedo en silencio, tragando el miedo que comienza a hervir en mi pecho. Quiero moverme, quiero salir de aquí, pero mi cuerpo está sujeto y vulnerable, como el de un perro amarrado antes de la ejecución.

Chloe sonríe, y esa sonrisa es un filo de acero. Se acerca aún más, tanto que puedo ver las sombras danzando en sus ojos, y antes de que pueda decir algo, siento la primera punzada de dolor en mi costado. Es un cuchillo fino, apenas un rasguño, pero el escozor me hace gemir.

"Este dolor no es nada comparado con lo que tú hiciste, Rudolf. ¿Recuerdas? ¿Recuerdas cómo te reías mientras yo estaba rota, mientras mi vida se caía a pedazos y tú solo me mirabas desde la distancia?" Su mano se desliza con la habilidad de una torturadora consumada, haciendo que el cuchillo trace líneas pequeñas, dejando finos hilos de sangre que bajan por mis costillas y me hacen arder la piel.

Intento escapar de su mirada, pero ella me obliga a enfrentarla. "Sé lo que estás pensando. Crees que esto es una simple venganza, pero es mucho más que eso. Has destruido vidas, has pisoteado sueños… y nunca, nunca pensaste que alguien te haría pagar."

El dolor se convierte en algo constante, un susurro incesante que me recuerda que estoy vivo y atrapado. Chloe sigue hablándome, y cada palabra es una estaca que perfora mi conciencia. Comienza a narrarme cómo escapó del infierno en el que yo la arrojé, cómo soportó años de abusos de su marido hasta que logró encontrar refugio en este convento. Aquí, en este lugar de retiro, se aferró a una promesa: vengarse de mí.

"Este convento no es un refugio, Rudolf", murmura mientras aprieta el cuchillo contra mi carne. "Es mi fortaleza. Y tú… tú eres el cordero que he traído para el sacrificio."

Los minutos se tornan en horas. Chloe juega conmigo como si yo fuera un muñeco de trapo, sus palabras y sus heridas se entrelazan en una danza macabra. Finalmente, cuando mi conciencia comienza a desvanecerse, ella se agacha a mi lado, sosteniendo mi barbilla con una mano firme.

"Rudolf, no vas a salir de aquí. No volverás a ser libre. Y ahora… ahora es tiempo de terminar con esto."

Un último corte, preciso y letal. El filo cruza mi garganta con una lentitud exasperante. La sangre inunda mi boca, cubriéndome, ahogándome, privándome de toda posibilidad de escape. Intento gritar, pero el sonido es solo un burbujeo débil. Chloe me observa, con una expresión de satisfacción gélida en su rostro.

Mis pulmones buscan aire, pero solo encuentran la densidad de mi propia sangre. Las sombras comienzan a cerrarse, y mi visión se vuelve oscura, enredada en el manto de mi propia culpa.

Y así, mientras la oscuridad se apodera de mí, comprendo, con un último pensamiento de horror, que este es el fin que merecía.

Ira

Gústav era un hombre peculiar; el cínico de su familia, el mentiroso que nunca se molestaba en esconder su falsedad bajo un disfraz convincente. Su voz, grave y áspera, arrastraba siempre un tono burlón que rara vez pasaba desapercibido, y era un tipo iracundo, incapaz de controlar las explosiones de furia que lo dominaban. Para todos, su genio era un huracán al acecho, esperando la mínima provocación para desencadenarse. Su hermano menor, Alexei, le seguía fielmente, aunque más por miedo que por afecto.

La noche era oscura y silenciosa cuando ambos partieron hacia el castillo. Gústav, astuto y manipulador, había logrado convencer a Alexei de que Claus, el prometido de su hermana Irina, no era más que un intruso. "Él no la ama", había susurrado repetidas veces a Alexei, sembrando la duda y el odio en el joven hasta que este aceptó el siniestro plan.

El plan era simple: interceptar a Claus, hacerlo desaparecer sin dejar rastro. La promesa de tranquilidad y la oscura satisfacción de ver el dolor en los ojos de Irina los llenaba de un placer retorcido.

Caminaron en silencio durante horas, guiados únicamente por la pálida luz de la luna que emergía de entre las nubes. El destino final era un río escondido entre las colinas, cuyas aguas eran profundas y frías. A cada paso, la tensión se hacía más palpable en el ambiente, y una sombra oscura parecía seguir sus huellas en la penumbra.

Cuando al fin alcanzaron el río, Gústav tomó a Claus con una fuerza inhumana, mientras Alexei, temblando, miraba horrorizado cómo su hermano lo empujaba hacia las aguas. Claus luchaba, pero las corrientes, gélidas y despiadadas, se apoderaron de él rápidamente, y el silencio retornó con brutalidad cuando su cuerpo dejó de moverse.

En un movimiento mecánico, los hermanos metieron el cuerpo de Claus en un saco de lona, apretando el nudo con una fuerza que casi parecía ritual. Gústav, con los ojos encendidos por la adrenalina, sonreía perversamente mientras susurraba: "Aquí yace el prometido que nunca debió ser".

Con el saco al hombro, emprendieron el camino hacia una torre abandonada, un lugar que Gústav había descubierto en una de sus solitarias excursiones. Era una estructura de piedra oscura y húmeda, con una balconada desde donde la luna observaba, siniestra y vigilante. Allí pasarían la noche, protegidos de la mirada de los curiosos, con la única compañía del cuerpo sin vida de Claus.

Dentro de la torre, la atmósfera se volvió densa, cargada de una extraña energía que parecía hacer eco de sus propios pensamientos. Las paredes, carcomidas y cubiertas de musgo, parecían absorber el miedo que los envolvía. Alexei, visiblemente asustado, intentaba no mirar el saco en el suelo, que parecía cobrar una presencia propia en el rincón donde yacía.

Gústav encendió una antorcha, proyectando sombras caprichosas en las paredes de piedra. El silencio era apenas interrumpido por el sonido de sus respiraciones entrecortadas. Y entonces, como si alguna fuerza invisible estuviera jugando con ellos, la antorcha parpadeó y las sombras cobraron vida. Los ojos de Gústav brillaron con un terror primitivo cuando comenzó a sentir la mirada de alguien o algo que lo observaba desde la oscuridad.

El cansancio y el miedo comenzaban a hacer mella en Alexei, que veía cómo la figura de su hermano se deformaba ante sus ojos, perdiendo los rasgos familiares y transformándose en una grotesca máscara de ira. Gústav, al darse cuenta de la mirada

acusadora de su hermano, estalló. “¿Acaso tienes miedo, Alexei? ¡Fue por tu propia voluntad que llegaste hasta aquí!”, exclamó, mientras se acercaba, imponente.
La tensión creció hasta que una pelea violenta se desató entre ellos. En su ceguera de furia, Gústav golpeó a Alexei con brutalidad, lanzándolo hacia la baranda de la balconada. La estructura, corroída por el tiempo, cedió, y Alexei cayó desde una altura mortal, su grito apagado por el espeso silencio nocturno.
Gústav miró hacia abajo, contemplando el cuerpo inerte de su hermano, y una risa amarga escapó de sus labios. Había cometido otro acto imperdonable, pero su alma ya estaba manchada; una mancha tan profunda que ni la muerte misma podría borrar. Se volvió hacia el saco donde Claus yacía, como si en su desquicio esperara una respuesta.
Entonces, la luna llena se alzó en su máximo esplendor, iluminando el interior de la torre con una claridad espectral. Gústav sintió un frío que le caló los huesos, y el sonido de unos pasos lentos y arrastrados comenzó a llenar la estancia. Volvió la cabeza, intentando convencerse de que era su imaginación. Sin embargo, allí, en el centro de la luz lunar, el saco comenzó a moverse.
Los ojos de Gústav se abrieron de par en par mientras un terror helado lo paralizaba. Claus, cuya figura debía estar inerte y rígida, emergió del saco, sus ojos muertos reflejando una furia que superaba cualquier pecado terrenal. Era una visión horrenda, una mezcla de muerte y venganza, y en su mano sostenía un puñado de barro del río, como un símbolo de su retorno de entre las aguas.
Gústav gritó, retrocediendo hasta chocar con la pared. Su mente se fracturó en un intento desesperado de comprender lo incomprensible. Claus avanzó hacia él, cada paso resonando con la pesadez de un juicio ineludible. Finalmente, sin escapatoria, Gústav tropezó y cayó hacia un montón de escombros llenos de clavos oxidados que se le clavaron en el cuerpo, perforando su carne con una crueldad casi poética.
La luna siguió observando en silencio, como único testigo de la tragedia. Allí, en la antigua torre, quedaron los cuerpos de los hermanos, cada uno víctima de su propio pecado y de las visiones que el miedo y la culpa habían engendrado.
Cuando la primera luz del amanecer comenzó a despuntar, iluminando tenuemente la estancia, un último rayo de sol incidió directamente en el saco de lona. Y entonces, en un último acto de venganza inexplicable, Claus abrió los ojos, su cuerpo reanimado por un poder que solo los condenados podrían comprender.

Gula

La mujer se llamaba Agatha. Vivía en un edificio destartalado, entre las sombras de una ciudad que nunca la notaba, una ciudad indiferente a su existencia. Sus días pasaban sin más que miserias y hambre, un hambre insaciable que nunca conseguía calmar. Su vida era un ciclo de ayuno forzado y susurros de dolor estomacal, una existencia marcada por la necesidad y la escasez. Apenas tenía para subsistir, y cada noche se acostaba con un vacío punzante que no solo calaba en su estómago, sino en lo más profundo de su ser.

Una noche, tras otro día de incomible miseria, Agatha se desplomó en su cama, exhausta y famélica, deseando con todas sus fuerzas algo que llenara aquel abismo. Se durmió entre sollozos y susurros, con una plegaria muda en sus labios. Fue entonces cuando sintió un frío antinatural que invadió la habitación, un gélido escalofrío que la despertó de golpe. Allí, en la penumbra de su pequeña cocina, había alguien.

La figura no tenía rostro, pero sus ojos eran pozos profundos y oscuros, como dos llamas negras que ardían con una malevolencia infinita. Alzó una mano enguantada y, sin pronunciar palabra, le entregó una cuchara de plata. Era hermosa, grabada con finos detalles y símbolos que parecían moverse bajo la luz mortecina.

—Úsala bien —dijo la figura en un susurro que parecía un viento de otro mundo—. Cada vez que toques tu nevera con ella, se llenará con lo que más anheles.

Agatha no pudo articular palabra alguna; su mente no podía asimilar lo que ocurría. La figura desapareció tan repentinamente como había llegado, dejando tras de sí un eco gélido y la cuchara en sus manos temblorosas.

No tardó en hacer la prueba. Se acercó a su pequeña nevera, tan vacía y desolada como siempre, y tocó su puerta con la cuchara. Inmediatamente, un destello suave recorrió la superficie metálica y, al abrirla, la mujer se quedó sin aliento. La nevera estaba llena de comida: carnes doradas, frutas brillantes, dulces, panes de aspecto crujiente, un festín que parecía sacado de un banquete real. Era una abundancia tan absurda que sus ojos apenas podían comprenderla.

Sin pensarlo, empezó a devorar todo lo que tenía frente a sí. Un bocado, otro, otro más… Era como si una bestia oculta dentro de ella despertara, exigiendo más y más. Sentía cómo la comida se deslizaba por su garganta, llenando ese vacío que la atormentaba. Por primera vez, su estómago no se sentía vacío. No obstante, en el fondo, una incomodidad comenzaba a germinar en su mente.

Esa noche, Agatha comió hasta que el agotamiento la venció y se quedó dormida entre los restos de su banquete. Al amanecer, su estómago gruñó con un hambre aún mayor que antes. Se levantó de un salto, miró la nevera vacía y sin dudarlo tocó la puerta con la cuchara. Nuevamente, un destello, y allí estaba: otro festín, listo para ser devorado.

Así pasaron los días. Agatha comía sin control, cada vez con mayor desesperación. No tardó en perder la noción del tiempo, atrapada en un ciclo de hambre insaciable. Su aspecto comenzó a cambiar; la piel se le volvió pálida, su cuerpo comenzó a hincharse por el exceso, y su mirada se apagó, vacía, sin vida, como si fuera incapaz de ver más allá de la comida que devoraba sin parar.

La cuchara, que al principio había sido una bendición, se convirtió en su mayor obsesión. No podía dejar de pensar en ella. Cada vez que terminaba un bocado, el ansia regresaba con una violencia monstruosa. Intentó deshacerse de la cuchara en más de una ocasión, lanzándola al fregadero, dejándola caer al suelo. Pero siempre, como si fuera un imán,

su mano volvía a buscarla, sus dedos se cerraban en torno a la fría plata, y el ciclo continuaba.

Cada noche, la figura espectral regresaba, observando en silencio el descenso de Agatha hacia la locura y la gula desenfrenada. Su sonrisa, apenas una sombra en la penumbra, se hacía más ancha y más oscura a medida que el cuerpo de la mujer se desgastaba, hinchado y roto por el insaciable impulso de comer.

El tiempo pasó, y el cuerpo de Agatha comenzó a traicionarla. Sus piernas se hincharon, su respiración se volvió pesada, y su piel perdió toda vitalidad, mostrándose opaca y enfermiza. Un día, mientras devoraba un pastel con las manos temblorosas y los ojos inyectados de locura, sintió un dolor punzante en el pecho. Su corazón, saturado y débil, comenzó a fallarle.

La comida se le atragantó, y su respiración se volvió espasmódica, desesperada. Con un último esfuerzo, intentó tocar la nevera con la cuchara, esperando un nuevo festín que calmara el dolor que sentía. Pero esta vez, la cuchara no respondió. No hubo destello. La nevera permaneció vacía, y en el reflejo de su puerta, Agatha vio el rostro de la figura, ahora nítido, observándola con ojos de puro ébano, satisfecho.

Mientras la vida abandonaba su cuerpo, comprendió la terrible verdad: la cuchara nunca había sido un regalo. Había sido una trampa, un camino directo hacia su propia destrucción. Y, mientras caía al suelo, con el estómago lleno y el alma vacía, escuchó la risa de aquella entidad, una risa fría que se desvaneció en la oscuridad.

Cuando la encontraron, su cuerpo yacía rodeado de montones de comida putrefacta, como si hubiera intentado devorar el mundo y este se hubiera reído de su desesperación. La cuchara de plata reposaba en sus manos rígidas, reluciente y macabra, como una sentencia eterna.

Agatha murió con un hambre insaciable, pero la cuchara permaneció allí, esperando, ansiosa, a la próxima alma que la encontraría en su desesperación.

Envidia

Nadie recordaba el nombre de aquel anciano solitario, un hombre que había vivido siempre en las sombras, incapaz de mirar a los ojos de otro sin una mueca de resentimiento. Era un ser marchito y amargo, atrapado en una casa oscura, rodeado de despojos y recuerdos podridos de una vida que nunca había querido para sí mismo. Siempre había envidiado a los demás: sus éxitos, sus amores, incluso sus fracasos, porque al menos ellos habían vivido algo. Su corazón, si alguna vez lo tuvo, era ahora solo una piedra, helada y endurecida, incapaz de amar o recordar sin envidia.

Noche tras noche, en los últimos momentos de su vida, yacía en la penumbra de su lecho, mirando al techo con ojos vidriosos, deseando en silencio el mal para todos aquellos que le rodeaban. Ni una vez pensó en redimirse; ni siquiera en sus últimos suspiros fue capaz de admitir su vacío. Todo era una sucesión de pensamientos oscuros, cada uno más retorcido que el anterior, como si creyera que, al maldecir a los demás, lograra llenar el vacío que lo había carcomido durante años.

Fue entonces cuando sintió un cambio en el ambiente de la habitación. Un frío inhumano, una bruma espectral que empezó a envolverlo. Desde las sombras, emergió una figura imposible, un ser demoníaco, alto y de aspecto grotesco, cuya presencia parecía oscurecer el aire a su alrededor. Su rostro era una amalgama de sombras y ojos sin fondo, y su sonrisa, apenas una curva infernal, parecía contener la promesa de una eternidad de sufrimiento.

El espectro habló, y su voz era un susurro cargado de veneno y engaño.

—¿Nunca has sentido curiosidad por todo aquello que otros experimentaron, anciano? —preguntó, arrastrando cada palabra como una serpiente venenosa—. Puedo darte una oportunidad. Puedo regalarte un instante de vida, hacer que experimentes lo que nunca hiciste… a cambio de algo muy pequeño.

Los ojos vacíos del anciano se iluminaron, aunque solo fuese con una chispa de morbosidad. Jamás había sentido el roce de la aventura, ni el placer de vivir fuera de sí mismo. Siempre había sido una sombra, un ser atrapado en sus propios deseos de miseria para los demás. Sin embargo, aquella promesa de experimentar todo lo que otros vivían, todo lo que él había despreciado, le sedujo de inmediato. La avidez surgió en su interior, y sin pensarlo, asintió, sintiendo un frío aterrador que recorría su espina dorsal.

El demonio sonrió más ampliamente, extendiendo una garra que tocó su pecho, provocándole un dolor ardiente que se extendió por todo su ser. La habitación comenzó a desvanecerse, y el anciano sintió cómo su cuerpo, cada célula de su ser, se disolvía en una espiral de sensaciones desconocidas.

De pronto, se encontró en una suerte de salón oscuro, iluminado tenuemente por luces rojas y doradas, rodeado de un ambiente cargado de humo y olores dulzones. Mujeres y hombres de rostros hermosos pero deformados le sonreían con miradas depravadas y voces que arrastraban palabras incomprensibles. El anciano supo de inmediato lo que era: un lugar de placeres, de excesos, de todas las perversiones que jamás había probado.

Rápidamente se entregó al vicio. Probó las drogas que le ofrecían, notando cómo el humo denso llenaba sus pulmones y le provocaba una euforia malsana. Todo era una orgía de sensaciones turbias, una danza de cuerpos distorsionados y jadeantes que le envolvían, atrapándolo en un torbellino de lujuria y decadencia. Bebía, fumaba, reía con

una risa grotesca que surgía de lo más profundo de su envidia convertida en deseo. Era como si la vida que nunca tuvo explotara en un instante, sin límites ni restricciones.
A medida que avanzaba en aquella locura, su cuerpo comenzó a pasar factura. El corazón le latía descontrolado, y sus pulmones ardían, incapaces de soportar el aire envenenado que le rodeaba. Sin embargo, no podía detenerse, como si una fuerza invisible lo arrastrara más y más a los abismos del vicio. Con cada nuevo exceso, sentía cómo la vida escapaba de su cuerpo, desbordada en un mar de descontrol.
De pronto, algo en su interior se rompió. El placer se tornó en asfixia, en una sensación ardiente que invadió su pecho. Su garganta comenzó a cerrarse, y su boca se llenó de un sabor amargo y espeso. Intentó gritar, pero lo único que salió fue un gemido ahogado. El vómito, resultado de toda aquella droga y alcohol, comenzó a inundar su boca y su nariz, bloqueando el paso del aire. En su mente, el pánico se convirtió en una angustia desesperada mientras el mundo a su alrededor se tornaba borroso.
Cayó al suelo, convulsionando, con los ojos desorbitados, viendo cómo las figuras demoníacas a su alrededor le observaban con sonrisas burlonas, sus rostros deformándose en una mueca de triunfo y desprecio. Cada uno de ellos se acercaba para ver cómo se ahogaba en su propio vómito, cómo la vida se deslizaba de su cuerpo en medio de un sufrimiento atroz. Era como si el demonio hubiera sabido desde el principio cómo acabaría aquella experiencia.
Y así, mientras la última chispa de vida se apagaba en sus ojos, sintió un frío absoluto apoderarse de su alma. El espectro demoníaco apareció de nuevo ante él, pero esta vez, no como una figura distante, sino como una presencia envolvente, una niebla negra que se introducía en su ser, devorando cada resquicio de su esencia.
El anciano, ya fuera de su cuerpo, vio cómo aquel demonio se nutría de su alma, extrayendo de él cada fragmento de amargura, cada onza de envidia y rencor, hasta dejarlo como un cascarón vacío, una sombra despojada de su última pizca de humanidad. Sintió entonces el peso de la eternidad caer sobre él, mientras comprendía que aquella experiencia no había sido más que una trampa, una burla final.
Su muerte, cruel y retorcida, fue el último acto de una vida de envidia, un final diseñado por la misma maldad que él había cultivado en su interior. Y así, el demonio desapareció, llevándose consigo el alma maldita del anciano, dejando tras de sí solo el eco de una risa amarga y el olor a decadencia que llenaba la habitación.
La casa quedó en silencio, abandonada y fría, como el último testamento de una vida vacía, perdida en la envidia y la oscuridad.

Pereza

Alina era una mujer de belleza inmortal. A sus veintitantos años, su cabello rubio caía en cascadas doradas, sus ojos eran de un azul tan claro como el cielo al amanecer, y su piel lucía tan tersa y suave que parecía imposible que el tiempo pudiera tocarla. Desde pequeña, tenía un rasgo peculiar: su pereza era infinita, tanto que era famosa por postergar cada pequeño detalle de su vida. Las tareas que para otros eran sencillas, para ella eran montañas imposibles de escalar. Sin embargo, lo que comenzó como una costumbre inofensiva, pronto se convertiría en su maldición y su mayor terror.

A los treinta años, Alina comenzó a notar algo extraño en su vida. Los días parecían repetirse, como si el tiempo avanzara sin cambiar nada en su entorno. No envejecía, y las personas en su vida empezaban a desaparecer, como si ella quedara atrapada en una burbuja. Los años pasaban, y Alina seguía siendo la misma joven de belleza perfecta, cada vez más aislada, más sola.

No fue hasta que la sombra de la muerte apareció en su puerta que comprendió la magnitud de su situación.

La primera vez que la muerte vino a buscarla, Alina estaba recostada en su cama, sin ánimo de levantarse. Era un día gris, el tipo de día que invitaba a quedarse entre las sábanas. Alina, perezosa y sin ningún remordimiento, miró a la figura que se cernía sobre ella, una sombra oscura y etérea, con una guadaña afilada y ojos vacíos, sin fondo. Su presencia hacía que el aire se volviera helado, y una oscuridad envolvía la habitación.

—Alina —dijo la muerte, su voz resonando como un eco en el vacío—. Ha llegado tu momento.

La joven lo miró con una mezcla de aburrimiento y fastidio. No tenía ni el más mínimo interés en seguirla.

—Ahora no puedo —respondió, con una calma indiferente—. Tengo otras cosas que hacer. Quizá otro día.

La muerte pareció desconcertada. No había conocido a nadie que le respondiera así. Sin embargo, en un gesto inusual, asintió y se desvaneció, dejando la habitación en una quietud antinatural. Alina suspiró y volvió a recostarse, ignorando el escalofrío que le recorría la espalda.

Pasaron años, décadas, siglos. Alina seguía escapando de la muerte de la misma manera, cada vez que sentía la presencia espectral a su lado, se las arreglaba para excusarse. Siempre tenía algo pendiente: una carta que escribir, un libro que terminar, una promesa que cumplir. La muerte, con paciencia infinita, aparecía de tanto en tanto, pero Alina, con su pereza inagotable, continuaba evadiéndola, inventando excusas cada vez más ingeniosas para no acompañarla.

A medida que el tiempo avanzaba, Alina empezó a notar los efectos de su procrastinación en la realidad. Las paredes de su casa, otrora acogedoras, se volvían frías, llenas de sombras que se movían a su alrededor, susurrando palabras que ella no lograba comprender. La noche parecía durar más de lo debido, y el silencio se volvía denso, como si estuviera atrapada en una cárcel de su propio hacer.

Los siglos seguían transcurriendo. Mientras las personas envejecían y morían a su alrededor, Alina permanecía intacta, una paradoja viviente, atrapada en la eternidad. Su piel seguía siendo tersa, sus ojos tan claros y su cabello tan dorado como en su juventud. Sin embargo, algo dentro de ella empezaba a morir, como si la eternidad comenzara a pesarle.

Cada vez que la muerte aparecía, su presencia se volvía más insidiosa, más densa, casi tangible. La sombra, antes etérea, ahora se arrastraba por el suelo de su hogar, alargando sus manos hacia ella con una lentitud enfermiza, proyectando una presencia opresiva que llenaba el aire de una niebla espesa y asfixiante. Alina, a pesar de los siglos de excusas, comenzaba a temerle, pero su pereza seguía siendo más poderosa que su terror.
A los doscientos años, la muerte se presentó de nuevo, con una energía distinta, una determinación que hacía que la oscuridad se condensara en formas grotescas a su alrededor.
—Alina, no puedes evadirme eternamente —dijo, su voz resonando en cada rincón de la casa.
Alina la miró, esta vez sin la indiferencia de antes. Notaba el miedo creciendo en su interior, pero su costumbre de postergar era tan profunda que, con una voz temblorosa pero firme, se las arregló para encontrar otra excusa. La muerte, en silencio, retrocedió, pero esta vez, al irse, dejó una risa baja y perturbadora que resonó en la casa mucho después de su partida.
Con cada visita, la muerte se volvía más insistente, y Alina comenzó a ver visiones. Figuras retorcidas aparecían en los espejos, reflejando rostros demacrados que no eran el suyo. Los relojes de la casa se detenían y comenzaban a funcionar en direcciones opuestas, mientras sombras erráticas llenaban cada rincón de su hogar. Todo su entorno se volvía contra ella, pero su cuerpo, eterno y bello, seguía intacto.
Finalmente, en una noche sin luna, la muerte hizo su aparición definitiva. Esta vez, la sombra se cernía sobre Alina como un peso insoportable, un vacío oscuro que parecía devorar el aire. Alina intentó moverse, buscó en su mente alguna excusa, algo que decir para postergar lo inevitable, pero nada salió de sus labios. La muerte se acercó, y ella sintió cómo cada rincón de la casa se volvía contra ella, atrapándola en una prisión de su propia procrastinación.
La oscuridad se extendió a su alrededor, envolviéndola como una manta de sombras que la asfixiaba lentamente. Alina, aterrorizada, intentó escapar, pero su cuerpo no respondía. Los siglos de aplazamientos, de postergaciones, habían llegado a su fin. Cada vez que la muerte le había concedido tiempo, una parte de ella había quedado atrapada en aquella casa, y ahora, todas esas partes estaban reclamando lo que les correspondía.
La muerte extendió su mano, y Alina, por primera vez, sintió el peso de sus propios años caer sobre ella. Su cuerpo, que había permanecido joven, se sentía ahora como una cáscara vacía. La belleza se desvanecía, y el tiempo, aquel enemigo que había burlado por tanto tiempo, la atrapaba finalmente en una prisión de miedo eterno.
La oscuridad la consumió, y Alina, atrapada en su propia procrastinación, fue condenada a una eternidad en el limbo, donde los ecos de la muerte susurraban su nombre, una y otra vez, sin darle la paz que tanto había postergado.